

Seix Barral Biblioteca Breve



Karina Pacheco Medrano

Las orillas del aire





Seix Barral Biblioteca Breve

Karina Pacheco Medrano
Las orillas del aire

Diseño de colección:
Joseph Bagà Associats

Las orillas del aire
© 2017, Karina Pacheco Madrano

© 2017, Editorial Planeta Perú S. A.
Para su sello editorial Seix Barral
Av. Santa Cruz 244, San Isidro, Lima, Perú.
www.planeta.es

Corrección:
Diagramación: Soluciones Editoriales

ISBN

Primera edición: Marzo de 2017
Tiraje: 0000

Impreso por:

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por algún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

A Sonia, mi madre

*En memoria de Rosa Tagle,
Leonor y Laura Gonzales*

*Detrás de nuestros actos,
como una piel de voluntad sin tregua,
somos nuestros propios antepasados.
No hay roca que no sea memoria de nosotros,
no hay trigo ni lamento que no hayamos sembrado o desgajado.
Sobre estos mismos campos donde otros derramaron las lunas
de su sangre, y se alzaron los látigos y nadie dijo nada: caminamos.
A nuestro paso dejan los muertos de morir,
Los aún no nacidos respiran libremente.*

CÉSAR CALVO

I

LAS PIEDRAS

He venido siguiendo tus pasos, Aira. Quiero creer que me estabas esperando. He dejado mis botas en el auto e intento, descalza, atrapar tus huellas. Es difícil. Avanzo con dolor sobre el pasto seco, las piedrecillas se cuelan entre mis dedos y, a medida que me acerco al río, constato que nunca estuviste demasiado lejos. Tú caminabas sobre estas aguas. Yo no sería capaz, ni he llegado acá para matarme. He venido para enterrarte. A ti, que me expulsaste de tus sueños, te he estado persiguiendo como nadie. Ha empezado a llover, es perfecta esta lluvia: no habrá quien se detenga en el puente para contemplar el río, el pasto se humedecerá y no me hará más daño, la tierra se convertirá en barro dócil. Nadie podría imaginar que bajo este árbol, a pesar de los rayos, escarbo la tierra. Estarás contenta.

Qué distinto habría sido todo si no te hubieras dado a la fuga en la claridad viscosa del mediodía, sin dejar una sola nota que aliviara las preguntas, sin portar nada más que la ropa que llevabas puesta, dejando en el armario centenares de prendas que durante años fueron acumulando agravios.

¿Imaginaste alguna vez que te podría encontrar? Seguramente, muchas veces vislumbraste a otros descubriendo tu secreto y llenándote de vergüenza. No creo que hayas imaginado que iba a ser yo quien daría contigo. Pero acaso, sin querer, dejaste pistas sueltas, como migas de pan que pudieran recordar a los niños perdidos por dónde recuperar el camino. Así, pues, aquí me tienes, horadando esta tierra mojada con los dedos entumecidos y la sola ayuda de una cuchara. No puedo parar, ni aunque el viento me empuje para atrás, como queriendo echarme por los suelos y recubrirme de hojarasca. Me aferro a la cuchara. Acero inoxidable; de esa misma materia estoy hecha hoy. La tormenta está agitando el río y el frío atraviesa las plumas de mi casaca. Intento evocar tus ojos cuando caminabas sobre las aguas; a ratos yergo la espalda y creo escuchar tus palabras últimas. La hojarasca golpea mis mejillas. Me parece oír el canto de unos niños. Sigo escarbando. De repente, suenan también las palabras de los hombres que en el fondo de la tierra dejaron ofrendas de sangre y juramentos. ¿Qué quedará de todos nosotros cuando te cubra de hierba?

¿Cómo empezó todo? Trato de encontrar un sentido a las cosas, intento identificar al menos el momento en que irrumpió el caos, sino el hilo suelto de la intrincada madeja, y al fondo aparece siempre la selva, y una danza de piedras, y un campo de muertos, y el acertijo de un felino. Sin haberlo programado, me metí en un cementerio. Era otoño en la costa y en la sierra, pero en Erabamba, «Cuna del eterno verano», los mosquitos zumbaban cerca de mi cara y yo seguía caminando sin rumbo, rociándome brazos y mejillas con repelente, alejándome cada vez más del centro. Deseaba conocer algo especial de aquel pueblo amazónico antes de regresar a la ciudad al día siguiente. Me había pasado dos semanas en un campamento arqueológico ubicado a veinte kilómetros del pueblo, y una de esas noches, mientras asábamos salchichas de pavo en el fuego, los obreros me dieron recomendaciones para el único día que me detendría en su pueblo. Había que bañarse en la Ribera Azul de Erabamba, «donde las sirenas afinan la música» y «alargan la vida de los valientes». Allí fui de madrugada. En efecto, a lo lejos alcancé a ver a dos músicos «sireneando» sus instrumentos en una cascada próxima al río. No me acerqué, escondida detrás de unos matorrales escuché cómo iban templando las cuerdas de una guitarra y un violín, sentados sobre las rocas de la orilla, salpicados sin cesar por el chasquido de la catarata. Por momentos, la música saltaba como un arcoíris y me preguntaba por qué el agua sería capaz de modular el aire y los cristales de esas cuerdas hechas de tripas. La cascada misma era un canto arrebatado al encontrarse con el río, pero no opacaba el zumbido de los mosquitos que insistían en picarme, atravesando la tela de mi camisa. Inmortales sanguijuelas, inagotable el rumor del río. De repente, al otro lado de la carretera, un auto descapotable dio un frenazo en seco.

Aparcó sobre la playa, de sus puertas delanteras bajaron dos tipos panzones con gafas oscuras, y de las traseras, cuatro chicas en bikini. Cada una portaba toallas y cestas que acomodaron sobre la arena tostada de piedrecillas oscuras. De las cestas salieron latas de cerveza y sándwiches; cuando los tipos estuvieron tendidos bocarriba, dos de las mujeres empezaron a cubrirles el cuerpo de crema. Una de ellas destacaba por el festón amarillo que recogía su larga cabellera; también por la sumisión con la que masajeara

la barriga y la entrepierna del más gordo. A ratos éste se incorporaba sobre sus codos para acariciarle la cabeza y tomaba sorbos de su cerveza, sin dejar de mirar a las otras dos chicas, casi unas niñas, que chapoteaban en la orilla. Por ilusión óptica, la playa brillaba en tono azul y al otro lado de la carretera las cervezas parecían lingotes de plata brotando de esa arena oscura y densa. Volví a mirar la cascada, por unos segundos creí escuchar de nuevo el rasgueo de la guitarra y el violín.

En la playa, las chicas que antes chapoteaban en la ribera daban techo a los dueños del descapotable con dos sombrillas de lona, una decorada con delfines, la otra con sirenas. Los hombres cayeron dormidos, descansando quizás de una noche de farra. Lo hacían amparados por sirenas de lona y pequeñas mujeres que los protegían del ataque de los mosquitos, mordiendo a ratos sus sándwiches, hasta que también ellas cedieron al sueño.

No llegué a bañarme en la Ribera Azul, no pude prolongar mi vida. Los músicos se levantaron de las piedras como si fueran venados, lentamente, contemplando su reflejo en el agua. En un momento dirigieron la vista al matorral donde me hallaba, uno de ellos me miró a los ojos. Cuando pasaron por mi lado, con sus instrumentos «sireneados», hicieron como si yo fuera un árbol más del bosque. A pesar de su indiferencia, me incorporé y de lejos seguí sus pasos.

Los obreros también me habían recomendado comprar café de Erabamba y darme una vuelta por el parque de pacayes. Era cierto que a solo tres cuadras de la plaza central había otra casi igual de grande, con árboles frutales. Me habían dicho que el más joven tendría cien años. Por su antigüedad, ya ninguno daba frutas que se pudieran aprovechar, fuera porque su sabor era demasiado áspero, o porque brotaban en ramas tan altas que los pájaros y los murciélagos siempre se adelantaban a gozarlos antes de que madurasen lo suficiente como para caer a tierra por su propio peso. La mayoría eran mangos, naranjos y papayales, pero al sitio le llamaban ‘Parque de los pacayes’ porque estos eran los únicos que ofrecían frutos intactos a los transeúntes, dada la dureza de su vaina. Las copas de los pacayes brindaban sombra a los viejos, niños y enamorados que se detenían a descansar, jugar o besarse en las bancas de hierro forjado. En una de ellas me senté, comencé a adormilarme. Al abrir los ojos, me pareció ver pájaros sobrevolando a pocos metros de mi cara. Me erguí, dos niños se lanzaban dardos de papel. Iban a ser las once de la mañana, la temperatura no dejaba de subir.

El aroma de la fruta carcomida me recordó a mi padre. Lo podía ver desayunando mangos en un pueblo igual de tropical que Erabamba, un impetuoso abogado de veinticinco años dedicado a asesorar sindicatos campesinos, confrontado por prefectos y hacendados. De más joven se había sentido perdido y en esas causas creyó hallar su camino. Muchas veces le oí hablar sobre Cayetano Chumpi, el campesino evangélico que lo había defendido con un discurso religioso la primera vez que una patrulla policial llegada del Cusco lo quiso apresar: «Si Cristo estuviera aquí, sería sindicalista y seguro que a él también lo mandarían a chirona». Después de algunos tira y aflojas, los policías se marcharon sin llevarse a nadie, solo cargaron su camioneta con sacos de café y mangos. Era 1961 y había ocasiones en que los enfrentamientos acababan por las buenas.

Al evocar esa historia, recordé que tenía pendiente comprar café de la cooperativa de Erabamba, el producto más célebre del distrito; gran parte salía en exportación y solo allí era posible adquirirlo a buen precio. Me encaminé a sus bodegas, ubicadas en las afueras del pueblo, sudando tanto que decidí quitarme la camisa. A costa de llamar la atención de los mosquitos, me quedé en manga cero.

Seguía siendo temprano, con tres kilos de café en mi mochila quise volver a la Ribera Azul para darme un baño, pero debí confundir izquierda con derecha y me perdí. Mientras deambulaba por un sendero de tierra muy similar al que había recorrido de madrugada, terminé arribando al lugar de la verdad última. Ese lugar estaba y todavía está lleno de muertos.

Al divisar unas rejas revestidas por enredaderas, creí haber descubierto otro parque donde me podría refrescar. Recién al atravesar la puerta me di cuenta de que ese sitio era un cementerio, aunque pocas cruces y lápidas se mantuvieran intactas debido al avance de la vegetación. Mariposas sobrevolaban los sepulcros y los espejos de agua formados en los senderos de piedra labrada. Una gota de lluvia cayó sobre mi frente. Más allá, un pájaro chilló, como si diera aviso de tormenta. Arriba solo había una pequeña nube. Abajo el sol sacaba brillo de las enredaderas que recubrían los mausoleos familiares. Los demás muertos yacían bajo tierra.

Nadie más visitaba el cementerio a esas horas. Me abaniqué con el gorro, en medio del calor, solo deseando proseguir por curiosidad, pues muchas ciudades pueden ser iguales, pero los cementerios nunca lo son, menos aún en zonas rurales. En el suelo, el envoltorio de aluminio de un chocolate

empezó a revolotear. Allí también la gente arrojaba desperdicios fuera de los tachos. En eso aquel cementerio no tenía nada de particular. Otra gota cayó sobre un charco, delante de mis pies. Con toda su pequeñez, formó varias ondas. Decidí continuar, elevando los pasos por encima de los charcos y la maleza, deteniéndome ante las lápidas que llamaban mi atención, como aquella que ostentaba una guitarra de granito en lugar de una cruz. Me detuve frente a la de un niño que parecía haber sido fracturada por un rayo, dejando su nombre partido: Arm-andito. La fecha de su muerte hablaba de treintatrés años atrás. Aquel niño tendría mi edad de no haber muerto. En todo ese tiempo el musgo había ido rellenando la rajadura de su nombre y yo había seguido viviendo. Sus padres probablemente también siguieron viviendo. Se me erizó la piel. Otra gota de lluvia aterrizó sobre una de mis orejas. Me pareció oír pasos cercanos y por un instante vinieron a mi mente los zombis de las películas de terror. Miré a uno y otro lado. Solo la garúa alteraba la quietud. Terminé riendo de mis tonterías y seguí curioseando, avanzando en ese cementerio que no parecía cementerio, más bien un parque silvestre que desinflaba el temor a morir. Entonces me detuve ante una lápida que resplandecía como un pedazo de hielo entre la hiedra. Al inclinarme para leerla, algo como un rayo cayó aleteando y me partió en dos.

O es que todo empezó el día que decidí cambiar de carrera. Papeles por tierra. Como abogada, nunca hubiera llegado a Erabamba. El 9 de agosto de 1990, en un arrebató que seguramente ya se había estado macerando, pero arrebató al fin y al cabo, decidí cambiar los estudios de Leyes por la Arqueología. No seguí la ruta profesional de mi padre, pero excavando en sitios incas y preíncas terminé, sin imaginarlo, pisando sus pasos. Por la vía del Derecho no hubiera llegado a esa bamba. La culpa fue de Fujimori.

Si miro atrás e intento dibujar los caminos que me mostraron el caos, en la raíz encuentro a ese personaje esperpéntico, también siniestro. Si no fuera por las mentiras de Alberto Fujimori, me hubiera quedado viviendo en una burbuja; una burbuja inflada de medias verdades.

Hasta 1990, a pesar de la violencia política que asolaba el país, a pesar de las crisis económicas que angustiaban a las mayorías, yo seguía en mi burbuja. Y nadie tuvo que pasar hambre o ser violentado en mi familia para que la burbuja hiciera plop. Sin marcha atrás. A medida que el año avanzaba, crecían los rumores de que el naufragio era inminente. A las ocho de la noche del 8 de agosto de 1990, la mesa de casa ya estaba cubierta de papas fritas, guacamole, sándwiches, papas sancochadas y salsa huancaína, también de cajas de vino y vasos. Por entonces, el vino embotellado era escaso y por demás caro, así que nos dábamos por bien servidos si en el mercado de contrabandistas encontrábamos vino argentino o chileno en *tetra brik*. Media hora más tarde, nos sentamos cerca de la chimenea y empezamos a llenar nuestros vasos, mientras los guitarristas, mi hermana entre ellos, terminaban de templar sus cuerdas. Ya habíamos cantado algunos temas de Sui Generis combinados con huaynos, rancheras y boleros, cuando aparecieron Emilio y su novia con una caja de cerveza.

Si el colapso del mundo iba a ser anunciado en breve, nosotros lo esperaríamos celebrando. En las semanas previas, mis amigos y yo habíamos pasado horas de horas elucubrando sobre las mayores dosis de caos que podría sobrevenir con el nuevo gobierno del que prácticamente nada sabíamos. Pero un shock económico... Nadie en el país lo esperaba. Ahora, llegada la noche, solo nos quedaba descubrir la magnitud de la catástrofe. Pocos días antes, alguien sugirió sacarle la vuelta al miedo y celebrar. Ofrecí

mi casa y allí estábamos, con un motivo original para una fiesta. Rachel, la novia inglesa de Emilio, trabajaba en un proyecto de educación popular y conocía las letras de huaynos y rancheras mejor que cualquiera; se prestó la guitarra de mi hermana y comenzó a tocar una y varias canciones. Así las cosas, perder el protagonismo como anfitriona era lo que más me preocupaba aquella noche. La hoguera y el guacamole me reconfortaban. Pedí entonces un bolero poco conocido, «Humo en los ojos». Lo canté sin que Rachel ni nadie me opacara.

A las diez nos estábamos partiendo de risa cuando alguien, probablemente Patricio, propuso ver la televisión. Para esa hora estaba anunciada la proclamación del «shock»; unas medidas de ajuste económico que en teoría debían poner fin a la desquiciada inflación del país.

—No creo que sea peor que el shock de hace dos años —señaló Emilio, apretando la mano de Rachel.

—En cualquier caso, es la consagración de la mentira como política de Estado —apuntó mi primo Jacobo.

—Una raya más al tigre —comentó Patricio—. Los políticos son todos unos estafadores.

Pasamos a la sala de estar y encendimos el televisor. El ministro de Economía ya había iniciado su alocución. Cuando enumeró el salto de los precios de los productos de primera necesidad, nos quedamos boquiabiertos. De un día para el otro, los precios iban a triplicarse y cuadruplicarse. El pan pasaría de 9000 a 26 000 intis, el kilo de papas de 65 000 a 250 000 intis. Más pavoroso aún, la gasolina perdería todo subsidio y su precio subiría más de treinta veces. «Que Dios nos ayude» pronunció al final.

—¡Habría que matarlo a ese hijo de puta! —estalló Patricio.

—Ahí está «El Chinito» de la honestidad —comentó mi hermana—. Ustedes no querían que gane Vargas Llosa por derecho; al final han elegido a un farsante.

En las elecciones de abril, ningún candidato a la presidencia alcanzó más del 50% de votos, de manera que, en junio, hubo una segunda vuelta entre los dos favoritos: Mario Vargas Llosa, con un frente de derecha; y Alberto Fujimori, un advenedizo que había crecido como la espuma con la promesa de tecnología y honradez. Los votantes de izquierda optamos por Fujimori asumiendo que «el enemigo del enemigo es mi amigo». Atenazado por la violencia política y la inflación, en 1988 el gobierno anterior aplicó un shock

económico que elevó radicalmente los precios sin lograr estabilizar nada. Vargas Llosa anunció la necesidad de un ajuste de precios más duro para acabar con la inflación. Eso no alivió el terror de la población a la posibilidad de un nuevo shock. Al mismo tiempo, por las calles, la radio y la televisión, veíamos correr el desenfrenado gasto en publicidad del partido de Vargas Llosa, mientras Fujimori se nos aparecía de vez en cuando en pantalla: subido en un tractor, seguía prometiendo tecnología, honradez y ningún «shock». Ganó. El 28 de julio juramentó como presidente. Once días después, los celebrantes del fin del mundo escuchábamos a su ministro anunciar un ajuste económico brutal para el cual no tenían preparado ningún paliativo, salvo el toque de queda. Las casas de mi barrio empezaron a apagar sus luces, se podía oír cómo muchas puertas eran trancadas con muebles y otros enseres pesados.

El eco de las cifras que acabábamos de escuchar parecía tintinear en nuestros vasos. No podíamos más que mascullar nuestra rabia en voz baja.

—¿Volvemos a la sala? —propuse.

Patricio se quedó sentado frente al televisor, mudo ante las barras de fin de emisión que ocuparon la pantalla. Los demás nos levantamos, nos miramos unos a otros, intentábamos sonreír. Terminamos regresando a la sala, no cantamos más, nos sentamos alrededor de la mesa, sin hallarle ya mucho sabor al guacamole, aunque paladeásemos cada sorbo de cerveza. El anuncio no había especificado cuánto subirían las bebidas alcohólicas, pero estábamos advertidos de que los productos suntuarios y de segunda necesidad se multiplicarían más que el pan. A medianoche, mi hermana señaló que sería mejor dar nuestra reunión por concluida; era previsible que al día siguiente hubiera disturbios y seguramente, desde ese mismo instante, Sendero Luminoso estaría alistando planes para levantar a la población enfurecida.

Se marcharon en grupos. Jacobo, que había venido en el carro de su padre, se llevó a cinco; los demás vivían cerca y se fueron a pie. Nos despedimos dándonos la recomendación de evitar la calle al día siguiente.

Por motivos de trabajo, papá estaba en Lima esa semana. A la mañana siguiente nos llamó muy temprano. Él también nos recomendó permanecer en casa. Allá ya estaban reventando disturbios, varias tiendas habían sido saqueadas y pocos carros particulares circulaban por las calles, solo camiones y autobuses atiborrados de gente que acudía a sus empleos pagando precios exorbitantes. A pesar del golpe, muy pocos estaban dispuestos a poner en

riesgo su trabajo. Recuerdo un zapato de tacón cayendo de un camión. Durante algunos segundos el camarógrafo lo enfocó; su charol rojo brillaba sobre el asfalto. Pertenece a una mujer que había logrado trepar a empujones y que en el último empujón perdió el zapato izquierdo. Ante sus gritos, el chofer frenó, un hombre de terno se apresuró a alcanzárselo y de paso se encaramó en el carro. La cámara enfocaba cómo aquel improvisado transporte de pasajeros se alejaba, con cuerpos aferrados a su parte trasera, ondeándose como banderas en el aire. Me metí una galleta en la boca y apagué la televisión.

Pasé la mañana estudiando el Código Penal para el examen de Derecho Laboral que tenía programado al día siguiente. Una y otra vez me distraía para buscar qué comer en la refrigeradora y en cada uno de esos paseos sentía culpa. No sabía si debería restringir las cantidades de pan, queso y aceitunas que estaba engullendo, tampoco sabía si en los próximos días sería posible adquirirlos en tiendas y mercados, ni si el dinero que teníamos alcanzaría para llenar de nuevo la refrigeradora y las despensas. Por momentos sentía haber estado viviendo tan en la luna, que en la segunda vuelta había votado por Fujimori sin imaginar que pudiera ser un rufián. Volvía a mi cuarto y retomaba el Código Penal en sus capítulos de delitos contra los trabajadores. Trataba de memorizarlo y me entrampaba. A las tres de la tarde saqué la cabeza por la ventana, constaté que mi calle permanecía quieta. Salí a buscar a Patricio, que vivía a la espalda de mi casa. Su madre me abrió la puerta con cara de disgusto; mientras iba a buscarlo, me dejó esperando en la acera.

—¿No te da curiosidad ver cómo están las calles? —le pregunté en cuanto apareció.

—¡Claro!

—Patricio, espero que no se les ocurra alejarse del barrio —advirtió su madre por detrás de la puerta.

—No te preocupes, solo vamos a pasear —la tranquilizó.

El pretexto para asomarnos a las calles más concurridas fue devolver la caja con las botellas de cerveza a Emilio. Fuimos a casa para recogerla y allí mi hermana, otra vez, nos aconsejó mantenernos lejos de los tumultos. Había estado viendo las noticias y supo que en varias ciudades se habían desatado asaltos a tiendas de comestibles, a la par que se rumoreaba que Sendero Luminoso lanzaría un paro armado.

—Solo iremos a casa de Emilio —aseguré.

—No seas necia —me regañó Ayda.

—De necios sería quedarse encerrados, sin atreverse a ver qué está pasando —Patricio repuso esto y con un gesto de la cabeza me indicó que no demorásemos en salir.

Le hice caso. En aquel momento me sentí valiente, también cautivada por ese amigo de la universidad que siempre aparecía como el más rebelde, el más sagaz.

Aunque las botellas ya estaban vacías, entre los dos levantamos la caja por sus asas y así salimos de mi casa, charlando en voz baja, como para no desentonar del mutismo que nos rodeaba. Patricio llegó a decirme que, a pesar de todo, lo había pasado muy bien en la fiesta. Sonreí, contemplando el bascular de la caja de cerveza entre nuestras manos, así como la parte baja de nuestras piernas caminando con parsimonia. Los dos vestíamos bluyines, el suyo era más claro que el mío. Entonces tuvimos que parar. Dos ramas de una queuña de la acera habían sido quebradas a medias y estaban obstruyendo el paso. Él intentó reacomodarlas entre las que se mantenían intactas, pero no había modo.

—Quién habrá hecho esto —murmuró, examinando las cortezas transparentes y doradas que las ramas habían dejado en sus manos.

Sugerí que quizás fuera mejor arrancarlas de una vez para que nadie volviera a chocarse con ellas.

—¿No te da pena? —me preguntó.

La vecina sacó la cabeza por una ventana del segundo piso. Inquirió qué estábamos haciendo con el árbol. Pareció no quedar convencida de que nosotros no habíamos partido esas ramas; pero igual nos dio su opinión:

—Mejor terminen de arrancarlas.

De nuevo, Patricio se esforzó por acomodarlas a uno y otro lado del árbol. Esta vez lo consiguió. Su rostro, su camisa y su bluyín quedaron impregnados de las limaduras del tronco, de modo que cuando retomamos nuestro camino, con el sol ante nosotros, aparecía como una antigua estatua que alguna vez estuvo recubierta de oro (o acaso fuera cobre).

Al doblar la esquina que conducía a la Avenida de la Cultura, divisamos un río de silencio. Aquello no tenía nada que ver con las barricadas y protestas que habíamos imaginado. Avanzamos unos pasos. Cuando estuvimos a pocos metros de la avenida, miramos nuestra caja de cerveza y

sentimos todo su peso. Intentamos desaparecerla de nuestras manos torpemente y no hubo manera. Tampoco teníamos con qué cubrirla. No hacía falta que nos dijéramos nada, nos mirábamos de reojo, contemplábamos la avenida y sentíamos cada vez más vergüenza. Nosotros allí, del modo más ridículo y absurdo, con una caja de cerveza. Me senté sobre uno de sus bordes, tratando de pasar por alto la incomodidad, porque no me atrevía a cruzar la avenida con ella. Patricio mucho menos. Como si no me conociera, se alejó sin decir palabra. Se quedó estático en la acera.

La Avenida de la Cultura era un río cargado de gentes que caminaban por sus dos cauces en silencio, mirando el suelo, como si estuvieran calculando los pasos que deberían recorrer cada día en la eventualidad de que pudieran rehacer sus vidas, sin carros que usaran gasolina. No había niños. En la hora que permanecí allí no vi ninguno. Tal vez ese fuera el espejo de lo que estaba ocurriendo; el shock había terminado de pulverizar la inocencia y en el intento de los adultos por proteger a los más chicos de eventuales disturbios, los habían dejado en casa. Las calles no ofrecían otra visión que el precipicio.

Recordé la noche previa, cuando pedí volver a la sala para proseguir con la fiesta, incluso después de haber escuchado la sentencia anunciada al país. A ninguno de los transeúntes que en esos momentos vagaba en dirección norte o sur se le hubiera ocurrido tomar a broma la amenaza que acechaba, menos armar una fiesta como preámbulo; a nosotros sí. Pero mientras yo seguía sentada al filo de esa caja, afligiendo mi cuerpo con esa postura insana, con un arrepentimiento de última hora, Patricio dio unos pasos más y se fundió con la gente cabizbaja que arrastraba los pies por el cauce que se dirigía hacia el centro, aunque nadie pareciera tener un destino concreto.

A las cinco de la tarde crucé la avenida, jaloneando todavía esa caja infeliz ante la mirada extrañada de solo algunas personas, pues la mayoría ignoraba mi presencia, como si fuera una hoja más arrastrada por el río. Al llegar a la casa de Emilio, se la puse delante como si me estuviera quemando las manos. «La calle está llena de fantasmas», le dije, «es un golpe demasiado grande para soportar». Prácticamente nadie en nuestra ciudad había reaccionado. Me puse a llorar. Su madre apareció, preguntó qué pasaba. Dije que lo malo era que no estaba pasando nada; que quizás los disturbios hubieran sido cosa mejor, porque así, zombis como habíamos quedado todos, ya cualquier atropello se podría cometer sin que reaccionáramos. Emilio me calmó, no entendía por qué estaba diciendo esas cosas. Su madre me sirvió un mate de hierbaluisa.

—Todo va estar bien —dijo—. Si a estas alturas no hemos sucumbido, no creo que suceda nada peor.

—¿En verdad cree que nada peor puede ocurrir? —le pregunté.

Alicia me miró a los ojos, luego a los de su hijo, que también la miraba, incrédulo.

—No. La verdad es que puede ocurrir cualquier cosa —apoyó las manos sobre la mesa y añadió—: Por si acaso hay que ir preparando maletas.

—Yo no me quiero ir de aquí —susurré.

—Tampoco yo —murmuró Emilio.

—Si las cosas empeoran, no será cuestión de gustos irse o no —apuntó Alicia.

—¿Y qué pasa con los que no pueden, mamá? —dijo él—. ¿Ese no es asunto nuestro?

Lo miré con admiración, también con deseo. Su madre lo observó como a un niño preguntando por qué no se puede meter el dedo en los enchufes:

—No es asunto nuestro. Y espero que a estas alturas no andes con ideas ilusas en la cabeza.

—¡Mamá!

—Chicos, ayer se han dado una fiesta. No vengan ahora con esas preocupaciones por el mundo, ¡por favor! —dijo esto y en sus ojos percibí cólera, y a la vez nostalgia.

—Al final la vida sigue siendo un sálvese quien pueda —añadió—. Ustedes son jóvenes y tienen la posibilidad de irse; si las cosas empeoran, no tienen ni por qué esperar a terminar la carrera.

Emilio y yo nos miramos sin creer lo que estábamos oyendo de una mujer que siempre habló de la importancia de los estudios y de hacerse con un título profesional.

—Mamá... —murmuró Emilio, sin terminar de decir nada.

—¿Sí, hijo?

Él dejó caer los brazos. Sus pupilas divagaron por la sala de su casa, exquisita, adornada de flores frescas, muebles antiguos y cuadros originales de la Escuela Cusqueña.

—Voy a acompañar a Rada a su casa —respondió finalmente.

—Es duro lo que estoy diciendo, chicos, pero lamentablemente, tarde o

temprano, descubrirán que en la vida cada cual debe bailar con su pañuelo. Quizás es mejor que lo aprendan de una vez.

—Mamá... —pronunció Emilio—. Toda la vida te he escuchado decir otras cosas... ¿No has sido tú quien una y cien veces me ha repetido que no podemos desentendernos de lo que ocurre con nuestro país, con los que menos tienen? ¿Por qué dices esto ahora?

Ella se quedó mirando al hermoso único hijo que tenía, sin orgullo, con extrañeza.

—Estoy cansada. Ya no logro creer en esas cosas —dijo.

Emilio quiso tocarle el brazo; Alicia lo rehuyó, recogió mi taza a medio tomar y se marchó a la cocina.

Afuera, la temperatura estaba cayendo en picada, la madera de las gradas crujía sin que el gato de la casa estuviera bajando por ellas.—Me voy a la calle —le anunció él.

—No demores en volver —le recomendó ella, estática, con la espalda apoyada en el umbral de la cocina.

A las seis de la tarde los postes eléctricos habían sido puestos en marcha como todos los días de invierno y el río de gente muda seguía ocupando la avenida.

—¿Lo ves?, ¿lo ves? —le pregunté.

—Cálmate, Rada —me pidió.

Íbamos a cruzar la avenida cuando un anciano de barba descuidada me atravesó con la mirada. El frío de la tarde parecía haber congelado sus pupilas; caminaba muy despacio, como si le costara empujar sus pantalones, sin ningún hijo que lo acompañara, arrastrando unas zapatillas de las que apenas quedaban piltrafas. Le hice una venia. Presentí que ese hombre se iba a morir de hambre, solo, pronto.

Empecé a temblar, no solo por el frío, pero no acepté la chaqueta de Emilio. Le dije que estaba bien, que no hacía falta que me acompañara a casa. Él no insistió. Nos despedimos con un beso rápido. Crucé la avenida, casi corriendo. Al llegar al otro lado, di la vuelta. Emilio permanecía inmóvil, como un niño perdido, observando el silencio.

En las cinco cuadras que me faltaba recorrer para llegar a casa, tuve la certeza de que las leyes a mí no me servirían para nada. Al día siguiente inicié los trámites para cambiar de carrera. Todo el mundo pasó a recordarme

que el Derecho era una profesión con múltiples opciones y que podría beneficiarme de los contactos de mi padre. Todos repetían eso, menos mi padre.

Con la mirada fija en el horizonte, el hombre que fue mi padre yacía muerto en la cama que lo había acogido el último mes. Veintitrés años habían pasado desde la tarde en que me dijo que bien hacía al cambiar de carrera si en el Derecho ya no hallaba motivaciones, aun cuando la Arqueología me ofreciera pocas posibilidades laborales. Me confi3 que todo lo mejor que hizo en su existencia fue aquello que estuvo libre de cálculos monetarios, aunque por entonces y durante la segunda mitad de su vida se hubiera dedicado a trabajar para un banco. En agosto de 2013, tras dos años de caída en una depresión mezclada con dolencias varias, dejó de respirar.

Su pijama de jaspes azules parecía levantarlo por encima de las sábanas, azules también. Pocos minutos antes, enfebrecido y sin distinguir si era de día o de noche, había pedido que descorriésemos las cortinas. Me precipité a obedecer. En los cerros que se ofrecían del otro lado de la ciudad, algunas luces empezaban a encenderse, mientras el último avión de la tarde surcaba el horizonte sin dejar una estela. «Así está bien», dijo. Volví a sentarme a su lado y todo fue silencio, hasta que mi hermana susurró: *El sol es mi padre, la luna es mi madre, y las estrellitas son mis hermanitas*. Él nos cantaba ese huayno de niñas como si fuera una ronda. Era la única canción que conservaba de su madre. Un vecino hizo notar su proximidad tocando el claxon para que le abrieran el garaje. Papá tosió. Y sobrevino el silencio más largo. El médico se acercó a su lado, buscó sus latidos con el estetoscopio, alumbró sus pupilas con una linterna, se precipitó entonces a bombearle el pecho. El tiempo se detuvo. Le escuchamos decir que nuestro padre había muerto.

Más luces empezaron a encenderse en los cerros. «¿Cerramos sus ojos?», pregunté. Mi hermana se secó las lágrimas, dijo que no. Señaló que tal vez necesitaba unos minutos más para despedirse del mundo. Soltó su mano inerte y caminó hasta la ventana. La abrió de par en par. El aire fresco irrumpió en la habitación despejándola del rancio olor a medicamentos. Las pupilas de mi padre reflejaron los celajes. Seguí aferrada a su mano izquierda. Me veía de nuevo con siete años, perdida entre el tumulto de una feria. En pocos segundos mis padres se habían distraído al saludar a unos amigos y yo había seguido caminando detrás de una mujer de chaqueta roja a quien

confundí con mamá. Ella volteó, me sonrió, y en ese momento fue el abismo. Como si estuviera buceando en medio de una corriente asfixiante, empecé a bracear entre la gente buscando a mi verdadera madre. Hasta que una mano tomó la mía. Disimulando su propia angustia, dijo «aquí estoy». Era él. Y ahora ya no era él. La agonía de sus últimos meses había desdibujado las facciones de su rostro y las mismas líneas de inquietud que se le marcaban en el entrecejo. Miré el cielo; pasadas las seis de la tarde ya se podía distinguir algunas estrellas. «¿Alcanzas a verlas, papá?», murmuró mi hermana, acercándose de nuevo a su lado. Él ya no podía responder, aunque algo en su mirada todavía permaneciera vivo y alcanzara a identificar el brillo de Orión. Yo hubiera querido repetir la pregunta de Ayda y hubiera querido que él se levantara de la cama con naturalidad y nos dijera: «¿Por qué no vamos a la terraza? Allí las veremos mejor con el telescopio». No pude preguntar ni nada de eso ocurrió. Me desmayé.

Cuando recuperé la consciencia, me descubrí en un sillón, junto a mi cuñado y al médico. Éste me tomaba la presión y el cordón que apretaba mi antebrazo parecía una sierra que lo estuviera seccionando. Por unos segundos quise creer que el último año había sido un mal sueño y que ese médico estaba allí solo por atenderme a mí, como tantos otros lo habían hecho en mi adolescencia, cada vez que me desvanecía ante una caída brusca de la temperatura. Cuando volví al lado de mi padre, sus manos todavía estaban tibias.

Cerramos sus ojos. Yo no quería volver a flaquear, en una bolsa me dediqué a colocar una cantidad exasperante de cajas y botes de medicamentos que se había ido sumando a su dieta en los últimos meses.

—¡Cómo es posible que le prescribieran tantas pastillas juntas si sabían que ya no había remedio! —reclamé al médico con ira.

—Yo solo le receté dos —repuso impasible.

—¿Pero no sabía usted que había otros tres médicos tratándolo y cada uno le recetaba dos y hasta tres pastillas por día?

—Su papá tenía varias dolencias y cada médico ha hecho lo mejor que ha podido —enfaticó con molestia y me extendió el acta de defunción que había redactado.

Ayda me lanzó una mirada fulminante.

Yo no quería callarme. Sentía náuseas al ver aquella bolsa llena de medicamentos. Solo los tres últimos días, por iniciativa propia, nosotras

habíamos reducido de catorce a siete las pastillas que se le suministraban. Iba a decirle al médico que no me extrañaba que su muerte hubiera sido desencadenada por una úlcera gástrica, cuando, bajo una caja de analgésicos, hallé un guijarro plano de tonos rojizos. Lo apreté en mi mano y de inmediato lo guardé en un bolsillo.

El enfermero que a lo largo del último mes había acompañado a mi padre cada noche no tardó en llegar. Nos dio las condolencias y se quedó contemplándolo.

—Anoche soñé con él —recordó y se sentó a su lado—. Me estaba hablando de lejos, yo no entendía qué me decía, pero le hice adiós con la mano...

Dio una mirada alrededor, y otra más, como si buscara huellas en el suelo, en las paredes, en el mobiliario. En esa habitación había pasado muchas malas noches, atendiendo los quejidos de papá, o ayudándolo a llegar al baño.

—Te pagaremos completo este mes, aunque ya no tengas que venir —aseguré.

Me miró de forma adusta.

—Le agradezco, pero ahorita no estaba pensando en eso, señorita —repuso.

—Eso es lo que hubiera querido papá —insistió mi hermana—. Esta misma mañana nos dijo que le habías tenido bastante paciencia.

Él volvió a posar la mirada en mi padre y le arregló los cabellos de la frente.

—Creo que al final ya se estaba acostumbrando a mi compañía —respondió.

Tanto por acomodar al enfermero en una cama próxima a la suya, como para ubicarlo en un espacio menos privado ante la recurrente visita de médicos y amigos, cinco semanas atrás mi padre tuvo que abandonar la habitación que había ocupado durante más de veinte años y pasar al cuarto de huéspedes. Esto recrudeció su depresión al principio, pero en los últimos días parecía más bien habituado; nos confesó que se sentía aliviado de la visión recargada de imágenes religiosas y la televisión encendida a toda hora en su cuarto matrimonial.

Jacobo apareció poco después. Aunque fuera primo nuestro por el lado

materno, desde niño fue el sobrino más cercano para mi padre. No podía ser de otro modo, había tenido poca relación con los hijos de su hermana Mayda, que se fue a vivir a Lima en cuanto se casó. El nombre de mi tía emergió entonces como una sombra. Ayda y yo pasamos un buen rato tratando de escabullirnos del trago de anunciarle la noticia. No imaginábamos su reacción; sin duda iba a estar desolada, pero sabíamos que la última vez que vio a papá tuvieron una discusión agria, por desavenencias políticas, como siempre. Al final, mi cuñado Alex cortó por lo sano y fue él quien se encargó de llamarla. Me aferré a la mano de mi hermana, y mientras Alex marcaba el teléfono, bajamos rápidamente a la cocina, so pretexto de poner a hervir agua. Ni de lejos queríamos escuchar la voz de tía Mayda. Yo menos, mucho menos, y no tanto por la cólera que me daban las tonterías que le había dicho a mi padre en su última visita, como porque ella me recordaba un secreto que no le había contado a nadie, ni siquiera a mi hermana, a quien tenía frente a mí, como un espejo. Ambas nos habíamos quedado a uno y otro lado de la mesa de la cocina, mirándonos. Las dos estábamos a punto de llorar, pero ni siquiera en ese momento, aunque me estuviera carcomiendo, le revelé nada.

Cuando volvimos al segundo piso con las jarras de agua caliente, Alex, Jacobo y el enfermero ya habían empezado a encargarse del cuerpo de papá. Verlo definitivamente inerte, sin capacidad de respuesta, resultaba por demás chocante. Ayda y yo dejamos las jarras en la puerta, dimos media vuelta y fuimos a su habitación para buscar el juego de ropa limpia que le pondrían después de limpiarlo. Ese ritual, que ratificaba su muerte, también me hizo pensar en el huérfano que fue. Tan vivo él a los cuatro años y sin contar más con la madre que se había encargado de bañarlo, vestirlo y desvestirlo hasta entonces. No creo que su padre tomara a cargo esa tarea, y si alguna vez lo hizo, no creo que le dedicara la calma que al levantarlo y limpiarlo mostraron el enfermero y el marido de su hija mayor, ni el cuidado con el que Jacobo le puso las medias. Allí estaba ese enfermero, pasando aceite de bebé sobre sus párpados y mejillas, limpiando con hisopos húmedos sus oídos, con una toalla impregnada en colonia desinfectante había lavado sus genitales. Aquel hombre, que mantenía hacia todos nosotros el trato de usted porque le habíamos pagado un sueldo, y a quien nosotros tuteábamos por el mismo motivo, había conocido a mi padre en sus peores horas y lo seguía limpiando de sus males, sin asco, expresando naturalidad ante el cuerpo desvencijado que a Ayda y a mí nos costaba reconocer. En esos brazos inertes, en la paz que empezaba a adquirir su rostro, aparecía el niño.

Mi madrastra llegó de Lima en el primer vuelo del día siguiente. Tenía un hermano que podía recogerla del aeropuerto, así, Ayda y yo pudimos posponer algo más ese encuentro. Magda apareció en la casa vestida de negro y los ojos compungidos, sin embargo, con el maquillaje impecable. Lo primero que nos preguntó fue si algún sacerdote había podido dar la extremaunción a papá. No debería haberle sorprendido que le respondiéramos que no se nos había ocurrido, pero literalmente lanzó un grito al cielo y, de la lista de curas que tenía apuntada en su agenda, convocó al primero que le contestó. A la media hora, este ya estaba pasando óleos y responsos sobre el cuerpo de mi padre antes de que mi cuñado, mi primo y dos empleados de la funeraria lo colocaran en el ataúd. En la hora siguiente, mucha gente que yo desconocía fue llegando a la casa. Todos hablaban en susurros, como si estuvieran intercambiando confidencias. Al bajar la vista, se podían distinguir zapatos negros, algunos marrones, entrecruzándose, taconeando contra el suelo, pocos quietos. Me di cuenta de que en su mayoría eran amistades de los diversos clubes en los que Magda participaba, y aunque podía haberse ahorrado el congregarlos en la casa tan temprano, no quiso hacerlo.

Al momento de dirigirnos al velatorio, cuando estábamos a punto de abrir la puerta del jardín delantero, pidió que nos detuviéramos un momento. Sobre el ataúd colocó la mano donde ahora llevaba el doble anillo matrimonial y, como si mi padre pudiera escucharla, dijo que había sido el amor de su vida, que nacieron predestinados para amarse y gracias a Dios habían podido encontrarse, que su vida sin él sería un páramo, un desierto, una amargura... El sol pegaba fuerte, todo el que pudo tomó algún objeto para darse sombra. Podía percibir la desesperación de mi hermana, que trataba de disimularla pasando a su hija menor de un brazo a otro.

Mientras transportábamos el ataúd al velatorio del Colegio de Abogados, me volvía a inquietar lo grandes que pudieron ser las contradicciones de mi padre para haberse casado con una mujer que en nada se le asemejaba. En nada esencial. Por evitar conflictos con ella, mi hermana y yo nos vestimos con colores oscuros, aunque el día del entierro portamos pañuelos rojos alrededor del cuello. Si Magda hubiera podido, nos habría echado agua bendita. Para apaciguarla, le recordamos que papá siempre había bromeado

diciendo que el día que muriera le gustaría que vistiésemos de rojo y lo despidiésemos con rancheras y boleros. Al menos cedió con la música.

Yo había llegado al Cusco ocho días antes. Magda aprovechó mi estancia para viajar a Lima y a su vez visitar a su madre. En silencio agradecí el gesto. Ambas sabíamos que esa era una manera de evitarnos y era una buena ocasión para que ella se tomara un descanso. Aunque contaba con una empleada que la ayudaba durante el día y con aquel enfermero durante la noche, cuidar de un esposo al que se le complicaba cada vez más la salud y el estado de ánimo no era ciertamente una tarea fácil.

No hallé a mi padre moribundo, se mantenía en una situación de gravedad estable. Aunque él no podía hablar mucho sin caer dormido, pude conversarle sobre mis últimos trabajos en la selva, también sobre mis novedades personales. Pero no le conté lo más importante. No le hablé del cementerio de Erabamba. Nunca sabré si hice bien en callar esa historia. Creía entonces, y aún lo creo, que hay casos excepcionales donde es mejor guardarse la verdad, cuando esta es una estrella de aristas punzantes que en lugar de alumbrar la noche puede desangrarla.

El penúltimo día de su vida, acaso presintiendo que le sobrevendría una recaída letal, reiteró su voluntad de morir en casa y nos pidió que pasara lo que pasara, no lo lleváramos al hospital. Mi hermana se dispuso a llamar a Magda, pero él la atrapó por un brazo y la convenció de que no lo hiciera. «Estoy bien así», nos dijo. Añadió que ese día Magda estaría celebrando el cumpleaños de su madre y no quería estropearle el momento. Recién la tarde siguiente, cuando empezó a orinar sangre y recayó en delirios, le avisamos de la emergencia.

En la media hora que tomó la llegada del cura, Magda repetía una y otra vez que nunca nos perdonaría por no haberle avisado a tiempo.

—Ya estamos empatadas —cortó mi hermana—. Nosotras nunca te perdonaremos que te metieras en la vida de nuestra familia y nos alejaras de nuestro padre.

Ella nos miró con estupor, pero hizo un esfuerzo y la discusión se acabó.

Dos años antes, cuando aún se encontraba fuerte aunque ya afectado por una insuficiencia cardíaca y una nascente depresión, papá dejó todos sus asuntos testamentarios en claro. De esta manera, al morir nos ahorró litigios con su esposa. Magda había compartido tres décadas con él y en todo ese tiempo no habíamos logrado tomarle confianza. Al principio, de una manera

absurda, marcó un gesto distante con nosotras y no se contuvo a la hora de mostrarnos que nuestro padre tenía de verdad una nueva familia. Rápidamente logró que Rodrigo, su hijo de nueve años, lo llamara papá y él lo llamara hijo con profundo afecto. Ayda y yo habíamos visto la serie *Yo, Claudio* a escondidas y en la imagen de Agripina, la madrastra obsesionada por encumbrar al hijo propio, la envenenadora en toda regla, veíamos a Magda. Cuando anunciaron que la serie volvería a emitirse, de nuevo en horario para adultos, busqué a papá y le pedí que no se la perdiera, en especial los últimos capítulos. Un mes más tarde fui a su oficina para cerciorarme de que la hubiera visto. Me dijo que había seguido mi recomendación.

—Tiene escenas muy fuertes —comentó—. Tú no deberías haberla visto, ¿verdad?

—Lo sé —admití—. Pero dime, ¿qué te pareció Agripina?

Se quedó callado un momento, hasta que respondió:

—Mira, Rada. Debes saber que en esta vida nos cruzamos con muchas Agripinas. A veces incluso vivimos con ellas.

Dijo esto con pesar, lo que me hacía más difícil comprender cómo podía estar casado con Magda. Como si me entendiera, añadió:

—A veces los hombres solo necesitamos alguien que nos asegure que nuestra vida se conservará en orden. Y nos basta con eso.

Allí estaba Blas Ruiz, mi padre, en esa amplia oficina, ocupada por cientos de legajos dispuestos sobre su escritorio y en las estanterías, ascendido a una gerencia del banco, incómodo en un puesto que en otras circunstancias no habría aceptado, un puesto que iba en contra de la libertad que siempre había anhelado. Antes de separarse de mamá, había tomado la decisión de independizarse, de manejar sus propios horarios, de no amarrarse a ningún trabajo institucional; si no había podido vivir sus sueños utópicos, tampoco quería vivir en un medio que fuera tan distinto. Mi madre lo había apoyado en su decisión, pero los celos de él, su creciente posesividad sobre ella, y la reticencia de mi madre a hacerle concesiones, siguieron resquebrajando su relación. Magda, cajera del banco, irrumpió en ese momento y nuestro mundo familiar se acabó. Pero también se acabaron las peleas entre mis padres.

Aunque mi hermana y yo sabíamos que Magda significó solamente la gota que derramó el vaso, preferimos apuntarla como la bruja de la película.

Él no demoró ni dos meses en cambiar la casa de la que mamá lo había echado por la que le ofreció esa mujer. Como en los años 80 los divorcios demoraban siglos, nos encontrábamos en su oficina mientras el trámite se formalizaba, aunque algunos fines de semana salíamos al campo con él y su nueva familia. La primera vez que fuimos a su casa, a mí con doce años y a Ayda con catorce, nos pareció ridículo que una mujer de cuarenta fingiera una situación en la cual papá y ella compartían la casa pero no la cama.

Con el transcurso del tiempo la situación no mejoraba. Aunque Magda intentaba ser amable, su insistencia por mostrar a la gente que Rodrigo era el hijo varón que papá había soñado llegaba a nuestros oídos y hacía que rechazáramos a ese niño, a pesar de que con nosotras él se portaba como una abeja que, al ver a las reinas de la colmena, se recluye en un lugar anónimo. Esa tarde pregunté a papá si por mantener su vida en orden no terminaría cediendo al deseo de Magda y pondría a su hijo por delante de nosotras.

—¿A qué viene todo esto? —me dijo—. Tú sabes bien que nadie me haría desplazarlas a ustedes del primer lugar en mi vida.

Aunque estaba complacida por su respuesta, insistí:

—Pero Magda influye mucho sobre ti.

—Sé que Magda puede ser una persona especial...

—Es mala —repuse.

—Es distinta a nosotros —apuntó—; pero no es mala. Es tan solo una persona que ha tenido muchas carencias y yo soy otra persona con carencias; nos hemos juntado y no nos llevamos mal —subrayó, cruzando los brazos.

—Yo no la puedo querer.

Él me miró con pesar, luego afirmó:

—Está bien, no tienes que quererla.

Bajé la cabeza. Él continuó:

—Rada, no quiero criar a una hija caprichosa. Por eso te voy a pedir que, aunque no quieras a Magda, te olvides del rencor a Rodrigo. Es un niño bueno, realmente bueno. —Se calló un momento y agregó—: Además, aunque él me quiere mucho, sigue añorando a su verdadero padre. Y, quién sabe, tal vez algún día ese hombre reaparezca.

No me atreví a levantar la cabeza.

—Mírame, Rada —me pidió—. Ustedes nos han tenido a mamá y a mí siempre, quizás no pueden entender cómo es vivir sin madre y sobrevivir con

un padre a quien intentas agradar y que nunca termina de quererte.

Fue la primera vez que le oí hablar de la herida de su infancia.

Por esperar a Rodrigo, el velorio duró casi dos días. Él concluía la carrera de Química cuando su padre biológico reapareció, tras dos décadas de ausencia. Creo que no fue fácil al principio, pero a los veinticinco años Rodrigo se marchó a vivir a Boston, cerca de su progenitor. A pesar de ello, había sido como un hijo para mi padre.

En esa despedida estábamos las personas que más lo habíamos querido, también tía Mayda había llegado y estaba desolada. En poco más de una hora, el cuerpo de mi padre quedaría hecho cenizas. Metí las manos a los bolsillos y apreté el guijarro que hallé en su velador. Era una piedra de río, sin lugar a dudas.

El 29 de octubre de 1991 estaba sosteniendo otra piedra. Tallada, partida. Era mi cumpleaños y no sabía qué hacer con ella. Dos días atrás, Rita Román, la más joven profesora de mi Facultad, me había convocado para que la acompañara como asistente en un viaje relámpago a Vitcos, en la frontera de la selva. Desde el puesto policial más próximo había llegado una notificación al Cusco advirtiéndome sobre la presencia de huaqueros en un yacimiento arqueológico explorado por el Instituto de Cultura seis meses atrás. Rita había participado en aquellos trabajos y fue la única de su equipo que se apuntó a viajar. Recuerdo haber dudado unos minutos sobre mi deseo de acompañarla: había estado planificando una fiesta por los veintidós años que iba a cumplir, además tendría que perder algunos días de clases. Accedí. Rita era la profesora a la que más admiraba y creí en verdad que nuestra presencia en Vitcos lograría detener la depredación. Los trámites para que nos dieran las credenciales y permisos oficiales para inspeccionar el yacimiento tomaron un día entero. Otro más nos tomó el viaje por tren, carretera de trocha y camino a pie. Arribamos con la última luz del día, pero era demasiado tarde. Los saqueadores se habían estrellado a mazazos contra la base de lo que parecía ser un altar de granito. Imaginarían que debajo albergaba alguna ofrenda de metales preciosos, o tal vez la momia de un Inca y con ella sus tesoros. Si hallaron algo valioso, ya no lo podríamos saber. Por debajo de la base abollada, de entre la tierra removida, emergió aquella piedra tallada. No sabíamos si fue quebrada por los mazazos o por la ira de unos huaqueros que no hallaron el tesoro que buscaban. Se trataba de un felino esculpido en diorita. De él solo quedaba parte del pecho y la cabeza. Aunque una de sus orejas había desaparecido, mantenía intactos los ojos y la boca enseñando los dientes.

A la llegada de los españoles, los incas rebeldes se refugiaron en Vilcabamba. Durante cuatro décadas, internándose cada vez más adentro de la selva, pretendieron mantener su reino, hasta que fueron liquidados y el último gobernante inca fue decapitado. Vitcos había sido la primera sede de aquel reino. Cinco siglos más tarde, los vestigios de sus templos y viviendas seguían siendo presa de la destrucción y el saqueo.

—Esta debió ser una plataforma ceremonial... ¿Imaginas? Sus

constructores la habrán pulido rezando —murmuró Rita y se apoyó sobre una esquina del bloque abollado. Los muros de piedra del rededor aún lucían cubiertos de maleza y musgo.

Parecía que en cualquier momento iba a romper a llorar. Yo seguía sosteniendo aquel fragmento de felino, tratando de imaginar cómo habría sido la mitad del cuerpo desaparecido, sintiendo pesar, un profundo vacío, como si mi propio cuerpo estuviera desgarrado.

Mientras nos acomodábamos para dormir en la carpa, escuchamos un rugido. Nos hubiera gustado creer que se trataba de un felino de verdad. Nos quedamos quietas, afinamos el oído y lo volvimos a escuchar, más lejano, confundándose con el rumor del río.

Al amanecer proseguimos con la inspección. Los saqueadores también habían excavado alrededor de dos portales de piedra y dañaron una de las bases. Sus umbrales se mantenían recubiertos de musgo. Los dejamos quietos. El Estado no tenía presupuesto para salvaguardar lugares no turísticos como aquellos. Nuestra tarea se limitaba a evitar lo que ya era irremediable y hacer un recuento de daños y objetos salvados. Colocamos el felino quebrado sobre el altar. Esa fue la única pieza que pudimos apuntar como vestigio recuperado.

Aún era temprano y el calor arreciaba. Muy cerca teníamos al río Vilcabamba y no estaba cargado. Rita me animó para que fuésemos a nadar. Ella no demoró en sumergirse. Braceaba sin miedo, casi alcanzaba el centro. Estaba por seguirla pero de repente me asoló el pánico. A pocos metros, en la otra orilla, me pareció ver un cuerpo arrastrado por la corriente. Grité. Le avisé a Rita. Ella rió.

—¡Es solo una camisa! —exclamó—. Se habrá caído de algún cordel de ropa —añadió.

Me puse en pie y, en efecto, distinguí solo una prenda amarilla que se iba apartando de la vista. Pero el miedo no me abandonó. Avancé pocos pasos, me agaché para que el agua me refrescara, no quise alejarme de la orilla. Hacía mucho calor y no me sentía capaz de bracear a fondo. Entonces irrumpió la imagen de la madre de mi padre. Le encantaba nadar, eso decían. La imaginé lanzándose al agua, buceando como un pez, como una sirena de alas tornasoladas, como una mujer que a pesar de sus miedos no se resiste a sumergirse en la corriente. Así la dibujé esa mañana y me hubiera gustado tocarla. Fue en ella en quien me quedé pensando y aunque nunca la conocí, la

eché de menos.

Mientras caminábamos en dirección de la carretera, yo seguía sosteniendo la cabeza del felino.

—Terminará en un depósito, olvidado seguramente —comenté.

—¿A ti te gustaría quedarte con él? —me preguntó Rita, sin dejar de mirar al frente.

Demoré en responderle. Sentía aquella escultura rota como parte de mi mano.

—Me apena que vaya a terminar abandonada, como si nada valiera —repose al fin—. No es una pieza de oro, difícilmente se le dará importancia, tal vez no haya nadie que se interese por estudiarla —añadí.

—Cuidado —apuntó Rita—. Ese suele ser el argumento de quienes encargan antigüedades a los huaqueros.

Volví la vista al felino, sus grandes ojos me seguían inquietando.

Al llegar a la carretera, nos tomó más de una hora hallar un carro que nos condujera a Quillabamba. Yo me quedaría allí durante el fin de semana. Rita se marcharía de vuelta al Cusco en el tren de la tarde. Al despedirnos, junto a las rieles, me contó que al finalizar el semestre se iría a Francia. Había obtenido una beca para cursar una maestría y durante al menos dos años no volvería. Le entregué el felino y volví a sentir aquel vacío, aquel pesar profundo.

Puesto que no había celebrado mi cumpleaños y estábamos en vísperas del largo fin de semana por Todos los Santos, mi hermana y algunos amigos cercanos viajaron a Quillabamba para encontrarse conmigo y disfrutar del calor. Llegarían por la noche. Lo que más me animaba era el encuentro con Patricio. En las últimas semanas habíamos compartido muchos momentos juntos, casi a diario pasaba por casa, a veces solo y otras acompañado por Emilio. Podíamos pasar horas hablando de política, o simplemente escuchando discos estirados sobre la alfombra. Idealizándolo todo, había imaginado que, al igual que mis padres, el Pato y yo iniciaríamos un romance en Quillabamba. En absoluto esperaba que para la celebración de mi cumpleaños él apareciera con una muchacha. Por la noche, en la discoteca, intenté disimular mi desencanto y bebí más de la cuenta. Aun así, no podía pasar por alto la pasión con la que besaba a esa chica y más tarde la amargura con la que discutía con Emilio, que también había viajado con Rachel, su novia.

—Nuestro país se está cayendo a pedazos y nosotros nos seguimos acomodando —hablaba el Pato.

—Pero qué bien que disfrutas bailando aquí —repuso Emilio.

—Bailo con gusto porque también a las calles salgo protestar.

Me acerqué, deseando intervenir, pero tropecé con una silla. Terminé en el suelo. Mi hermana no demoró en llevarme al hotel.

Al día siguiente, otra vez en grupo, nos dirigimos al río. No era tiempo de lluvias, la corriente no era alta, pero al igual que en Vitcos, no me alejé de la orilla. Mi hermana, que también podría sentir resquemor, nadó con entusiasmo y llegó hasta las rocas que se elevaban por encima del río, a unos veinte metros de donde me había quedado. Desde allí, cada uno de mis amigos me animaba para que avanzara. Patricio lo hizo a su modo. Se puso en pie sobre su roca y, mirándome, empezó a cantar: *Si tú eres mi dama, jamás lo sabré, si yo no te río, pues bien mátame, recógete el pelo, ven a la estación, si no me acompañas, puedes decirme adiós...* Hubiera deseado arrojarle una piedra, pero él seguía cantando, incluso bailaba sobre la roca, y a mí me devoraban los mosquitos de la orilla. Tomé aire hasta el vientre y me lancé a nadar, sintiendo miedo en cada brazada, también ganas de llorar.

De regreso en el Cusco fui a buscar a papá. Lo hallé atareado en su oficina, atiborrado de papeles. El banco estaba despidiendo a un gran número de empleados, especialmente a los más antiguos, que representaban un gasto mayor en salarios, y él era el encargado de ajustar sus compensaciones. Nos había comentado la situación pocas semanas atrás, en las bodas de plata de sus mejores amigos. Había bebido varias copas y acaso por ello se sinceró. Aquella tarde no parecía sentir ya culpas, solo premura y tensión ante el bloque de expedientes que se acumulaba sobre su escritorio.

Hubiera querido conversarle sobre el felino partido, hablarle del terror repentino que volví a tener por el agua, estaba segura de que mi propia cara daba cuenta de la desazón.

—Estoy más que ocupado con unas liquidaciones —me dijo, ni tan solo preguntó cómo estaba cuando besé su mejilla al saludarlo.

—¿Son los despidos de los que hablaste el otro día?

—Sí. Debo estar atento a cada detalle de los expedientes, y son más de veinte.

—¿Tienes amigos entre ellos?

Se quedó mirándome unos segundos.

—No está en mis manos impedirlo. Ojalá ellos lo entiendan. Ahora, hija, espero que tú entiendas que ni hoy, ni mañana, ni pasado, tengo tiempo para salir a tomar un café. ¿O hay algo muy grave?

Negué con la cabeza.

—Entonces déjame volver a estos expedientes.

—¿Ya no te da pena? —pregunté.

—No quiero perder mi trabajo —afirmó.

Sabía que lo que iba a decir iba a herirlo y no me contuve:

—Has olvidado los ideales de los que nos hablabas...

—¡Y a dónde me podría ir a trabajar! —vociferó—. En el mundo que estamos construyendo un trabajador de mi edad ya no tiene futuro. Así es. Y las cosas van a ponerse peores.

Apreté mis manos, sintiendo en ese momento que Patricio y su constante

discurso contra el mundo y sus acomodados era la única voz que podía escuchar, como a un pájaro que canta en medio de la noche.

—Tengo mucho trabajo por resolver —insistió mi padre y miró en dirección de la puerta—. Ojalá entiendas que yo no puedo hacer nada. No sé cómo decirte que tal vez nada detenga mi caída.

Sus palabras se quedaron retumbando en mis oídos. Miré la puerta de esa oficina, su madera era tan maciza... No había otra salida. El mismo pájaro que había empezado a divisar empezó a desdibujarse entre las paredes recubiertas de expedientes bancarios y condecoraciones.

Durante varias semanas Patricio desapareció del mapa. Una tarde lo vi besando a su enamorada en un parque de nuestro barrio. Unos días después lo reconocí a lo lejos, en una protesta estudiantil que salía de la universidad. En una mano sostenía una piedra. La levantó a la altura de sus ojos y la hizo girar todos los segundos que nos estuvimos mirando, sin saludarnos.

Retomé mi camino en dirección contraria, rumbo a la piscina del Parque Zonal, hasta que unas cuadras más abajo distinguí a Emilio. Avanzaba con la mochila a la espalda, silbando, seguramente al ritmo de la música que salía de sus auriculares. Cuando tocó encontrarnos cara a cara, me di cuenta de que estábamos justo enfrente del paradero a Urcos.

—¿A dónde vas? —le pregunté.

—No sé bien. Como la U está cerrada, no puedo hacer ninguno de los trámites que tengo pendientes —repuso—. Estaba pensando subir a Sacsayhuamán. ¿Te vienes?

—¿No prefieres ir a Urcos?

—¿A Urcos? ¿Qué hay en Urcos?

—Una laguna.

—Ya sé. ¿Pero se te ha perdido algo allí?

—Quiero nadar en un sitio tranquilo y una laguna siempre es mejor que una piscina.

—Cierto.

—¿Vamos? Solo tenemos que cruzar la pista y en una hora estaremos allá.

Accedió, no sin antes acercarse a una cabina para llamar a su madre y avisarle que llegaría tarde para almorzar.

—¿Y Rachel? —le pregunté, mientras nos acomodábamos en el bus.

Me dijo que había tenido que viajar a Bolivia para supervisar un proyecto de la ONG donde trabajaba y de paso renovar su visado de ingreso al Perú. Mientras aguardábamos a que el bus se llenara, me contó que estaba pensando en casarse con ella.

—Pero solo tienes 23 años... —comenté.

—Cada tres meses Rachel tiene que estar yendo y viniendo de la frontera por la dichosa visa y eso es todo un riesgo —apuntó—. Pocas veces la he podido acompañar. Ya lleva tres años así, incluso empieza a plantearse regresar a Inglaterra.

—La quieres mucho, ¿verdad?

—Sí —afirmó y comenzó a enrollar el cable de sus auriculares.

Era media semana y en la laguna de Urcos solo había dos adolescentes parándose de cabeza sobre la balsa endeble con la que habían alcanzado el centro lacustre. Verlos me dio seguridad. Una leyenda decía que esa laguna guardaba la cadena de oro que el Inca Huáscar había arrojado antes de la caída del Tawantinsuyo. También había escuchado que era peligroso bucear allí por las algas que se elevaban desde su fondo. Yo solo quería nadar y demostrarme que ya no tenía miedo. Desde mi regreso de Quillabamba, había acudido a la piscina del Parque Zonal casi cada semana, pero no había tenido oportunidad de nadar en ningún río, menos en un lago. Emilio me había dicho que tomaría sol antes de meterse a esas aguas frías, pero cuando me estaba aproximando a la balsa, me alcanzó.

—Si te ahogas, será más fácil rescatarte desde aquí —apuntó.

Los chicos nos invitaron a subir. De cerca, pudimos ver que llevaban consigo una caña de pescar. Emilio accedió sobre la marcha y les preguntó si le prestarían la caña. Ellos aceptaron, pero antes lo retaron a pararse de cabeza. Se me escarapeló el cuerpo al pensar que pudiera hacerles caso y terminase con el espinazo quebrado entre los troncos de la balsa. Iba a proponerle que mejor siguiéramos nadando pero ya estaba frotándose las manos y al instante estaba poniéndose de cabeza. Yo lo miraba desde el agua, sin perder el miedo. Él sonreía. Los chicos se quedaron satisfechos porque aguantó más de diez segundos.

Nunca aprendí a pararme de cabeza. Me apoyé un rato en un borde de la balsa, escuchándolos contar que cuando el Inca lanzó su cadena desde las alturas, cayó en medio de la noche como una estrella fugaz cuya cola refulgía como el fuego.

—Cuando las aguas están claras, dicen que se puede ver su brillo desde el fondo —comentó uno de los chicos.

—¿Y nadie ha ido a buscar el tesoro? —preguntó Emilio.

—No se puede. Quien quiera sacarla moriría enredado en las algas.

Tanto Emilio como yo dirigimos la mirada al fondo de la laguna. Se mantenía en un verde oscuro que no permitía atisbar nada por debajo de mis rodillas. La silueta de una trucha rompió la quietud. Emilio se sentó en un borde de la balsa y se concentró en ajustar la carnaza en la caña. Era un carrizo en cuyo vértice colgaba el hilo de pescar. Con la espalda al sol, la lanzó y dijo que solo le faltaba una pipa para convertirse en Huckleberry Finn. Los chicos le preguntaron de quién hablaba. Él empezó a contarles la historia. Yo me quedé escuchándolos, pero comenzaba a enfriarme y necesitaba seguir nadando.

Al otro extremo las totoras se elevaban como sables de jade. Avisé que terminaría de cruzar la laguna. El chico más alto me recordó que no se me ocurriera bucear en ese tramo y me arrojó un flotador negro, reciclado de la cámara de alguna llanta estropeada.

—Hace mucho que no hay ahogados, pero nunca se sabe cuándo el último muerto buscará compañía —señaló el muchacho que parecía más joven, sacudiendo sus cabellos ensortijados.

Sentí pavor, sin embargo simulé una risa y me eché a nadar, llevando por delante el flotador.

—Ten cuidado, al mínimo calambre avisas —me advirtió Emilio.

Por unos segundos di la vuelta.

—Si me estuviera hundiendo entre las algas, ¿vendrías a salvarme? —eso le pregunté.

—No habrá otra opción —repuso él, sin dejar de mirar la caña.

Solo había avanzado unos metros cuando sentí un cuerpo extraño deslizándose como una mano entre mis piernas. Quise gritar. Yo había aprendido a nadar, pero quizás nunca lo suficiente como para atravesar un lago. Di algunas pataleadas fuertes y torpes. Recordé a la abuela a la que no conocí, la nadadora tenaz. Seguí braceando, sintiendo aún aquel roce. Probablemente fueran las algas, o tal vez un cortejo de renacuajos. En cualquier caso, seguía vibrando en mi cabeza con formas de miedo y cansancio. Si en ese momento me ahogaba, a quién más que a mi padre, a mi madre, a mi hermana o a mis amigos más íntimos les afectaría. Me aferré al flotador. Su jebe negro quemaba. Más algas se bamboleaban entre mis piernas y la otra orilla seguía lejana. Al volver la vista atrás, descubrí que Emilio y los chicos de la balsa avanzaban en mi dirección.

En el autobús que tomamos de regreso le conté que tuve una abuela a

quien le gustaba nadar. También le conté que papá tenía escasos recuerdos de ella. No sé por qué, le dije que murió de un extraño mal. Como si fuera un secreto oscuro, no pronuncié de qué manera acabó la vida de la madre de mi padre.

Faltaba poco para que llegásemos a la entrada de la ciudad cuando una detonación nos sacudió. Derrapando, el autobús logró equilibrarse y frenó al borde de la acera. No se trataba de una bomba, como la mayoría de los pasajeros habíamos temido. Una llanta había reventado y pasado el susto fuimos bajando uno a uno, a la espera de que entre el chofer y el boletero colocasen la llanta de repuesto. Lo iban a intentar, pero descubrieron que estaba hueca. Emilio y yo no estábamos muy lejos de nuestras casas, así que decidimos culminar el recorrido a pie. Ya empezaba a atardecer cuando llegamos al tramo de la Avenida de la Cultura donde cada cual debía tomar una dirección opuesta. Emilio me preguntó qué sabía del Pato. Le dije que lo había visto de lejos esa mañana, no le hablé de la piedra que llevaba en las manos; sí le conté de la furia que destilaba mientras arengaba a la cabeza de la marcha contra la subida de la matrícula universitaria.

—Con todas las crisis que tenemos encima, ¿no crees que su furia es justificada? —me preguntó.

—¿Y a ti no te parece que su furia se está desbordando? —contesté.

—No lo sé. De todos nosotros que mucho hablamos de política, él es el único que protesta de verdad, ¿o no?

Levanté los hombros.

—Yo quiero graduarme cuanto antes, Rada —prosiguió él—, porque estoy viendo la posibilidad de una beca para marcharme. Ya no sé si quiero seguir viviendo en el Perú a como dé lugar. Si Rachel se va, tengo un motivo importante.

Me recorrió la pena, me hubiera gustado recordarle cuán orgullosos nos habíamos sentido hasta hacía poco por ir a contracorriente de todos los amigos que soñaban con marcharse del país. Forcé una sonrisa y no le dije nada.

—El Pato me ha dicho que me estoy acomodando a una vida miedosa de pequeño burgués —me contó—. ¿Tú qué piensas? ¿Será que tiene razón?

Metí las manos en los bolsillos de mi chaqueta.

—No nos han tocado tiempos fáciles —murmuré.

—Pero qué piensas de lo que me ha dicho. ¿Tiene razón?

—Yo no sé cómo va acabar él. Me da miedo.

—¿Y no te da miedo pensar cómo acabaremos nosotros, Rada?

Se quedó mirándome fijamente. Entonces me habló de su padre, de los últimos días de su padre. Yo sabía que fue un brasileño que había llegado al Cusco en 1966, un exiliado político al que le encantaba cantar. Aquí se casó con una profesora de Literatura, idealista como él. Emilio había nacido a fines de 1968, un tiempo en que sus padres creyeron que lo que podía venir a continuación solo sería revolución. Los años fueron pasando y a principios de los 80 su padre manejaba un próspero comercio de importaciones del Brasil. También fue abandonando su interés por la política. A pesar de todas las crisis que asolaron el Perú en esa década, sus negocios no dejaron de crecer. A inicios de 1991 le detectaron un cáncer de estómago que ya había comenzado a afectar otros órganos. En menos de dos meses murió. Esa tarde Emilio me contó que en sus últimos momentos de lucidez había querido decirle algo insistentemente, pero de su garganta no salían más que estertores.

Yo pensé en mi padre, cada vez más encerrado en su oficina. También recordé a la madre de Emilio, hablando de literatura comprometida en sus clases, pero era la misma mujer que un año atrás nos había dicho que era hora de aprender que en este mundo cada cual debe bailar con su pañuelo. Pertenecíamos a una generación en la que ya nadie bailaba en rondas ni mucho menos usaba pañuelos de algodón o seda, solo papel desechable.

Los postes de la avenida comenzaron a encender sus luces. En dos semanas más comenzaríamos un nuevo año, 1992, que anticipaba grandes conmemoraciones y eventos, tanto colectivos como íntimos: el quinto centenario del desembarco de los europeos en América, las celebraciones por los trescientos años de nuestra universidad, la graduación de Emilio, también la de Patricio.

—Aún no me dices si el Pato tiene razón al decir que me estoy acomodando a una vida cobarde —me cuestionó.

Cobarde. Aquella palabra en la voz de Emilio sonaba excesiva, aun así, se batía como un oráculo desafiante.

—Quizás dentro de un año lo sepamos —eso le dije.

—Entonces quizás nunca lo sepamos.

Estábamos del lado de su barrio. Tocaba despedirse, crucé la avenida.

Como en agosto de 1990, Emilio se quedó de pie hasta que pisé la acera de mi barrio. Al voltear, con la mano nos dijimos adiós.

El 7 de abril de 1992 encontré a mi padre mirando a través de la ventana de su oficina. Dos días atrás se había producido el golpe de Estado con el que Fujimori disolvió el Parlamento e intervino el Poder Judicial. Aquel día muchas instituciones empezaban a retomar la normalidad y su banco no fue la excepción. Yo lo había llamado con urgencia y me dijo que podía acercarme hacia el final de la tarde. Gran parte de la población estaba aprobando el golpe. Los casos de corrupción que asolaban el Congreso habían convencido a muchos de que había que propinar un castigo a los representantes elegidos. Esa mañana uno de los profesores que yo más admiraba nos había dicho que aquello era lógico y necesario y que en el Perú las cosas se arreglaban con mano dura o no se arreglaban.

—Tú qué crees, ¿esto es bueno, es malo, qué es? —le pregunté a mi padre.

Sin alejarse de la ventana, me dijo que ojalá en el tiempo por venir terminásemos convencidos de que había sido para bien.

Quise creerle.

—Llevamos en naufragio tanto tiempo, que tal vez haya que llegar al fondo para empezar a reflotar —comentó, con una sonrisa triste.

Inexplicablemente, me sobrevino la imagen de la cadena de oro de Huáscar cayendo a la laguna de Urcos en medio de la noche.

—Pero hay tesoros que terminan para siempre hundidos en el fondo de las aguas —repliqué.

Sus ojos se nublaron. Solo una vez, el día que visitamos su casa de infancia, lo había visto así. Entonces me di cuenta de lo estúpido que había sido lanzar ese comentario.

La tristeza antigua de mi padre, una cadena de oro que en la noche refulgió como fuego antes de hundirse en el agua, los tesoros más preciados que quizás nunca podremos recuperar, un año que había prometido grandes conmemoraciones y estaba avanzando como un fiasco.

Mi madre llegó de Quito dos días después de que hubiéramos cremado a papá. Venía para darnos fuerzas. Mi hermana nos acomodó en la habitación de huéspedes de su casa y esa primera noche quiso dormir con nosotras. Arrimamos las dos camas y dormimos apretadas.

A medianoche Ayda despertó sobresaltada y encendió la lámpara. Había soñado que caía en un abismo, aunque sabía que estábamos a su lado e intentaba gritar, se le ahogaba la voz y caía más al fondo. Sin mirarnos a los ojos, siguió hablando de esa pesadilla en un murmullo, frotando con los dedos el dobladillo de las sábanas. En aquel color guinda intenso, las manos de mi hermana aparecían más pálidas, como las de una moribunda.

—Tenía un pez atragantado, o algo parecido a un pez que también se estaba ahogando en mi garganta —señaló.

Le pasé una mano por la espalda y encendí la otra lámpara.

—No terminaba de caer, abajo solo había frío —farfulló y soltó las sábanas, sus manos quedaron quietas sobre la colcha, blanca.

Aficionada como es a la interpretación de sueños, mi madre apuntó que quizás esa pesadilla reflejaba el abismo que estaba sintiendo por la pérdida de papá; algo que lamentablemente ni ella ni yo podríamos aliviar. Ayda se echó a llorar. En los últimos días había mantenido alta la calma, pero ahora nada parecía consolarla. Cuando se le acabaron las lágrimas, mamá le soltó la mano y recordó algo:

—Es curioso, alguna vez Blas me contó que cuando era chiquito, continuamente soñaba que caía a un abismo y aunque podía ver a sus papás cerca, no le alcanzaba la voz para pedirles auxilio.

—¡Le he heredado ese sueño! —exclamó mi hermana y nos hizo reír.

—No es extraño que tuviera esas pesadillas —prosiguió mamá—. Ustedes saben que Blas quedó huérfano de madre con solo cuatro años. Además, no sé si saben que su padre no era un sujeto muy bueno...

Mi hermana y yo asentimos, aunque no conociéramos muchos pormenores del lado oscuro de nuestro abuelo.

—La niñez de Blas fue muy dura —remarcó.

Con esas palabras, las heridas calladas de mi padre parecían abrirse de

nuevo, como la rajadura en la lápida de un niño de Erabamba que había muerto a los diez años.

El divorcio de mis padres hubiera ocurrido tarde o temprano. Magda fue el detonante. A veces he pensado que mi madre en silencio le agradeció que la sacara de una vida de conflictos y así le permitiera realizar otros sueños. Mis padres se habían conocido en Quillabamba, una tarde en que él se hallaba arengando en medio de un mitin campesino. Desde lejos, ella lo había observado con atención. Estaba haciendo su tesis de biología sobre plantas medicinales tropicales y Quillabamba era la localidad amazónica más próxima al Cusco; además, allí podía pasar una temporada con la familia de su tío materno. Al finalizar el mitin, coincidieron en una librería y se quedaron conversando. En los días siguientes se vieron casi a diario, hasta que mi madre tuvo que regresar al Cusco. Pocos meses después, el movimiento campesino de La Convención logró la primera Reforma Agraria del Perú y él volvió a la ciudad. No tardaron en casarse.

En 1965, con la irrupción de las guerrillas en La Convención, el gobierno persiguió a todos los que directa o indirectamente hubieran participado en política en aquella provincia. Mi padre fue apresado. La mayoría de sus amigos se alejó; la cárcel representaba un estigma y un hombre acusado de comunista en esas circunstancias era más denigrado. Al cabo de un año, recobró la libertad. Pero salió quebrado. Nunca comentó nada de los agravios que debió soportar en aquel presidio. Siempre evitó hablar de sus heridas. Alguna vez mi madre nos dijo que cuando salió de la cárcel, actuó durante largo tiempo como si una parte de él se hubiera quedado en las sombras.

Sin más familia cercana que su esposa, empezó a absorberla. A lo largo del año que estuvo preso, ella había conseguido trabajo en dos colegios, algo que no solo la reconfortaba en términos emocionales, sino que le había supuesto una autonomía económica de la que ya nunca querría prescindir. Él le reclamaba que no permaneciera más tiempo en casa y se ponía celoso de las visitas interdiarias que ella dedicaba a sus padres. Al no conseguir ningún empleo estable, empezó a realizar trabajos sueltos por aquí y por allá, hasta que le ofrecieron la asesoría legal de una banca municipal que daba créditos al campesinado. En ese nuevo escenario, las tensiones de su matrimonio se relajaron; mi hermana nació a fines de 1967, dos años más tarde nací yo.

Los primeros años de nuestra infancia fueron tiempos felices. Casi todos

los fines de semana viajábamos en nuestro vocho a algún lugar del Valle Sur o del Valle Sagrado de los Incas. A veces íbamos con mis abuelos y las familias de mis tíos maternos, otras con amigos que tenían hijos de nuestra edad, y si no, íbamos solos, cantando al compás de casetes de boleros y rancheras. El Vilcanota era el mismo río que podíamos divisar fuera en los altos campos del Sur, en los más cálidos del Valle Sagrado, o en las cuencas tropicales de Quillabamba, a donde viajábamos casi todos los años, en este caso por tren. En sus orillas nos dedicábamos a recoger guijarros aplanados para competir lanzándolos al río con potencia y estilo; cuanto más rebotasen sobre la corriente, más posibilidades se abrían para asomarse a la otra orilla. Con un guijarro colorado al que le estuvo dando varias vueltas en las manos, diríase incluso que le estuvo hablando con gravedad, papá logró esa proeza una vez, para asombro de todos los presentes.

En 1979, el banco municipal donde trabajaba fue vendido a un gran banco comercial y en esa operación se eliminaron los créditos a pequeños productores. Ese mismo año mamá se incorporó a una ong donde podría desarrollarse mejor como bióloga, lo que le implicaba hacer continuos viajes al campo. Papá le reprochaba que no pasara más tiempo con mi hermana y conmigo, aunque ambas sabíamos que en realidad buscaba que pasara más tiempo a su lado. Las crisis económicas en el país se agudizaban, de modo que mamá podía argumentar que un mayor sueldo de su parte no podía desestimarse, algo frente a lo cual él no podía replicar; pero, por otros meandros, las peleas no cesaban. Solo los domingos parecíamos una familia ideal.

—¿Por qué no te divorcias? —le pregunté a mamá un día.

Ella se quedó perpleja. Por esa época su madre cayó enferma y cada tarde, a la salida de su trabajo, pasaba varias horas con los abuelos. Papá ya no se ocupaba en recogerla del trabajo y había días en que volvía a casa cuando estábamos durmiendo. El chisme no demoró en llegar: lo habían visto saliendo de un hostel con una cajera del banco. Mamá quiso asegurarse de que la información fuera cierta. Lo era. Él le pidió perdón. Ella demandó el divorcio y no hubo vuelta atrás.

Un año más tarde mi madre inició un romance con un agrónomo ecuatoriano que había llegado al Cusco para dirigir un proyecto en su misma ong. Era divorciado y en su país tenía dos gemelos solo un año mayores que yo. En cuanto el divorcio de mis padres se concretó, mamá se casó con

Marcos y él se mudó a nuestra casa. Recién en ese momento, Ayda y yo asumimos que nuestra familia estaba irremediadamente rota. No fue sencillo ver a otro hombre ocupando el lugar de marido de mamá. Las piezas del rompecabezas que con tantas dificultades habían conformado el mapa de nuestras vidas se habían volatilizado y ni mi hermana ni yo sabíamos cómo reubicarlas. Muchas noches daba vueltas en mi cama sintiéndome culpable por haberle sugerido a mi madre que se divorciara de papá; otras tantas escuchaba los sollozos de mi hermana bajo las sábanas.

—Es por un tarado que no me hace caso —me decía si intentaba consolarla.

Mi padre se casó con Magda poco después de que su divorcio estuviera ejecutado. Ella no tardó en renunciar a su trabajo y se entregó a ser la mujer dedicada al cuidado de su casa, su hijo y su marido. Por ese lado supongo que él estuvo complacido, aunque ella también se dedicó a integrarse a cuanto club social fuera invitada, arrastrando a mi padre consigo. Él se dejaba llevar.

En 1989, Marcos fue trasladado a un proyecto en Costa Rica; mamá se quedó unos meses más con nosotras, pero al final ella misma debió marcharse para iniciar un contrato de trabajo junto a él, en Limón. Así empezó a cumplir su sueño de viajar por el mundo. Por aquellos años las comunicaciones con Centroamérica eran costosas y difíciles, hablábamos por teléfono dos veces al mes y nos escribíamos poco, las cartas podían demorar hasta dos meses en llegar y la posibilidad de que se perdieran en el camino era alta. Cuando decidí cambiar de carrera, no se me ocurrió consultárselo; imaginaba que trataría de reconvenirme apuntando lo poco que me faltaba para concluir Derecho, y yo sabía que sus consejos eran los únicos que podían hacerme cambiar de opinión. Cuando comenté mis planes con papá, no supe si lo que me dijo era algo que de verdad sentía o si tan solo lo hacía por brindarme su respaldo:

—A mí también me hubiera gustado ser arqueólogo.

Muchos años más tarde, al salir del cementerio de Erabamba, recordé aquellas palabras. Retumbaron preguntándome qué habría ocurrido si mi padre hubiera abandonado el Derecho para dedicarse a excavar en ruinas del pasado; si una vez convertido en arqueólogo habría podido llegar a la selva del norte, a un pueblo cafetalero donde no tendría que escarbar en la tierra ni en el agua para encontrar un nombre, una fecha y un aire que revelaban el secreto de su pesar.

El día en que fui admitida en la carrera de Arqueología, salió temprano de su trabajo y fuimos a recorrer las áreas menos transitadas de Sacsayhuamán. Pasamos largo rato intercambiando suposiciones sobre las técnicas que los incas habrían aplicado para rebanar y pulir megalitos. Me habló del asombro que sintió la primera vez que visitó el lugar, cuando todavía era un niño. También habló de su padre. Y de su madre.

No hacía calor aquella mañana, pero tampoco estaba lloviendo. Era abril y nadie podía imaginar que la muerte aguardaba en el lago. Tras la temporada de lluvias, el nivel del agua había subido más de un metro y era de suponer que las algas arraigadas en el suelo lacustre se mantenían lejos de la superficie. Los supersticiosos advertían que ninguna era buena época para adentrarse hasta el centro, porque su fondo albergaba una ciudad encantada. Papá recién había cumplido cuatro años, su hermana Mayda tenía seis. Su madre decidió que ya era tiempo de enseñarles a nadar y en la orilla estuvieron ejercitándose largo rato.

Muchos años más tarde, el día en que Ayda y yo volvíamos de nuestra primera clase de natación, papá nos contó esa historia. La evocaba como si hubiese ocurrido hacía solo un instante. A pocos metros de la orilla, su madre lo sostenía con un brazo por la cintura y con el otro le enseñaba cómo bracear. Sus ojos estaban tristes, como si presintiera la muerte.

Ninguno de los niños quería abandonar el agua, su madre tampoco; pero al mediodía, Gertrudis, la cuñada que siempre los acompañaba, señaló que se acercaba la hora del almuerzo y debían volver a la casa. La madre de mi padre pidió que le regalara unos minutos más; dijo que hacía mucho no se daba el gusto de nadar a fondo. Antes de escuchar un sí o un no, se lanzó a bracear lago adentro, por momentos en rana, en otros de pecho y espaldas, hasta que de manera súbita de ella solo vieron una mano en alto. Después solo burbujas. Ni Gertrudis ni la nana sabían nadar; clamaron auxilio ante la desesperación de los niños. Dos muchachos que se habían marchado unos minutos antes corrieron de regreso y se lanzaron al agua. Era tarde. La imagen de mi abuela quedó para siempre joven, porque no pudieron rescatarla con vida. Tampoco muerta. Los refuerzos que llegaron del pueblo más próximo señalaron que las algas habían crecido casi tanto como el nivel del agua y posiblemente sus pies se habrían enredado. Nuevos refuerzos arribaron portando sogas para no verse atrapados por las algas. Al fondo había demasiado lodo y no consiguieron hallarla, aunque para espanto de los rescatistas, al tercer día de búsqueda, al otro extremo del lago, atascado entre las totoras, hallaron el cuerpo de un hombre a quien nadie supo reconocer. Su estado de descomposición era muy avanzado. Se habló de un campesino

fugado de alguna hacienda de la provincia. También se especuló que podía tratarse del último hombre que pereció en aquel lago a la vista de sus amigos, aunque hubiera pasado más de una década desde su desaparición. Todo esto alimentó la creencia de que el fondo lacustre albergaba una ciudad encantada sedienta de vidas humanas. El nombre de mi abuela se sumó a una lista mitad real y mitad legendaria de las gentes ahogadas cuyos cuerpos jamás emergieron. Durante muchos años, nadie se atrevió a nadar lejos de la orilla.

Dos niños huérfanos: Mayda, de cabellos castaños y ojos azules como su padre; Blas, de ojos y cabellos negros como su madre. Mayda siempre fue la favorita de su padre. En Blas recayó la ira de Eugenio Ruiz por la desaparición de la mujer con la que se había casado siete años antes. Solía darle tareas desproporcionadas para sus fuerzas y lo azotaba si no las cumplía.

Gertrudis Ruiz, que tenía los cabellos y los ojos negros como su sobrino, a veces lo engreía, pero nunca desplazó a Mayda del lugar preferencial. La niña de ojos azules era la única que podía ser reina, y así la llamaba: «reina»; a Blas lo llamaba «ponguito». Blas solo era el favorito de Lorenza, la mujer que había criado a su madre y que siguió criándolo a él, mimándolo a escondidas para no recibir recriminaciones de su patrón, para quien los mimos impedían hacer machos a los niños varones.

Fue Lorenza quien me contó esta parte de la historia el día en que papá se marchó de casa. Temía que mi hermana y yo nos alejásemos de él, «dejándolo huérfano de hijas». También quería que entendiera por qué mi padre buscaba tanto la seguridad de una familia, aunque por sus celos extremos hubiese terminado perdiéndola.

Poco después de casarse, papá había logrado ubicarla. Estaba viviendo con una paisana que había migrado al Cusco y se ganaba la vida apoyándola en el horno que su familia había levantado en los extrarradios de la ciudad. A los setenta años se fue a vivir con mis padres y en los años siguientes los ayudó con nuestra crianza. Tenía manos grandes y con ellas se empeñaba en enseñarnos a tender nuestras camas, a lavar nuestra ropa interior, a amasar panes. Aunque hubiera dos tiendas cerca de casa donde se podía comprar pan fresco cada día, ella, que había nacido en una provincia afamada por sus panaderías y había trabajado diez años en un horno, decía que sería una vergüenza comprar unos panes blancuzcos que se acababan en tres bocados en lugar de hacer otros más sabrosos y duraderos en casa. Cada viernes por la tarde preparaba una mezcla de harina de maíz, levadura, trigo molido, huevos, manteca, azúcar y anís; luego se quedaba contemplando la masa durante todo el tiempo que tomase su elevación.

En la mesa contigua, mi hermana y yo hacíamos las tareas escolares. A

ratos nos quedábamos contemplándola. Ella apenas nos miraba, parecía petrificada; de su inmovilidad parecía depender el crecimiento de la masa, que bajo un secador iba elevándose poco a poco, como un cuerpo inerte que fuera recuperando el aliento.

Tenía un mandil de tela floreada y otro de yute llano que le duraron todos los años que vivimos a su lado. En sus bolsillos parecía guardar un repertorio de leyendas e historias de terror. A veces contaba historias de duendes y fábulas cómicas, pero esas se nos olvidaban rápido. Una noche mi madre le dijo que no nos asustara con tantos cuentos de condenados, *pishtacos*, cabezas voladoras y niños perdidos, porque nos podían provocar pesadillas. Ella repuso que en la vida real habitaban los monstruos de verdad y ningún daño nos hacía enseñándonos con qué palabras y artimañas ahuyentar a los miedos que pudieran asaltarnos en los sueños. Mamá le contestó algo corto en quechua. Lorenza se levantó de la mesa con cierto fastidio y en quechua repuso algo más largo que terminó haciéndola reír. Ayda y yo nos quedamos en el aire, sin comprender. Mis padres intercalaban el quechua y el castellano cuando hablaban con Lorenza. A nosotras ya no nos tocó vivir la infancia en el campo, ni en el colegio ni en casa se ocuparon en enseñarnos el idioma ancestral del Cusco, no podíamos entender cuando ellos hablaban de asuntos que deseaban mantener en reserva. Sin embargo, palabras como *nina*, fuego; *unu*, agua; *arí*, sí; *manan*, no; o *wawa*, bebé, niño, las conocíamos muy bien y aparecían con naturalidad en las conversaciones con Lorenza.

—Yo también fui *wawa* perdida —comentó una tarde en que adornábamos con granos de anís los panes que habíamos amasado con formas de peces y osos.

—¿Y qué hicieron tus papás, Lorencita? —preguntó mi hermana.

—Nada podían hacer —respondió en voz baja.

Yo iba a preguntarle algo más, pero me dejó con la pregunta a medias. Dijo que estábamos hablando demasiado y antes había que atender el pan. Colocamos los últimos granos de anís sobre aquellas figuras brillantadas por las yemas de huevo y metimos las bandejas en el horno.

—¿Por qué nos has dicho que tú también fuiste *wawa* perdida? —insistió mi hermana.

Lorenza nos miró con fastidio y señaló que debíamos terminar las tareas del colegio. Obedecimos. Sabíamos que cuando se cerraba a proseguir una conversación, no había manera de contrariarla. Se quedó sentada frente al

horno, frotándose las piernas por encima de su mandil de yute. Mi hermana tenía trece años, yo once, y no podíamos imaginar que nuestra vida familiar estaba a punto de romperse. Intentaba concentrarme en las raíces cuadradas que debía resolver, pero en mi cuaderno solo veía a Lorenza con la edad de mi hermana. Lo único que conocíamos de su pasado antes de que se cruzara con el de nuestra familia, lo supimos a través de papá. Con trece años había llegado moribunda a la casa de infancia de la madre de mi padre. Nunca relató lo que le había ocurrido, ni quiso mencionar el nombre del lugar del que había huido. Se quedó ayudando con la crianza de la niña de pocos meses que más tarde se convertiría en mi abuela ahogada.

—Mi Blas también fue un niño perdido —murmuró otra de esas tardes.

Aquel día, mi primo Jacobo armaba figuras de pan con nosotras, en casa. Ayda y yo la miramos sin entender, o tal vez entendiendo el fondo de esas palabras, y esas palabras nos asustaban, o nos dolían, o nos interpelaban de una forma que aún no podíamos definir. Ninguna de las dos se atrevió a hacer ningún comentario.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó mi primo.

Lorenza nos miró a nosotras dos con severidad.

—Cuando era chiquito —respondió—, pero lo encontramos rápido.

Jacobo respiró aliviado.

Ella nos siguió persiguiendo a Ayda y a mí con la mirada. Tenía razón, sabíamos que la verdadera respuesta era otra, y aunque la adivinábamos, no nos habíamos atrevido a preguntar. Quise acercarme a tocar su trenza. Ella se puso de espaldas contra la pared.

Niños perdidos. Lorenza solía vestir ropas oscuras y nunca dejó de usar una larga trenza que unía en sus confines con algún festón de color llamativo: fucsia, rojo, amarillo, azulino. Era el único detalle coqueto y hasta cierto punto extravagante en su vestido. Pero había que agarrarse a esos festones para conjurar el miedo a los *pishtacos* que extraían la grasa de la gente, o a los engendros come-niños, cabezas voladoras y almas en pena. Tocando un festón amarillo se acababa el temor, como si el monstruo que se devoraba a los niños pudiera, de repente, convertirse en una lumbre, en un grano de maíz *chullpi*, o en un girasol.

Cuando mi hermana tenía once años, un niño de su clase de guitarra desapareció una tarde, sin más, como si la tierra se lo hubiera tragado en el camino de la academia de música a su casa. Era la primera vez que

escuchábamos hablar de un niño real perdido. Durante meses, su fotografía apareció pegada en postes y comercios, por los noticieros de radio y televisión también se difundía la noticia, mientras en los colegios y calles se especulaba sobre lo que le podría haber ocurrido.

—¿Qué crees que puede haberle pasado? —le preguntó Ayda una noche.

Lorenza la miró con tristeza. Después se puso una mano en el pecho:

—Si no está con gente que lo trata bien, hay que rezar para que esté muerto —dijo.

Ayda se acurrucó a su lado. Con disimulo, se agarró al festón azulino de su trenza. Yo quise hacer lo mismo, pero dudé de que aquello pudiera quitarme el miedo.

—¿Cómo vamos a rezar para que muera? —cuestionó mi hermana— ¿No es malo rezar por algo así?

—No.

Lorenza pronunció aquello con tal firmeza, que me asusté todavía más y me prendí al festón de su trenza. Podía sentir cómo temblaba la mano de mi hermana, también pude oír cómo, en un murmullo, empezaba a rezar para que Dios se lo llevara si no estaba con personas que lo trataran bien. «Que esté volando en el cielo», «que esté cantando a tu lado», «que su música alegre a los ángeles», repetía. Por encima de nosotras parecía flotar el rumor de una guitarra, como si unas manos pequeñas la estuvieran afinando.

Durante varios meses Ayda dejó de asistir a sus clases de música. Cuando las retomó, ya nunca mis padres dejaron que fuera ni volviera sola, por más que su academia estuviera a cinco cuadras de casa. Melodías oscuras se batían por la ciudad murmurando que los tiempos nuevos acarrearán más peligros para los niños del mundo.

Agárrense a mi trenza, nos dijo Lorenza una noche. Agárrense fuerte, insistió. Le hicimos caso.

—¿Quieren que les cuente otra historia de miedo? —nos consultó.

Asentimos.

—Muchos niños del campo son traídos a la ciudad para trabajar en casa de patrones que los abusan. Esas *wawas* también son niños perdidos. De ellos acá nadie habla. ¿Estoy diciendo la verdad, o estoy contando un cuento?

De repente, el aire quedó recorrido por una sombra interminable de niñas y niños, algunos muy pequeños, todos trabajando en las casas de muchos de

nuestros familiares, vecinos, amigos. En nuestras propias casas. Casi ninguno hablaba bien el castellano y esto los convertía en punto de chistes y bromas pesadas. Común era escuchar historias de adolescentes que eran despedidas tras quedar embarazadas del padre de familia o de alguno de los hijos de la casa. De eso no se hablaba en la ciudad, o se hablaba en voz baja. Y no daba miedo. Cuando yo tenía seis o siete años, en casa trabajó una niña que no tendría más de doce. Su tía la trajo del campo y la entregó a mi madre para que a cambio de una propina, comida y escuela, la ayudara con las labores domésticas. Alma se llamaba, aunque los amiguitos del barrio decían que ese no podía ser su nombre, que seguramente mi madre se lo había cambiado, porque una chola solo podía llamarse Tiburcia, Nemesia, Anacleta. Y así la llamaban. Alma no se desataba las trenzas, seguía pelando papas. A veces los miraba con los ojos cargados como manantiales de aguas negras. Algunos niños se paralizaban. Otros la empujaban y le tiraban de las trenzas. No es Alma, su nombre es Guanaca, chillaron una vez dos vecinitas que jugaban conmigo. No me tapé los oídos, seguí haciendo bailar a mis muñecas sobre la alfombra. Alma no se acostumbró. A los pocos meses le rogó a mamá que la enviara de vuelta a su pueblo. Su tía apareció para recogerla; apesadumbrada, pidió disculpas por la debilidad de su sobrina. Desde la ventana de nuestro cuarto, Ayda y yo vimos cómo se alejaba por la calle, abrigada por una casaca verde que le quedaba bastante grande; había pertenecido a mi madre y ahora se iba con Alma.

—No es un cuento —repuso mi hermana.

—Sí, pues. Hay muchos señores-come-niños y también niños-come-niños en esta ciudad —agregó Lorenza—. Y a esos condenados hay que tenerlos bien lejos.

Me pegué a su cuerpo. Ella mantenía puesta la vista en la ventana.

—Entonces, ya no se asusten de mis cuentos —dijo esto apretándonos fuerte contra sus costados.

Esa noche llevaba un festón rojo, carmesí.

—No quiero que sigan con miedo a la calle —continuó—. Solo miren bien por dónde caminan, con quiénes caminan.

Antes de que nos marchásemos a dormir, de su cómoda extrajo dos festones que nunca habíamos visto. Le extendió uno de seda blanca a mi hermana. En mis manos puso otro carmesí. Nos dijo que eran de la madre de mi padre. Ayda y yo los tomamos, nerviosas. Era la primera vez que

recibíamos algo que perteneció a la abuela que no conocimos.

—Ella también fue una niña perdida —apuntó Lorenza, mientras nos mostraba cómo sujetarnos una cola con ellos—. Pero una vez se enfrentó a un condenado y le ganó.

La miramos sin entender. Yo iba a preguntarle por qué decía eso, pero las palabras se trabaron en mi garganta, como un pajarito que no alcanza a piar.

—Es tarde. Váyanse a dormir —se adelantó Lorenza, con una sonrisa a medias dibujada, como quien disfruta de dejar una pista suelta, sin resolver.

Cuando estábamos saliendo por la puerta, Ayda le preguntó por qué decía que mi abuela había sido una niña perdida.

—En el agua se fue. Ustedes ya conocen esa historia —aseveró y nos empujó hacia afuera.

Había dicho eso, aunque en sus ojos, claramente, resplandecía algo más que un lago.

Esa noche, bajo las sábanas, apreté el festón que me había tocado y quise creer que afuera, del agua que nunca la devolvió, mi abuela emergía como un pájaro carpintero. Toc, toc, toc, aquella noche llovía. Toc, toc, toc, aquella noche granizaba. Toc, toc, toc, no era el pájaro carpintero con su cabeza roja golpeando mi cabecera. Toc, toc, toc, era el granizo, gordo. Por la mañana, las rosas del jardín estaban destrozadas. Como papelitos a medio quemar, sus pétalos yacían desperdigados sobre el pasto.

Ayda y yo aparecimos a la hora del desayuno con nuestros festones de seda en la cabeza. Papá nos miró con extrañeza. Después miró a Lorenza con inquietud. Nadie dijo nada. Como cada mañana, mamá nos apuró para terminar la leche, y la leche estaba hirviente. Lucero, la joven que trabajaba en casa durante el día, nos pasó dos tazas vacías para que la enfriásemos. Y fue ella quien rompió el silencio:

—¡Qué listones tan bonitos!

Papá se levantó de la mesa, acaso recordando.

—Eran de su abuela y yo se los tenía guardados —afirmó Lorenza.

Papá se quedó paralizado, como si hubiera echado la vista hacia atrás y se hubiera convertido en una estatua de sal. Mamá dijo «son preciosos, cómo se nota que son antiguos», y otra vez nos conminó a terminar el desayuno.

Cuando mis padres se separaron, Lorenza, con cerca de ochenta años, no quiso quedarse en casa; se fue detrás de Blas, siguió cuidándolo. Supongo

que a Magda no le hacía gracia, pero igual aceptó en su casa a esa suerte de suegra indígena. Tres años más tarde, de un día para el otro, se puso mal del estómago y en pocas horas murió. No hubo tiempo para que nos pudiéramos despedir de ella en el hospital. Para no llorar más, Ayda y yo bromeamos diciendo que nuestra madrastra la habría envenenado. Magda, sin embargo, le organizó un sepelio delicado y lleno de flores. Cuando vimos a Lorenza a través del cristal del ataúd, nos costó reconocerla. Sus cabellos estaban sueltos. Esa había sido su última voluntad. Por la noche, papá nos entregó los festones coloridos que había dejado para nosotras. Fucsia, rojo, amarillo, azulino.

Como si se tratara de un rompecabezas inacabado, las piezas de la vida de mi padre, en lugar de quedar enterradas, iban emergiendo sin dar reposo. Con sus cenizas depositadas en dos cofres de cedro, mi madre se abrió a contarnos detalles que él nunca había querido relatarnos, historias por las que no nos atrevimos a preguntar a Lorenza la tarde en que deslizó, entre la masa de pan y la puerta del horno, que papá había sido un niño perdido.

Eugenio Ruiz disfrutaba enseñándole a montar caballo, y más mostrando a sus invitados el gran jinete que era su hijo a los siete años. Cuando no había extraños en su casa, también disfrutaba pronunciando las palabras que más podían herirlo. Una y otra vez repetía que su esposa había muerto por obedecer a sus propios caprichos, y que por esos caprichos había dejado dos huérfanos.

Ayda se levantó de la cama y abrió las ventanas.

—¡Pobre papá! Con razón arrastraba esa depresión —dijo.

Yo no quería escuchar esas historias. Pero mi madre siguió hablando. Eugenio Ruiz bebía en exceso, y cuando estaba borracho, negaba que Blas fuera su hijo. Me hubiera gustado taparme los oídos, volar lejos. Recordé Erabamba, su Ribera Azul, su mismo cementerio.

No saber si eres mi hijo. No saber si eres mi hijo. No saber si eres mi hijo... Decenas de veces su padre le dirigía esas palabras. Muchas veces las acompañaba de golpes. Con cuatro, cinco, seis años, a Blas le era imposible contradecirlo, nada más intentaba acatar sus órdenes, admitir como ciertas todas las tonterías que se le ocurriera decir. A los siete años lo mandó a un internado del Cusco y a pesar de todo Blas extrañó su casa.

Al menos en un par de ocasiones papá me contó que a su padre se le saltaron las lágrimas mientras lo veía partir en el camión que lo llevaría a la ciudad. Ese recuerdo lo emocionaba, y yo me emocionaba al pensar en la tristeza del hombre viudo que despedía a su pequeño hijo.

No saber si eres mi hijo. Cada vez que Blas volvía de vacaciones a la hacienda, su padre le volvía a clavar esas palabras. A medida que iba creciendo, ya no lo golpeaba pero se las seguía repitiendo. Y a veces le decía eres igual a ella, con ira.

Papá nos había contado que su padre le decía que era igual a su madre, y entonces solo podíamos imaginar que esas palabras eran pronunciadas con nostalgia, o con dulzura, porque él, Eugenio Ruiz, al enterarse que su esposa se había ahogado, a pesar de estar con una pierna enyesada, había querido lanzarse a buscarla en el agua, entre las mismas algas, «a riesgo de su vida», según contaba tía Mayda, que le guardaba adoración; «aunque a veces era un poquito torpe», llegaba a admitir.

¿Y cómo era tu mamá, papá?, le preguntamos varias veces. Nos gustaba su respuesta, nos gustaba sentirnos nietas de esa respuesta. Era hermosa. Papá la recordaba hermosa. Era como María Félix —nos decía—, en la cara, y según me han contado, también en lo rebelde. Pero el único gesto que de ella recordaba era el del último día: triste. En la adolescencia se dedicó a ver todas las películas de María Félix que llegaran al Cusco, y a través de ellas se apasionó por las de la revolución mexicana. Cuando viajaba a la hacienda de su padre mantenía esa afición como secreto. «Mexicanadas», decía el bruto que había estudiado tres años en París y que al igual que Gertrudis y Mayda, amaba a ciegas todo lo que viniera de Europa y menospreciaba lo que fuera indígena. Amaban la Europa medieval.

Eugenio Ruiz usaba un zurriago en cuyo mango de cuero se había impreso la huella de sus dedos. Cuando Blas tenía catorce años, le ordenó que mirase con atención y aprendiese. Blas miró. El campesino al que su padre azotó aquel día en el cobertizo de su casa era un chico que tenía sus mismos años. Una gota de su sangre le salpicó en la frente. No era una pesadilla. Aquella gota se deslizó por su nariz y resbaló por su mejilla. Cuántas más cosas vio Blas en aquella hacienda, quién sabe. La sangre de aquel chico había corrido por su rostro y nunca podremos saber de qué manera la sangre de mi abuelo ha seguido corriendo por nuestras venas.

Lealtad filial. Mi padre solo nos contó aquella escena para explicarnos por qué motivo decidió estudiar Derecho y alejarse de su padre. Esa fue la única escena de brutalidad que mencionó de Eugenio Ruiz. Lealtad filial extrema.

A los quince años obtuvo las mejores notas de su promoción; su padre se infló de orgullo y le ofreció mandarlo a estudiar Leyes en Europa cuando concluyera la secundaria. Papá lo había mirado con escepticismo. Para entonces, de la hacienda familiar solo quedaban despojos: las deudas de juego de Eugenio Ruiz lo habían obligado a vender grandes extensiones de

tierra y otras le habían sido embargadas por deudores variopintos. Ya nadie se ocupaba de cambiar los cristales rajados de las ventanas. A través de ellas, en cada una de sus visitas, Lorenza le mostraba cómo se estaban desdibujando los paisajes de aquel mundo al que ninguno de los dos se atrevía a llamar casa.

A los dieciocho años Blas empezó a estudiar Derecho en la universidad del Cusco. Aprendía de memoria las leyes y en dos cursos escuchaba obnubilado el discurso de un juez sobre el mandato del espíritu de la ley por encima de los designios del papel. Tomaba nota de sus palabras y junto a ellas apuntaba sus propias reflexiones. Todo parecía estar salvado, seguía estudiando, los vientos de agosto no enfriaban su entusiasmo. Pocos meses después, su mejor amigo le descubrió que la casa de aquel maestro y juez recibía de manera rutinaria la visita de litigantes con la ofrenda de gallinas, corderos, licores importados, y de vez en cuando cuyes ya pelados. Un año más tarde se agotaron los fondos que recibía de su padre. En sus horas libres empezó a trabajar como asistente de un fiscal, cuyo despacho también recibía regalos diversos de litigantes, unos más sabrosos que otros. Blas se preguntaba si sus días no acabarían en uno de esos despachos.

En 1956 Eugenio Ruiz terminó de perder lo que le quedaba; a través de testaferreros, los comuneros de su hacienda habían logrado comprar esos restos y ello incluía la casa que durante más de dos siglos había pertenecido a su familia. El viejo enloqueció de rabia y Blas tuvo que reemplazarlo en la ceremonia de toma de posesión. A los antiguos siervos y siervas de la hacienda los vio bailar y llorar en el cobertizo, también sobre lo que fuera el comedor y la sala. A medida que pasaban las horas, aquel piso de madera crujía más, como si estuviera desprendiendo quejidos largamente ahogados, como si las voces de un sótano que no existía pugnaran por emerger. Sentado en las gradas que conducían a la segunda planta, no supo si retirarse o llorar. Había bebido cada uno de los vasos de chicha que le ofrecieron y se fue emborrachando entre las historias de violaciones y agravios que los más viejos iban relatando, como en un rosario inacabable acompasado por huaynos. Adormecido, se dejó conducir al cuarto que antaño había sido suyo. Allí solo quedaba el colchón de su antigua cama. Había temido que a lo largo de esa noche, por la euforia y los tragos consumidos, aquellos campesinos lo fueran a linchar. «Si así tiene que ser, no hay remedio, no hay remedio, no hay remedio», se dijo. Recordó a su madre. No había remedio. Recordó a su padre y de nuevo volvió a sentir cómo la sangre de un chico de catorce años

salpicaba sobre su frente y se deslizaba por su mejilla, como un río inagotable. Esa fue la última noche que durmió en Amantay.

Mayda, que se había casado con el hijo de otro hacendado y ya estaba instalada en Lima, se llevó a su tía Gertrudis y con ella fueron a parar todas las prendas valiosas de mi abuela. Aunque conocía bien cómo había acabado la hacienda paterna, a lo largo de su vida se pasó añorando los viejos tiempos y acusando a su hermano de haber sido uno de los provocadores de la Reforma Agraria, a la que, como mucha gente, atribuía el caos y los descalabros del Perú moderno.

Eugenio Ruiz terminó sus días recluido en un ambiente de la hacienda de su hermano mayor, cada vez más afectado por la demencia. Tras su muerte, Blas comprobó que para él no quedaba herencia alguna. Esto lo reconfortó hasta cierto punto. Después de graduarse, se metió de lleno a asesorar sindicatos campesinos de La Convención, Yanatile y Lares. También de Lares, el distrito donde su padre y su tío habían sido amos y señores.

Volvemos a las piedras. Uno, dos y hasta tres rebotes dio el guijarro parduzco que lancé al río. Tocaba el turno de mi padre: uno, dos, tres, cuatro y se hundió.

—Quién sabe si alguna vez se repite la suerte de llegar al otro lado —comentó, y pasó a concentrarse en elegir otra piedra para su siguiente tiro.

—¿Cómo lo conseguiste aquella vez? ¿Te acuerdas? —le pregunté.

—Mmm... Una mezcla de buen cálculo y azar, supongo —señaló, sin quitar la mirada del guijarro que había escogido—. Son varios factores los que se combinan. Para empezar, la fuerza, la inclinación y la velocidad con la que lanzas debe ajustarse al caudal de la corriente. Pero imagina que justo ese rato un viento interviene —comentó, mirándome de nuevo—. Chau rosa.

—Chau piedra, dirás.

Reímos y nos quedamos contemplando el otro margen del río, tan similar al que pisábamos, sin embargo inalcanzable para nosotros a nado. Era temporada de lluvias, el río estaba ensanchado y caudaloso. Las piedras sí conseguían, al menos, sobrepasar el centro. Papá lanzó algunas más. Cuando ya solo le quedaba una en el bolsillo, fueron uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis rebotes. Con un guijarro rojizo logró, de nuevo, alcanzar la otra orilla. Se quedó boquiabierto. No parecía creer que hubiera ocurrido otra vez.

—¿Lo viste? —me preguntó.

También yo estaba boquiabierto, pero en mis oídos todavía retumbaba el golpe que aquella piedra levantó en una roca de la ribera opuesta.

—Sí —repuse — ¡claro que sí!

—¡Ehhhh! —rugió él y agitó sus brazos en alto.

Volvimos a la ciudad en el vocho. Le conté que en las vacaciones que se avecinaban participaría en una excavación «en serio». Todavía me faltaba un año para concluir la carrera, pero me habían seleccionado como practicante en unas prospecciones arqueológicas en Yurac Rumi, un importante centro ceremonial de los incas de Vilcabamba, ubicado más allá de Vitcos. Se alegró mucho. Pocas semanas atrás, a él lo habían nombrado asesor principal del banco. No parecía darle mayor importancia al asunto, aunque su esposa había organizado una fiesta para celebrarlo.

—Sabes —me dijo de repente—, el nuevo reto, el gran reto sería que la piedra lanzada al río, saltando sobre al agua, dé media vuelta y regrese a mis manos.

Unas semanas más tarde estaba sosteniendo una escobilla en una mano y una paleta en la otra. Por primera vez me hallaba excavando en Vilcabamba. Con cautela y sumo cuidado iba tocando las piedras labradas que brotaban del fondo de la tierra. Esos incas rebeldes creyeron de verdad que su nuevo reino podría resistir durante siglos. Allí se ubicaba aquel altar de piedra blanca, imponente, así como las bases de la ciudad que construyeron cuando ya los españoles estaban elevando sus propias casas y templos en el Cusco.

Yurac Rumi, los cinco miembros del equipo aplicábamos las técnicas aprendidas con rigor; aunque también en silencio y con discreción acariciábamos las partes quemadas por los extirpadores de idolatrías. Los obreros que nos acompañaban hacían ofrendas a la tierra antes de empezar cada nueva excavación. Yo no sabía cómo rezarle a las piedras, solo podía limpiarlas del musgo y la ceniza y dejar que la brisa las rozara de nuevo. Había días en que turistas aventureros acampaban cerca y nos tomaban fotos. A veces, algunos preguntaban si podían ayudar. Así seguíamos excavando, también ahuyentando mosquitos, alumbrándonos con linternas y hogueras por las noches. No hubo error al cambiar las leyes de papel por la tierra, por la tierra y las piedras.

Una de esas noches me alejé del campamento para encender un cigarro. Lo tenía guardado como un tesoro envuelto en una laminilla de plástico desde que lo compré a un vendedor ambulante. El humo ahuyenta a los mosquitos y entre el humo comencé a escuchar una música que surgía de la naturaleza. Un rondín se fue acercando hasta mi lado. Lo venía tocando un bachiller de Arqueología que hacía pocos días se había sumado a nuestro equipo. Al concluir el trabajo de campo, él y yo nos quedamos cuatro días en un hotel de Quillabamba. De regreso en el Cusco, quería gritarle a medio mundo que estaba enamorada. Cuando mi hermana escuchó ese clamor, reparó en que estaba siguiendo los pasos de nuestros padres.

—¡Pucha, no me digas que al fin te has enamorado en Quillabamba! —me comentó riendo—. A ver cómo termina esta historia.

Un año más tarde me casé con Juan, el hombre del rondín. Juntos trabajamos la tesis de licenciatura, juntos nos graduamos y juntos también conseguimos una beca para cursar un postgrado en España. Tomamos un vuelo de Iberia con escala en Santo Domingo creyendo que el viaje de retorno sería algo lejano pero seguro.

Por entonces, mi padrastro y mi madre culminaban su último año de contrato en Costa Rica. Antes de trasladarse a un nuevo destino, mamá había planificado darnos una visita larga. Las cosas tomaron otro rumbo. A los cinco meses, Juan quiso que alistáramos las maletas para regresar al Perú. Había recibido una propuesta de trabajo muy interesante en Lima y no la quería perder. Yo no tenía ninguna oferta esperándome, deseaba concluir ese postgrado y anhelaba compartir unas semanas con mi madre en ese lado del mundo. Juan insistía en que debíamos volver juntos.

Desde que nos casamos, se había ido mostrando cada vez más celoso. Al llegar a España, aquello se hizo obsesivo. Cuando me empeciné en quedarme esos cuatro meses sola, la agresividad que salió de sus labios quebró la música. Juan se marchó indignado. Yo empecé a llenarme de culpa. La pena se apaciguó en cuanto volví a ver a mamá y más cuando ella me invitó a viajar a París por una semana antes de que yo retornase al Perú. La mañana en que le avisé a Juan de esa posibilidad, me dijo que seguramente estaba andando con otro. Más tarde llamó para advertirme que si no volvía de inmediato, se divorciaría de mí.

Además de los encantos propios de París, allí estaba viviendo Rita Román, mi antigua profesora. Entre ella y mi madre me animaron a que me quedara más tiempo por Europa. Si a la vuelta al Perú me iba a encontrar con un divorcio en marcha, sin duda era mejor procesar los cambios a la distancia. Las tres sabíamos que sería complicado mantenerme sin una beca, pero mientras pensábamos cómo resolver el asunto económico, al volver a España me matriculé rápidamente en otro postgrado para obtener la prolongación de mi tarjeta de residencia. Aunque mis padres me hicieron un par de giros bancarios, aquel año solo pude trabajar en negro haciendo encuestas, teniendo apenas tiempo para los estudios. Estaba deprimida y empezaba a arrepentirme de mi divorcio, cuando en Navidad recibí la visita

de Rita y su novio, un historiador portugués que había conocido en su maestría. Hablamos, comimos en abundancia y reímos a carcajadas. Recordamos aquel viaje a Vitcos juntas, también al felino de piedra mutilado.

—Seguirá en un depósito —murmuró ella y se quedó callada.

Regresé al Perú en julio de 1998. A medida que pasaban los días, el contento por volver a casa se fue transformando en angustia. A las nueve de la noche en el horario televisivo más comercial, un hombre de baja estatura podía estar lamiendo las axilas de otro más alto y notoriamente mugriento. El público reía y el hombrecito de la lengua condimentada podía haber obtenido una carretilla de ventas, o no. Si el asco lo detenía, no había premio. Con distintas envolturas, esa situación se reproducía en todas las esferas. En realidad, esto venía ocurriendo desde que Fujimori dio el golpe de 1992 y fue copando todas las instituciones a la vez que inundaba los medios de basura. Tras ese largo tiempo de ausencia, recién advertí que, poco a poco, muchos amigos y conocidos se habían adaptado e iban trepando con las nuevas reglas de juego. Recordé las palabras que la madre que Emilio nos dijera ocho años atrás: «Al final la vida sigue siendo un sálvese quien pueda».

Antes de regresar, había podido pasar unos días por Londres. Emilio me hospedó en su casa. Allí vivía desde hacía cinco años. Se había casado con Rachel y ya tenía un hijo. Aunque no estaba trabajando como economista, había conseguido concluir una maestría y estaba empezando a abrirse campo. Mientras escuchábamos rock de los años 70, me confesó que extrañaba nuestro país, pero no deseaba volver.

—Si lo hiciera, quién sabe acabo vendiendo mi alma al diablo —apuntó—. ¿Tú estás segura de que quieres volver?

Afirmé que sí, aunque bajo del énfasis de mi respuesta vibraba el resquemor. En realidad, apenas había reflexionado sobre los pros y contras que hallaría al retorno.

—Ojalá pudiese tener esa confianza —repuso él y bajó la mirada—. ¿Te acuerdas cuando nos creíamos por encima del bien y del mal?

Asentí. Emilio se levantó para preparar un café que su madre le había enviado. Mientras abría el paquete con cuidado, aspirando el aroma que se expandió por la cocina, me contó que la tarde del shock de 1990, tras despedirnos, se había quedado contemplando la calle hasta que una llovizna empezó a despejar el aire, aterrizando en el cemento y en la cabeza de la gente que hasta un rato antes solo deambulaba como una masa fantasmal.

Pese a todo lo que había ocurrido en el último día, había creído que tal vez, pasado un tiempo, otro tipo de lluvia nos haría reaccionar frente a los atropellos que de un lado y otro se venían cometiendo. No deseaba ver a su madre y se había quedado sentado en la acera de su casa. De repente, del otro lado de la puerta escuchó a su gato, Serafín. Miau. Al entrar lo había levantado en sus brazos, y al pasarle la mano por el lomo, le llamó la atención que a pesar de la garúa se hubiera mantenido a la intemperie, esperando que él atravesara la puerta.

—¿Te das cuenta, Rada?

—¿De qué? —le pregunté, desviando la mirada hacia la cafetera, sin saber qué querría decirme y sin embargo temiendo lo que fuera a pronunciar, deseando que Rachel entrara por la puerta y acabara con esa inquietud.

—Tú lo sabes, todos lo sabemos. Nos ha tocado vivir el fin de los sueños. Somos unos felinos sobrecogidos por el tiempo.

Lo miré a los ojos, tratando de comprimir la tristeza.

—¿Quedará algo bueno de nosotros? —continuó—. Nuestra generación ni siquiera está dejando buena música. ¡Qué mierda! Somos unos gatitos afligidos por la lluvia, atendiendo solamente a que alguien nos pase la mano por encima y pronuncie nuestro nombre.

—Gato. Pato —susurré.

El café estaba listo. Emilio lo sirvió. Nos quedamos sin hablar, nada más mirándonos a través del vapor que salía en hilos de nuestras tazas. Me pareció entrever encendidas las pupilas de mi mejor amigo. Le pregunté por el azúcar para disimular, pero él no iba a cambiar de tema. Ya era inevitable hablar de Patricio.

—El Pato... —pronunció.

Removí el azúcar en mi taza.

—Terrible metamorfosis —comenté.

—Para mantenerse firme en sus convicciones, mejor le hubiera ido marchándose del Perú, ¿no crees?

No supe qué responderle.

—Por eso, Rada, ahora que las cosas se están poniendo peor por allá, piensa bien en cómo vas a vivir a tu vuelta. Si el Pato ha terminado así, por qué alguno de nosotros no estaría libre de pasar por lo mismo, ¿ah?

—Lo del Pato ha sido demasiado —afirmé—. Yo no podría...

—Mejor no escupas al cielo. Tal como está el Perú ahora, nadie está libre de terminar en el fango. Tú cuídate mucho.

Su bebé empezó a llorar. Emilio fue a atenderlo. Cuando volvió con él de su habitación, recordé a su madre aquella tarde de 1990. Nos había dicho que si las cosas marchaban mal, tarde o temprano todo el que pudiera se iría lejos. Por entonces, ni Emilio ni yo pretendíamos hacer una vida fuera del Perú; pero allí estábamos los dos, tan lejos de casa, él ya arraigado, con familia y trabajo. Rita Román, la mejor profesora que tuve en la universidad, era otra que tantas veces había dicho que al concluir su maestría en Francia solo podía verse viviendo en el Perú; en los últimos años su opinión había cambiado, a través de nuevos estudios prolongaba su permanencia y evitaba el retorno. Y ahí estaba yo misma; si no fuera porque en Europa me era sumamente difícil hallar trabajo como arqueóloga, también me hubiera quedado.

—Cuídate, Rada —me reiteró Emilio al despedirnos.

De regreso en el Cusco, al ver a mi padre evité hablarle sobre esos asuntos. Lo veía viviendo entre la espada y la pared. Aquel sistema de cosas era opuesto a lo que nos había enseñado como bueno. Sin embargo, en la posición en la que se encontraba, ese mismo sistema lo había beneficiado de forma sustanciosa: su salario se había duplicado en pocos años y parecía disfrutar viendo cómo decisiones suyas habían afianzado a ese banco comercial en nuestra región. Yo no encontraba trabajo; fuera del Instituto de Cultura o del Gobierno Regional, controlado por funcionarios afines al fujimorato, casi no había manera de enrolarse en proyectos arqueológicos. Ya habían pasado tres meses y de mis ahorros no quedaba nada. Si no fuera porque Ayda y yo dividimos la casa que tuvimos en dos departamentos, la situación se me habría hecho desesperada. Me daba vergüenza recurrir a mi padre, pero al final no hallé otra opción. Pasaron dos meses más, comencé a preguntarme si no estaría actuando con demasiada soberbia y si no sería conveniente agachar la cabeza y buscar la ayuda de algún burócrata del régimen.

—¿No encuentras algo misterioso en la muerte de la abuela? —me preguntó mi hermana una de esas tardes.

Me sorprendió, aunque sin duda estaba hablando de la madre de mi padre. Nuestra abuela materna había muerto en un hospital pocos años atrás, con un diagnóstico por infarto bastante claro.

—No sé... ¿Qué hay de raro? —repuse.

—Siempre he pensado que es muy extraño que un cuerpo no salga a flote de un lago.

—Bueno, no es un lago pequeño.

—Pero tampoco es grande. Mira, hay algo en esa historia que no me cuadra —comentó—. Papá era muy chico y tía Mayda dice que todo lo que ocurrió esa mañana se le ha borrado. Es raro, ¿verdad?

—No. Parece que es normal borrar cosas terribles.

—No sé, ah...

Elevé los hombros y quise pasar a otro tema. Había algo en esa historia que ardía, como un dolor inacabado. Creo que abrí las cortinas para hablar del clima, un pésimo intento de cambiar de tema.

—¿Qué diferente habría sido todo si ella no hubiera muerto, verdad? —insistió mi hermana.

Otra vez elevé los hombros y me quedé mirando la lluvia.

—La vida de papá habría sido muy distinta, ¿no crees? —reiteró Ayda.

—Y habría sido otra nuestra vida... —susurré.

—Un día te lanzas a nadar en un lago y no sales más, en tu lugar aparece otro cuerpo, y ese cuerpo no tiene nombre. Qué terrible todo eso, ¿no?

Mi hermana se marchó a su departamento dejándome con la brasa de la muerte de mi abuela, imaginando los reflejos de aquel lago al mediodía, con su centro ocupado por altas algas verdes y oscuras, algunas elevándose por encima de la superficie.

Mediante un contacto de mi primo Jacobo, a inicios de 1999 conseguí un trabajo en un proyecto de corta duración del Instituto de Cultura. Después tuve suerte y pude enrolarme en un equipo mixto de la universidad y un proyecto italiano que estaba operando en la frontera de Cusco y Apurímac. Pasé gran parte del año siguiente viajando entre campamentos. Ganaba poco pero aprendía más de lo que había esperado. En esa ruta, a la ida y a la vuelta pasábamos cerca de un lago rodeado de bosques que a veces me hacía pensar en mi abuela, en su extraña muerte, en mi padre y su hermana esperando que volviera a tierra. Y ella sin emerger. Solo burbujas. Ahí acabó la vida de mi abuela y para esos niños empezó otra, muy distinta a la que habían conocido hasta entonces, sin una tumba donde pudieran constatar que ella existió.

De nuevo me hallaba excavando, esta vez en zona andina. No sé cuántos libros de arqueología e historia leí aquellas noches, generalmente a la luz de las velas. Desde esas alturas, cada día comenzaba con la contemplación de las montañas y los vestigios preíncas que iban brotando de la tierra. Al revisar las texturas y diseños de los ceramios descubiertos, todo remitía atrás, a influencias, migraciones y catástrofes naturales que empujaban a pensar en otros pueblos y tiempos más remotos. ¿Dónde había empezado todo?, era la pregunta que latía constante entre una montaña de piedra y otra de hielo. Montañas que seguían recibiendo ofrendas de las gentes del lugar, tan similares a las que habíamos hallado en enterramientos de un periodo que aún no terminábamos de identificar. Con ofrendas de lana, piedrecillas talladas y hojas de coca, un niño y dos mujeres yacieron siglos en una grieta excavada en la roca. El día que llegamos a los fardos que contenían sus huesos, el viento acarreaba soplos gélidos del Salkantay. Por la noche, la radio siguió anunciando noticias desalentadoras; pero al día siguiente, de nuevo estábamos madrugando para, con cepillos y cuidado extremo, descubrir por completo esos huesos y sus ofrendas. Entre los vientos, podíamos vislumbrar que nada de nosotros ni de nuestros tiranos ni santos quedaría, salvo en el recuerdo de quienes nos enterrarían, a saber dónde, a saber si amparados por alguna ofrenda.

De aquel proyecto pasé a otro, también inicié un nuevo romance, tórrido. De allí pasé a otro proyecto y se acabó el romance. Una mañana de

noviembre, mientras excavábamos al norte de Sacsayhuamán, hallamos una fuente de piedra que en sus cuatro lados había sido esculpida con la figura repetida de un felino. La discusión no tardó en empezar.

—Puma —opinó uno.

—Otorongo —apuntó otro.

—¡No!, es un zorrillo —opinó otro más.

—Yo diría que es un puma —intervine.

La especialista del museo regional que nos acompañaba aquella mañana examinó la fuente con meticulosidad. Después, contundente, señaló que se trataba de un *qoa*. Empezamos a discutir, hasta que sobrevino una granizada y tuvimos que apresurarnos para poner todo bajo techo. Cobijados por una lona, unos y otros nos miramos a los ojos, sin que nadie retomara la palabra, ni siquiera la especialista del museo, aunque nos miraba con los ojos chispeantes y el cuello erguido. Las dudas se fueron disipando, aquel sería un *qoa*, el felino mítico de culto panandino denominado *titi* en el Altiplano, *osqollo* en Apurímac, como también *choquechinchay* en el Cusco: un gato volador que orina lluvia, gruñe truenos, con la mirada despide relámpagos y escupe granizo. Un trueno quebró el silencio y el aguacero arreció. La temperatura cayó. Podía haberme desmayado, pero quizás la felicidad del hallazgo me sostuvo.

Regresé a casa a pie. La lluvia no había cesado del todo. Metí la mano en la mochila buscando un poncho de agua y encontré un paquete de galletas de ajonjolí. Seguí descendiendo por la colina de Sacsayhuamán, enfundada en ese poncho de plástico de dos soles, masticando las galletas, deseando brincar de contento por mi carrera de arqueóloga, pensando en aquel río de gente silenciosa que diez años antes había cambiado el curso de mi vida. Al final de la tarde, los noticieros anunciaron que aprovechando un viaje oficial a Brunei, Fujimori había huido a Japón y desde allí había renunciado por fax a la presidencia de la República.

La plaza de la ciudad fue ocupada por el júbilo de estudiantes, sindicatos y una mezcla variopinta de gente que saltaba, brindaba y exclamaba «¡Y ya cayó!». Banderas blancas y banderas del Tawantinsuyo ondeaban en el horizonte. Emilio me llamó de Londres para que le contara detalles de lo que estaba sucediendo.

—¡Cómo quisiera estar con ustedes! —señaló.

Le dije que a muchos nos había sorprendido que el fujimorato se

desplomara tan abruptamente, cuando parecía que todo lo tenía atado y bien atado; también le hablé del entusiasmo que recorría las calles.

—Ojalá dure —apuntó.

Era difícil ver el espejo del futuro.

Mi vida personal siguió siendo un caos, por momentos la soledad me angustiaba, pero en los trabajos de campo, sentada sobre las piedras, nada importaba, me burlaba de mis pretensiones de estabilidad y seguía disfrutando de las galletas de ajonjolí. Una tarde, un nuevo integrante de la misión italiana se acercó y me preguntó de qué reía. Le di una respuesta fácil y le convidé una galleta. Pronto surgió un romance, hasta que un año después él tuvo que marcharse de vuelta a Turín. Creí que aquello podía haber durado, me hubiera encantado que me invitara a acompañarlo. Durante meses me quedé con el corazón roto, a veces evocaba la mirada del felino que trece años atrás hallamos en Vitcos. Cuando volvió el tiempo de lluvias inicié un nuevo romance. Fue corto pero terminó con frescura.

Pienso ahora en Eugenio Ruiz, el abuelo que no conocí. Ante sus ojos yo hubiera aparecido como una libertina y otra vez hubiera muerto de rabia al imaginar una nieta así, aunque seguramente hubiera dicho: no saber si eres mi nieta, no saber si eres mi nieta, no saber si eres mi nieta... ¡Ja! Eugenio Ruiz, ¡quién querría tenerte como ancestro! Me alegra que esté muerto y espero que nada de su mala sangre corra por mis venas. Miro los rayos que están sacudiendo la noche y desearía que a cada persona como él le cayera uno encima; así, si es cierto lo que dicen, si sobreviven se convertirán en sabios; si no, pues no, ni modo. Me río de mis deseos. Recuerdo a Lorenza diciendo que mi abuela se enfrentó a un condenado. Mi propio abuelo era el condenado. El agua sigue cayendo, saltando entre las piedras, alimentando el caudal del río.

Llegó el año 2007 y me halló cambiando mi departamento del Cusco por otro en Lima. Había ganado un concurso para integrarme en un equipo del Instituto de Cultura cuya oficina se ubicaba en la capital del país, si bien el centro de operaciones sería en la selva norte, donde diez siglos atrás los chachapoyas habían desplegado una civilización de piedra entre las cumbres de la Amazonía. Ese mismo año, en mi primer retorno del campo a Lima, volví a ver a Emilio. Se había divorciado y aunque intentó rehacer su vida en Londres para mantenerse cerca de su hijo, al final cedió a la nostalgia y después de catorce años volvió a instalarse en el Perú. Al vernos de nuevo, podía percibir su sensación de aturdimiento frente al país que lo recibía; ya no más nuestra ciudad antigua, sino una megalópolis con ruidos y actitudes tan competitivas que para muchos de los que arribábamos desde otras regiones, a veces se nos hacía más áspera que las ciudades europeas donde en algún momento habíamos vivido. Sin embargo, había en Lima una sensación de casa y los trabajos que teníamos nos permitían expandirnos. Mientras intentábamos torpemente cruzar una avenida para llegar a un restaurante donde nos esperaban otros amigos, me pareció ver al mismo Emilio que en 1990 se había quedado absorto, observando el mar de gente en shock que trataba de surcar a pie una avenida que hasta un día antes había sido tumultuosa y encendida. Lo tomé de la mano y cruzamos la pista.

No nos soltamos. Cuatro meses más tarde ya estábamos viviendo juntos y juntos volvimos al Cusco para visitar a nuestros padres. Todo parecía marchar perfectamente, pero yo deseaba tener un hijo y al cabo de un año no había novedades. Abordamos varios tratamientos y en los tres años siguientes tampoco hubo resultados. Él decía que no le importaba. Por momentos yo caía en silencios, incluso en iras que pocas veces lograba contener. Una mañana le dije que no tenía por qué aguantarme, no deseaba que mi frustración lo lastimara. Acordamos separarnos por un tiempo. No nos dijimos por cuánto tiempo.

Durante siete semanas no salí de la selva. En la oficina no pusieron reparos, estaban encantados de contar con una arqueóloga principal en el sitio de manera permanente. A pesar de la angustia de perder a Emilio, y a pesar del acecho inacabable de los bichos, me había propuesto no salir antes de que

hubieran pasado dos meses, pero recibí una llamada de emergencia de mi hermana. Mi padre había sufrido un pre infarto. Aunque los médicos habían logrado controlar la situación, la depresión en la que estaba cayendo no ayudaba.

Al verme abrió una gran sonrisa. Chau depresión, pensé.

—Tanto tiempo sin salir de la selva, tú —me dijo.

—Pues tenías razón, tú —repliqué—. La selva encanta, una vez que vas allá, siempre quieres volver.

—Y si no vuelves, el corazón se te enfría —añadió.

—¿Por qué no te vienes conmigo a Chachapoyas? —le propuse—. Te enseñaré a excavar, te lo prometo.

—Eso estaría bueno, ¿verdad?

—Pon fecha y saco pasajes de inmediato —le aseguré.

—¿Por qué ir tan lejos?

De esa manera, en octubre de 2011, después de mucho tiempo viajamos juntos a Quillabamba. Una tarde, mientras tomábamos unas limonadas en la orilla del Sambaray, a ratos espantando con el periódico a los mosquitos, me dijo que allí estaba su alma, que esa era su casa. Entonces me contó que en 1963, de pasar tanto calor en esas selvas, de tanto río y cataratas que a diario lo cercaban, por fin con veintisiete años había aprendido a nadar.

Lanzamos algunas piedras al río por el mero gusto de lanzarlas, sin exigir que cruzaran al otro margen. No le conté que por más tiempo que pasara en la selva, aún no llegaba a sentirla como casa. Sí le conté que estaba pensando postular a una beca para cursar una maestría en México.

Se quedó mirándome con tristeza. Me preguntó por qué motivo no me asentaba ya en algún lugar. Tiré una piedra gorda al río y no le contesté, solo sonreí por salir del paso. Él volvió a la carga: me preguntó por qué tenía que meterme de nuevo a la vida académica, si yo amaba tanto el trabajo de campo. También me preguntó por qué me había alejado de Emilio.

Tiré otra piedra al río. Él reiteró su pregunta. Le dije que no sabía vivir en pareja.

—Con Emilio deberías intentarlo, cabezona —afirmó, y me dio con el periódico en la frente.

Me reí. Le dije que a veces pensaba que tantas idas y venidas en mis relaciones personales se debían al temor a amarrarme a una relación vacía por

la única seguridad de tener compañía.

—¿No estarás a contracorriente de cómo he vivido yo? —inquirió.

—¡Qué me dices! —repliqué.

—Con Magda me llevo cada vez mejor —señaló—. Tiene su lado de Agripina, no nos vamos a engañar; pero envenenadora no es.

Al día siguiente volvimos al Cusco en su vocho, el único objeto que conservaba de su vida de anarquista.

—Cuando te mueras me dejas tu carro, pa, ¿ya? —le pedí.

Asintió y giró con destreza por la curva. Le gustaba que Ayda y yo tuviéramos la certeza de que él moriría antes.

En el camino de ascenso a las alturas cusqueñas, puso el casete de los mejores éxitos de Agustín Lara. Empezaba por «Noche de ronda».

—Este es uno de los que compuso para María Félix —comentó.

Empezamos a cantar. El paisaje de bosques y nubes se fue mezclando con el recuerdo de la abuela guapísima que no conocí. Seguimos cantando:

Luna que se quiebra sobre la tiniebla de mi soledad, ¿a dónde vas?

Dime si esta noche tú te vas de ronda como ella se fue, ¿con quién está?

—Papá —corté de repente—. Somos unos sentimentales, ¡qué barbaridad!

No éramos sentimentales, éramos patéticos. Nos habíamos pasado la vida cantando a una mujer de la que apenas quedaban recuerdos, una mujer cuya imagen era la de una madre amorosa que había muerto ahogada. Y esa mujer jamás murió en un lago.

II

LAS ORILLAS

Aira, en Erabamba te encontré. Lo supe de inmediato. En el cementerio me desmayé, no por una bajada de presión ni por un golpe de calor. Era por ti, Aira.

Las ramas de un cardenal y el musgo realzaron ante mis ojos una lápida de piedra blanca. Me aproximé y la historia que para siempre pudo haber quedado sumergida irrumpió como un rayo. Empecé a temblar. Después reí, me dije que estaba alucinando. Quise alejarme pero mis pasos me empujaron todavía más a ti, a reclinarme frente a esa lápida donde tu nombre estaba escrito con palabras y fechas que hablaban de otro final. Ahí quedaste tú, muerta en tierra en 1986. ¿Cómo quedó el agua en 1940?

El rayo entonces me quebró, partió en dos mi nombre que es tu nombre y me descubrió perdida.

Empecé a deambular por el cementerio, queriendo creer que estaba desvariando, diciéndome que era una tonta y me estaba dejando secuestrar por el absurdo. Pero volví a esa tumba y de nuevo me agarró la certeza de que ese nombre ventilado al aire en forma de letras negras sobre mármol no podía ser otro que el de la madre de mi padre, y entonces cómo podía ser que esa certeza fuera certeza si esa mujer murió ahogada en un lago andino, a tres mil metros de altura, a miles de kilómetros al sur y, sobre todo, a años luz de la fecha que esa lápida marcaba como día de su deceso. A deambular de nuevo, levantando la maleza que podía esconder otros nombres que me hablasen de Aira, de por qué yacía en esa tumba, de por qué estaba sepultada en la selva si toda su vida y toda su historia estuvo enclavada en las sierras, de por qué tendría que yacer en paz en un cementerio, en compañía de un hombre que tenía el mismo nombre que mi padre.

Cerca de esa lápida, el envoltorio de un chocolate revoloteaba con la brisa; sus letras azules sobre el platino evocaban sabores dulces, no extravagantes. Pero ahí estábamos en medio de un cementerio tropical, en un pueblo desconocido, sin chocolate ni nueces, con una mochila repleta de café y una brisa que no empujaba a marcharse. Me senté sobre el empedrado y volví a leer, letra por letra, el anuncio de esa lápida, los nombres de esa lápida.

Buscamos el significado de nuestros nombres y nos perdemos. Perdidos con nombres que indefensos asumimos como nuestros tratamos de encontrar señales. Nos perdemos en nombre de nuestros nombres y confundidos seguimos buscando. Nos perdemos en el nombre de nuestros padres y en el de nuestros antepasados reales e inventados. Como si fueran monedas arrojadas a una fuente de los deseos, estos nos devuelven burbujas, pero a veces también nos retornan lo inesperado. Y en los nombres que quedan oxidados bajo el agua, vislumbramos nuevas imágenes y significados que de arriba abajo nos atraviesan con hilos invisibles, atándonos a gentes que conocimos y nunca conocimos, a pasados que nunca vivimos y sin embargo tantas veces laten con más insistencia que lo íntimamente experimentado. Blas Ruiz era mi padre. Blas Girán, ¿quién diablos fue Blas Girán?

Ningún Girán más en ese cementerio que fusionaba entre la maleza

apellidos europeos, amazónicos y quechuas. Me preguntaba si allá afuera en Erabamba, cuna del eterno verano, habría vivo algún Girán. De mi mochila saqué una libreta y con tinta azul transcribí:

*Aquí descansa en paz A. Rada Rado de Girán, Aira,
que fue amada como el aire.
25 / Noviembre / 1986*

*Aquí descansa en paz Blas Girán Sorvino,
por el amor reunido con su esposa.
22 / Agosto / 1989*

A las cinco de la tarde, desde la loma donde había sido erigido el cementerio, las casas de Erabamba se ofrecían como cajas de sorpresas, blancas y celestes en su mayoría; había otras pintadas en rosa, beige y amarillo; mientras otras muchas quedaron sin pintar, atrapadas en el color mismo del adobe o, más desagradable, en el color bruto de ladrillos y cemento desgastado. No sabía por qué color empezar. El edificio blanco de balcones verdes que daba cabida a la municipalidad ya estaría cerrado a esas horas de viernes. Bajé por la senda que más rápido podría conducirme a la plaza del pueblo. Antes de dar aviso en mi trabajo, fui a la oficina del servicio de avionetas que me había transportado a Erabamba para pedir el cambio en mi fecha de vuelo. Llegué cuando empezaban a cerrar sus puertas. No volaban todos los días a mi destino. Podía elegir entre domingo y miércoles, o quedarme hasta el siguiente sábado.

—Si no tuviera que volver al trabajo, me quedaría una semana más — señalé—. Pero no puedo. Por favor, dígame que habrá cupo este domingo.

—¡Le ha gustado Erabamba! —señaló la chica que atendió mi pedido, mientras chequeaba espacios en su computadora.

—Me ha encantado —repuse.

—Así le ocurre a mucha gente que viene por trabajo o negocio; una vez que llegan, ya no se quieren ir.

Le pregunté si conocía a alguna familia Girán en Erabamba. Se quedó pensando un rato.

—No, creo que no —me respondió—. Soy de Moyobamba y todavía no conozco a mucha gente acá. ¿Tú conoces algún Girán? —le preguntó en voz alta a su compañero, que estaba terminando de cerrar las puertas.

—Me suena de algo, pero no estoy seguro.

En el camino al hotel recién llamé a mi trabajo y avisé que me quedaría un día más. Mi jefe no me pidió mayor explicación, solo me recomendó que me cuidara. Después llamé a Emilio. No le quise contar el motivo que me retenía y le mentí. Dije que me había faltado tiempo para llenar unos formularios que debía entregar a la municipalidad y sería mejor dejarlos listos con el asistente local antes de marcharme. Me creyó, siempre me creía,

aunque yo siguiera estirando hasta el límite el lazo de su confianza.

Al colgar, quise llamarlo de nuevo y decirle que lo necesitaba, que por favor volara a Erabamba en la avioneta del día siguiente. No lo hice. El 9 de agosto de 1990 Emilio se había quedado estático contemplando una avenida de gente en shock frente al desastre. Yo había cruzado esa avenida, conmocionada por tanto silencio, con una marabunta de ideas para cambiar el curso de mi vida. Y toda mi vida siguió siendo así: continuos cambios de trabajo, de parejas, de ciudades, también cambios repentinos de humor. Emilio había permanecido estable sobre sus pies en aquella acera de la Avenida de la Cultura, observando el silencio, pensando cómo convertir su rabia en algo no funesto, no banal, y quizás también, sin que yo me diera cuenta, me observaba a mí cruzando la avenida, de espaldas a él. Allí se quedó, acaso esperándome sin saberlo hasta que me volvió a encontrar. Ahora de nuevo nos estábamos perdiendo.

Caminé a pasos rápidos hasta el hotel pensando en Emilio, percibiendo el peligro; pero nada más llegar pregunté al recepcionista si en el pueblo sabía de alguna familia Girán. Me dijo que sí y yo me olvidé de él, de los formularios que debía llenar, de mi hambre, de mis apellidos. Girán, solo existía Girán.

—Si mal no recuerdo, mis papás me han hablado de unos señores Girán. Creo que ya no viven aquí —me informó—. Les puedo preguntar.

Agradecí y bajé la cabeza. Mis zapatillas estaban cubiertas de polvo y maleza seca.

—Me voy a dar un duchazo —señalé—. ¿Cree que pueda informarme sobre los Girán hoy o mañana?

—En cuanto mis papás me digan algo, le aviso —me prometió.

Reiteré las gracias y me dirigí a mi habitación, preguntándome qué podría decirle a quienquiera fuera un pariente o descendiente de los dos Giranes que reposaban en esas tumbas. Recordé a mi padre. De nuevo me sacudí del delirio y me dije que tal vez ese par de nombres juntos en un cementerio de la selva solo fuera una coincidencia, un jueguito del azar.

Salí corriendo de la ducha en cuanto el telefonillo sonó desde el velador. Con las manos enjabonadas tomé el auricular. Me confirmaron que sí hubo una familia Girán en Erabamba; ya no quedaba ninguno de ellos en el pueblo, pero al parecer todavía mantenían un fundo de vez en cuando visitado por el hijo mayor.

El hijo mayor de Aira fue mi padre. ¿Quién en Erabamba podía ser el hijo mayor de una mujer «que fue amada como el aire»? ¿Quién ama al aire? Mi padre amó a su madre como se ama al aire, invisible, inventando formas para el aire, arraigándose a los recuerdos del aire, pidiéndole que no se vaya con boleros. Con puros boleros dedicados a una actriz mexicana. Aira, ¿cómo te pudiste largar de esa manera?

Con el pelo mal enjuagado bajé al lobby antes de que el recepcionista se marchase. En un papel me indicó cómo podía llegar al fundo de los Girán. «Corazón de la tierra», ese era el nombre que tenía.

Regresé a la ducha. El agua fría regó mi cabeza como un velo de lucidez y de nuevo fue sopesar si esa Aira no era más que una casualidad. Me sequé el pelo riéndome de la película que estaba montando. Mejor veo una peli de verdad, me dije, y encendí la televisión. Allí estaba zapeando, tratando de encontrar algo interesante. Me detuve un rato en una película erótica, después pasé a unos animés japoneses y otra vez estaba por zapear cuando el teléfono sonó. Al otro lado me sorprendió la voz de mi padre. No habíamos hablado en las dos semanas que permanecí en el campo; lo había llamado la noche previa y Magda no me comunicó con él, adujo que estaba durmiendo profundamente; lo había llamado de nuevo por la mañana y ese rato un médico lo estaba auscultando. Allí estaba ahora, con la voz cansada, preguntándome cómo me había ido, cómo me estaba tratando el calor de ese pueblo.

—¿Cómo dijiste que se llamaba? —preguntó.

—Erabamba —susurré, asustada al pronunciar ese nombre.

—¿Cómo? No te escucho bien.

—Erabamba —repetí, con la voz más templada.

Se quedó callado unos segundos.

—Vaya, por allí también hay bambas —comentó.

—Sí —respondí y pasé a hablar de otras cosas—. Es que por aquí entraron los misioneros trayendo el quechua para la evangelización, y no muy lejos están los lamas, que al parecer tomaron el quechua todavía en tiempo de los incas, pero es un quechua muy particular, muy de la selva.

—¿Sí? Qué bonito —repuso con un toque de alegría.

Ese toque me alivió, también me animó a hablar sobre el lugar donde me hallaba. Le dije que esa franja de selva alta de Loreto era una maravilla, con

sus bosques en montañas, sin tantos bichos como en la selva baja.

—¿Se parece a Quillabamba? —me preguntó.

—Sí, tiene aires de La Convención.

Pronuncié aires y de nuevo sobrevino el nombre de aquella mujer. Papá se quedó en silencio, en silencio largo, y yo ya no podía quitarme ese aire pegajoso de la cabeza.

—¿Por qué llamabas Aira a tu madre? —le pregunté.

—¿Yo? —me respondió con extrañeza —¿Te dije yo eso?

—Sí, una vez me contaste eso. Estoy segura.

Se quedó dubitativo, luego empezó a toser.

—Pues no estoy seguro de si la llamaba así o si alguna vez soñé que la llamaba así —admitió.

—Estoy segura de me hablaste de tu madre como una Aira —afirmé.

De la tos pasó a una risa.

—¡Ay, Rada! Tú y tus certezas —apuntó.

—¡Ay, Blas! Cuidado que te esté atacando el alzheimer —dije eso y quise también reír, pero su respuesta me causó tristeza:

—Su nombre ha estado por todas partes... Sabes que de ella viene tu nombre, también el de tu hermana, el de tu tía Mayda, y ahora tu hermana lo ha esparcido en mi nieta.

Sonreí al recordar el rostro de mi sobrina más pequeña, la que hacía tres años se había sumado a sus dos hermanos mayores como una sorpresa. Ayda le puso mi nombre. Hasta entonces, yo había querido ser la única Rada del mundo aparte de esa dulce abuela que por enseñar cómo se nada a sus hijos murió ahogada. Y esa Rada había vivido otra vida en Erabamba, y había tenido más hijos y quién sabe si ellos habrían seguido multiplicando Radas entre sus descendientes.

—Papá —repuse—. Creo que hay más Radas viviendo en el Perú y eso no me gusta.

Volvió a reír.

—No es broma —le dije—. Debe haber otras aparte de mí y de mi sobrina y eso no me hace gracia.

—No creo —opinó—. Eso sería imposible.

Percibí en su voz el deseo de que eso fuera en verdad imposible, y no por

concederme el capricho de tener un nombre exclusivo. Por unos segundos me pregunté si mi padre habría llegado a Erabamba alguna vez y si entonces habría descubierto lo mismo que yo. Imposible, me dije.

Para llegar al Corazón de la tierra de nuevo tuve que pasar por la Ribera Azul y pasé de largo. Me había quedado tan dormida que era mediodía cuando pasé por allí. A esas horas de un sábado, una marabunta de chiquillos estaba chapoteando en el agua y otros muchos jugaban con una pelota desgastada en las orillas. Junto a un kiosco que el día anterior estaba cerrado a horas más tempranas, había dos camionetas deslumbrantes ocupadas por cuatro hombres de gafas oscuras a quienes una camarera les servía cervezas y chicharrones de pescado. Esa ribera ilustraba el contraste entre un pueblo tradicional y las nuevas fortunas, algunas procedentes de la exportación de café y cacao, otras muchas de origen misterioso. Recordé las palabras de mi jefe:

—Ten cuidado, ya sabes que por allí hay bastante negocio turbio.

En su última visita, para llevar adelante las excavaciones sin inconvenientes, le había tocado pagar un cupo a unos tipos que eran narcos o se hacían pasar por narcos. Como la primera posibilidad tenía visos de ser cierta, pagó sin más.

La carretera asfaltada terminaba en la Ribera Azul; seguí, pues, avanzando por encima del polvo. Si las cosas seguían así, no sabía si tendría la posibilidad de volver a excavar en la explanada de petroglifos que hacía pocos años se había descubierto a veinte kilómetros de Erabamba. A falta de mayores estudios, estaba en discusión si fueron obra de los chachapoyas o si pertenecían a culturas amazónicas más antiguas. La perspectiva de encontrar nuevos yacimientos era un sueño, y una pesadilla que el narcotráfico se hiciera con el control de la zona y abortara la posibilidad de nuevas exploraciones. Seguí avanzando, sudando, mordiendo un sándwich, también atenta a que los mosquitos pudieran almorzarme. No me había echado repelente y había olvidado el bote en el hotel. Podría haber tomado un mototaxi para abordar los cuatro kilómetros de distancia que, según me había indicado el recepcionista, separaban el Corazón de la tierra de Erabamba, pero deseaba llegar a pie; quería ver con calma el camino que a lo largo de muchos años fue recorrido por A. Rada Rado de Girán.

¿Cómo llegaste tú aquí, Aira? Lancé esa pregunta al aire, dudando aún de la posibilidad de que esa mujer fuera la misma que un día de abril de 1940 se ahogó en un lago. ¿Cómo llegaste aquí, tú?, repetí.

«A cuatro kilómetros, por la carretera del este, pasando un letrero que dice Matarí, a la derecha verá un desvío; lo toma y a unos 300 metros encontrará la puerta del Corazón de la tierra»: estas habían sido las indicaciones del recepcionista del hotel. Confundí la diestra con la siniestra y terminé ascendiendo por una loma que no me mostraba ninguna puerta, ningún fundo, ningún corazón de la tierra. Seguí subiendo, segura de que estaba en la ruta acertada, sin mayor preocupación porque el sendero que pisaba estaba surcado por mariposas blancas, anaranjadas, violetas, y los pájaros cantaban impertérritos. Sin dejar de avanzar, saqué mi celular para grabarlos. Una rama me rasgó la frente, me detuve para verificar que las gotas que chorreaban por mi cara fueran sudor y no sangre. Eran sudor. Me sequé con un pañuelo y pasé a comprobar que la grabación de los pájaros hubiera salido bien. El sonido que me devolvió interfería con el canto real. Me sentí estúpida por haber pretendido grabar aquello con la ambición de regresar a la ciudad para compartirlo con mis amigos y mostrarles cuánto de Indiana Jones tenía yo, qué especial yo, metiéndome de aventurera por la jungla... Quise arrojar mi celular a los arbustos, como si fuera boñiga. Me contuve. Unos pasos más y me di cuenta de que estaba por mal camino. Por pésimo camino. Me hallé frente a una planicie extraña en medio del bosque. Al fondo distinguí una avioneta, y a su costado una camioneta todoterreno de lunas polarizadas. Nada se movía, hasta que un tipo de gafas oscuras sacó la cabeza del auto y encendió motores. Las piernas me empezaron a flaquear. Estaba de más echarme a correr. Intenté barajar alguna respuesta del por qué estaba allí, pues sería absurdo mostrarles mi celular y decirles que andaba grabando pajaritos. La camioneta se detuvo a mi lado, sin apagar el motor. No sabía si su conductor era uno de los hombres que la mañana anterior había visto en la Ribera Azul, pero sin duda la mujer que lo acompañaba era una de las que vi dando masajes al dueño del descapotable. Su larguísima cabellera la delataba, aunque de cerca no podía esconder la cicatriz que en forma de iniciales AG marcaba su hombro derecho. Forcé una sonrisa y dije que estaba buscando el fundo Corazón de la tierra. Ella me miró con pena. Él me preguntó quién era yo y qué hacía husmeando en esa pampa habida cuenta que en esos caminos no había ninguna casa. Comenzó a buscar algo bajo su asiento, mi cabeza se llenó de las imágenes de una película sobre nueve cuates mexicanos que terminaron todos degollados por una banda de narcos en Tijuana. Mientras el tipo seguía buscando o fingiendo hacerlo, farfullando que ahora íbamos a aclarar las cosas, más que terror, empecé a sentir furia,

una indignación infinita que subía desde mis pies como una serpiente. Antes de que me mostrara una pistola o lo que fuera que buscaba le arrojé unas cuantas palabras:

—Estoy tratando de encontrar la casa en que vivió mi abuela y ella vivió en el Corazón de la tierra. Yo no pude conocerla, hoy al menos quiero conocer el lugar donde pasó sus últimos años. ¿Qué de malo tiene eso?

El tipo dio un bufido, me miró por un instante y de nuevo apoyó sus manos sobre el timón.

—Suba —me dijo—. La voy a acercar.

Al llegar a la carretera, avanzamos unos doscientos metros; allí, en la verdadera derecha, estaba la trocha que conducía a la casa de Aira.

—No le recomiendo volver a equivocarse de camino —me advirtió el tipo. Cuando me estaba bajando del auto, añadió—: Tampoco le recomiendo andar haciendo visitas por esta zona.

Lo miré impávida. Él apretó a su acompañante por aquel hombro marcado y dijo que se iba a quedar en ese sitio hasta que yo me perdiera de vista. La mujer permaneció encogida.

Comencé a caminar por esa trocha, aunque entre el calor, el susto y la indignación mis piernas flaqueaban de nuevo. Saqué la botella de agua de mi mochila, bebí un sorbo y con otro chorro me refresqué la cabeza. No sabía a quién podría encontrar en la casa de los Girán. Me di unas palmadas en los muslos y seguí caminando por aquel sendero de tierra, levantando las piernas por encima de las ramas caídas de los árboles aledaños. Una garúa se desató y en pocos segundos despertó los olores de la selva. Me detuve, la selva comenzó a vagar por mis fosas nasales como una bruma que trajo recuerdos que no eran míos.

Te vi, Aira, avanzando por esa misma senda, más despejada cuando tú vivías en el Corazón de la tierra; te podía oír aspirando el aroma de los mangos que de tan maduros se bamboleaban, como aguardando un viento que los arrancase de su rama para reventar sus jugos sobre la tierra seca. Ibas caminando hacia la misma puerta que yo ya entreveía, segura de que ese era el único lugar donde podrías vivir, aunque a veces recordases el mundo que habías dejado atrás, los hijos que abandonaste. No les enseñaste a nadar. Con una sola clase no basta para aprender a saltar como salmón, a contracorriente. Con una sola clase no basta para sumergirse hasta el fondo. Como frutas verdes los dejaste, queriéndote como a una diosa lejana, incapaces de madurar hasta la plenitud de sus jugos, amando el río y el lago y el mar, pero incapaces de nadar. Incapaces de olvidar que en el agua te perdiste. Seguí avanzando tras tus pasos. A ratos te detenías y despejabas el sendero de la maleza, de los mangos reventados cuyos jugos se disputaban la tierra y las hormigas. De un momento a otro quisiste llorar a gritos, porque no se puede estar en dos lugares al mismo tiempo, porque tu vida se había partido, aunque en Erabamba hubieras conservado tu nombre completo. Una hoja de pacay cayó sobre tu oreja. Te pareció escuchar un susurro conocido. Yo me quedé aguardando, como toda la vida te estuve esperando sin saberlo, y seguí aguardando a que me explicaras por qué tu ausencia, por qué nos dejaste una herencia de dolor, un dolor que no se pronuncia, como una culpa pegajosa que no tiene forma ni sonido y sin embargo rebota como un eco, esperando que alguien lo descifre. Volteaste y me viste. Como si fuera un espejismo, me miraste a los ojos pero no quisiste creer lo que veías. Podías haberte acercado

hasta mí y podías haberme hablado, o tal vez abrazado, o podías haberme contado un cuento. No lo hiciste. Apuraste los pasos y descartaste creer en tus sueños.

El timbre había sido seccionado con alicate. En el muro solo quedaba un pedazo del cordel eléctrico y la huella del soporte, como una mancha circular que empezaba a borrarse. Encima, en un cartel de madera que alguna vez fue blanco, todavía resaltaba en letras rojas el nombre de esa propiedad. Con el puño di tres golpes sobre el portón. Era de metal y quemaba, sus esquinas estaban oxidadas. Un moscardón revoloteaba cerca de mi cabeza, zumbando como si me avistara con glotonería. Tuve ganas de aplastarlo contra el portón. Quedaría reventado, achicharrado también. Estaba por golpear de nuevo cuando escuché pasos. Se detuvieron detrás de la puerta. A través del intersticio de sus hojas, distinguí unos ojos negros.

—¿Quién es? —pronunció.

—Vengo a buscar a los dueños de la casa —respondí.

—¿Quién es? —reiteró.

El moscardón se había detenido frente a mis ojos, parecía desafiarme con descaro y yo tenía la oportunidad de reventarlo. No lo podía hacer, pero no sabía cómo contener la furia.

—Solo quiero hablar con los dueños de la casa —insistí.

—¿Y cómo se llama la persona que quiere hablar con los dueños de la casa?

Tuve reparos para pronunciar mi nombre, pero aquella mujer seguía auscultándome desde el otro lado de la puerta.

—Mi nombre es Rada Ruiz y soy familiar de los dueños —descargué en una.

Aquellos ojos se aproximaron y quedaron prácticamente pegados a la puerta. El moscardón no se movía. Sentí asco al pensar en aplastarlo y teñir mi mano de sangre y pelillos; tuve miedo de que ese golpe me atrajera el disparo que percibí posible en el aeródromo clandestino media hora atrás; también empecé a sentir pánico de que esa puerta se abriera y me condujera a historias que me retorcerían como a un insecto.

—¿De dónde va a ser pariente usted? —murmuró la mujer.

—Pariente del Cusco.

Los ojos se alejaron de la puerta; la mujer dio un paso atrás, quizás dos.

Insistí, repetí mi nombre, apoyé mis manos en el portón y no las retiré ni aunque me estuvieran quemando, porque esos ojos me seguían atravesando a pesar de que la mujer hubiera retrocedido un paso más. Reiteré que venía de lejos, de la misma tierra donde nació Rada Rado.

—Rada Rado —carraspeó.

—Aira —afirmé.

Ella siguió mirando fijamente la puerta, como si estuviera viendo más que una línea de mí a través del intersticio.

—Aira —murmuró.

Tampoco yo dejé de mirarla. Al fondo distinguí una casa blanca de una planta, con ventanas amplias enmarcadas en madera pintada de azul que en lugar de cristales ofrecían el resguardo de mosquiteros. Su puerta estaba abierta.

—Sí, vengo por Aira —afirmé con resolución, aunque mis manos empezaban a temblar.

—Rada Ruiz, ya todos están muertos, o están vagando por el limbo, y aquí se está acabando el mundo, qué más da.

Mientras me dejaba pasar por la puerta, la vieja pronunció aquello como en un rezo. Me presenté como una pariente lejana que había descubierto que en Erabamba vivieron familiares de los que se perdió contacto siete décadas atrás. Me puse a tontear y mencioné un tiempo en que el servicio de correos entre el Cusco y Loreto era un desastre, ni había teléfono en Erabamba, mucho menos internet, y cuando alguien se iba lejos, pues la despedida podía ser para siempre; pero, ay, los tiempos habían cambiado y aunque tarde allí estaba yo, tratando de encontrar huellas perdidas.

Ilana era el nombre de esa mujer. Desde hacía cinco años, a la muerte de su marido, se había convertido en la única ocupante de la casa. Hacía más tiempo que sus hijos se habían marchado para buscar un futuro mejor lejos de Erabamba. Me fue contando todo eso mientras me servía un café, «para matar el calor», según dijo.

Le pregunté si no le daba miedo vivir sola, rodeada como estaba por un aeródromo «un poco extraño» y hombres armados.

—Aquí nadie se mete conmigo —afirmó.

Había visto crecer a los niños desarraigados de las inmediaciones del

mercado y con los años los había visto convertirse en pequeños capos, en dueños de tierras y valiosos carros, algunos incluso se habían convertido en dueños de avionetas. La habían querido intimidar; no se dejó. Los alrededores no pertenecían más a sus antiguos propietarios; a todos los asustaron, sino los presionaron para vender sus tierras, menos a ella. Ilana había seguido velando por esa casa y había enfrentado a los matones que aparecieron un día en su puerta. Si deseaban el Corazón de la tierra, tendría que ser por las buenas; si no, los iba a maldecir. Ellos siguieron ambicionando esa propiedad desde la distancia, esperando que ella muriera; mas Ilana se mantenía saludable, aguardando a que la impaciencia los empujara a comprar sin regatear el justo precio de esas tierras.

—Acá vivió gente buena, gente que sabía sanar heridas. No es de justicia que se les pase por encima —me dijo.

—¿Te parece que Aira fue una buena persona? —inquirí con rabia, arrepentida de inmediato por no haber podido controlarme.

—¡Tú qué sabes! —replicó.

—¿Y tú qué sabes? —interrogué— ¿Me vas a contar?

Me miró por encima, vertió en su taza un chorro de café y se quedó contemplando cómo humeaba, despidiendo un aroma fuerte, cargado del toque de las cáscaras de naranja con que había tostado los granos.

—Solo sé lo que debo saber —repuso.

—Eso no será poco, ¿verdad?

—No es poco.

Di un vistazo minucioso alrededor. Bajo la ventana que daba hacia un patio interior, sobre un largo aparador de madera, había portarretratos con fotos de niños y grupos de gente que aparecía diminuta. Por encima de todos, en una foto personal de estudio, distinguí la imagen de una mujer. Una mujer con destellos de María Félix.

—¿Y qué es lo que sabes, pues? —le pregunté, como si ya no me importara que dijera la verdad o mintiera.

—Sé lo que debo saber. Punto. Y lo que sé me basta. Punto. ¿Cómo te voy a contar a ti nada si yo no sé si tú eres gente buena o malvada? Si eres una Rada Ruiz, puedes ser cualquier cosa, ¿cierto?

Escondí la mirada en mi café. Era penoso haber llegado hasta allí envalentonada sin saber de qué materia estaba hecha mi alma. Ninguna

adivina turca estaba cerca para revelar qué decía de mí el poso formado en el fondo de mi taza.

Ilana llegó a esa casa con diecisiete años. Había sido una niña desarrapada que vagaba por las haciendas ofreciendo su mano de obra en las cosechas de café y cacao, hasta que tuvo un hijo con un capataz que la desconoció. Estaba por arrimarse a un prostíbulo cuando se encontró con Blas Girán. Andaba merodeando por comida en el mercado cuando lo vio. Desde lejos se dio cuenta de su desesperación. Él se le acercó señalando al bebé que ella cargaba en su pecho. No demoró en contarle que su esposa se estaba muriendo. Había pasado varias horas buscando una nodriza para el niño que habían tenido dos días antes en un parto difícil, tan difícil que cuando Ilana tuvo enfrente a la madre, se le erizó la piel.

La hemorragia había sido extrema, las patas de la cama todavía conservaban restos de sangre. Algo helado parecía aletear en el ambiente. Ilana había deseado huir, temiendo que ese frío se apoderase de su hijo, pero el llanto del recién nacido pudo más. Lo recibió en sus brazos y le ofreció el pecho. El niño lo tomó con ansia. La abundancia de la leche disipó el frío, la misma parturienta se fue recuperando en los días siguientes.

Ilana se quedó en el Corazón de la tierra, ayudando a Aira con el hijo que tuvo, aprendiendo a cocinar con ella, apoyando a los peones en siembras y cosechas. Un año de cosecha exuberante conoció a su marido, Belisario, que pasó a convertirse en trabajador fijo del fundo. Ilana tuvo cuatro hijos más. Aira se quedó contemplando al único que tenía, hasta que muchos años después tuvo una niña.

—¿Nunca te habló de los hijos que dejó en el Cusco? —le pregunté.

—¿A qué Rada buscas tú?

En sus ojos me vi reflejada como una mujer ovalada de tristeza, aferrada a una taza de café. Salí de esa mirada y busqué la fotografía de la mujer con aires de actriz de cine. En ella encontré también tristeza.

—A la madre de mi padre —repuse.

—Yo no sé qué decirte de esa mujer. No la conocí —respondió con voz pausada.

—Claro que la conociste —repliqué—. La conociste muy bien desde el día en que llegaste aquí.

Me sorprendí de la seguridad con la que le dije aquello. Ella también parecía asombrada. Como si fuera una película, me parecía haber visto todo lo que había ocurrido la tarde en que apareció en esa casa con un bebé colgado al pecho, lista para salvar con su leche a un recién nacido ajeno, por encima de la muerte que acechaba a su madre. ¿Cómo se pudieron haber mirado esas dos mujeres? Mientras Ilana me relataba la historia de su llegada al Corazón de la tierra, imaginaba a Aira pidiéndole en su delirio que salvara a su hijo aunque ella tuviera que pagar con la muerte el haber abandonado a otros dos antes, en la vida que tuvo lejos de Erabamba.

—Si crees que ya lo sabes todo, ¿qué verdad has venido a buscar acá? —me desafió.

Sentí frío, acaso fuera el mismo vaho helado que había recorrido esa casa el día en que Aira estuvo a punto de dejar huérfano a un niño por segunda vez. No respondí, con las manos me di calor en los brazos.

—Rada Ruiz, ¿has pensado bien qué es lo que estás buscando aquí? —escuché de Ilana.

En sus pupilas me vi todavía más helada, a punto de llorar.

—¿Y tú sabes por qué me has dejado entrar? —le pregunté.

Tampoco me dio una respuesta. Pronunció mi nombre varias veces, como si tratara de reconocerlo, y empezó a ronronear un canto. Se me saltaron las lágrimas, con la mano las sequé de inmediato, pero otras se me volvieron a escapar.

—Has entrado acá porque te llamas Rada —pronunció la vieja—. Pero yo no puedo andarte contando historias de la madre de tu padre. Habrá muchas cosas que tú ya sabes de ella, aunque no te hayas dado cuenta.

Me quedé mirándola, tratando de entender su acertijo. Ella me hizo una seña para que me levantara; después me pidió que la acompañara a la cocina para preparar otro café. Cuando estuvo listo, sacó unas galletas del horno y con ellas volvimos a la mesa.

La tarde estaba cayendo, mascamos las galletas sintiendo cómo su crocante se ablandaba con el café en nuestras bocas, que no hablaban más. Contemplamos el cambio de tonalidades en los frutales que rodeaban el salón-comedor, a ratos nos echábamos una mirada, con el aire atravesado por las preguntas que estábamos barruntando. Todavía quedaban tres galletas en la bandeja.

—Me da miedo volver a Erabamba sola a estas horas, ¿puedo quedarme a dormir? —pregunté finalmente, porque era cierto que temía que la noche me alcanzara en los cuatro kilómetros que separaban esa casa del pueblo, y porque no quería que esa visita acabara sin más.

Ilana tomó una galleta. Antes de morderla, repuso:

—Puedes.

Otra vez el silencio, y el viento fresco que se colaba a través de los mosquiteros de las ventanas, y los colores que se iban esfumando de los muebles, de las paredes, de los mismos frutales. Tomé el último sorbo de mi café. Todavía estaba tibio. Recordé el silencio de mi padre frente al lago que absorbió a su madre.

Yo tenía quince años, le pregunté por qué nunca nos había llevado a conocer su casa de infancia; la casa donde nació y creció. Respondió que de ella solo quedaban escombros. En las semanas siguientes, mi hermana retomó la pregunta:

—¿Por qué no nos llevas a conocer esa casa, aunque solo sea para ver esos escombros? Algo siempre habrá de recuerdo, ¿verdad?

—La hacienda pertenece hoy a una comunidad campesina, no sé si nos dejen entrar —respondió él.

—¿Por qué no? —insistió mi hermana—. Estará en medio del campo, seguramente. Hacemos como que estamos de paseo y preguntamos si podemos curiosear. No creo que haya problema.

Papá miró a un lado y al otro.

—Está bien —accedió—. En el próximo viaje al campo vamos para allá, solo tendrán que madrugar, ¡ah! Porque queda lejos.

Pasaron varios domingos antes de que pudiéramos conocer Amantay. En

el vocho viajamos papá, mi hermanastro Rodrigo, Ayda, nuestro perro y yo, cantando boleros y rancheras por el camino. Lorenza no quiso acompañarnos, dijo que aquel viaje era demasiado pesado para ella. Por su parte, arguyendo que iríamos muy incómodos si ella se sumaba, Magda tampoco nos acompañó, si bien preparó para nosotros un escabeche magnífico. Tras hora y media de pista asfaltada, las tres horas de subida de Calca a Lares por carretera de trocha fueron inundando poco a poco el carro de polvo, aunque mantuviéramos las ventanas cerradas. Al arribar a un cartel desvencijado que apuntaba Amantay, apeamos el auto y empezamos a avanzar por un sendero rodeado de magueyes y queuñas. Papá caminó por delante en silencio; nuestro perro, Samicha, correteaba en idas y vueltas, revolcándose en cada tramo de pastizal que hallara.

—Polylepis, polylepis —pronunció mi hermana, acercándose a una queuña—. Este es su nombre científico —nos informó mientras retiraba fragmentos de esa corteza que se asemeja a un papiro delicado, áureo.

Por entonces ella estaba cursando el primer año de la carrera de Biología y andaba obsesionada con memorizar el nombre científico de las cosas.

—Polylepis, polylepis —repitió, tomó otra laminilla del tronco y la puso en mis manos. Era tan frágil... La deshice entre mis dedos y esparcí el polvillo en mi cara.

—Ahora soy de oro —sentenció.

—De cobre —me dijo Ayda.

—De papel de queuña —señaló mi padre.

—Polylepis, polylepis —pronunció Rodrigo y cubrió su frente con una laminilla del árbol.

—Así es —repuso mi hermana y le pasó el brazo por encima.

Seguimos avanzando sin apuro. Cuando a lo lejos distinguimos un caserío, nos sentamos a la sombra de un sauce y con ansia almorzamos el escabeche. Un viejo campesino pasó a pocos metros.

—*Allillanchu* —lo saludamos con una de las pocas palabras en quechua que Ayda y yo conocíamos.

Él respondió a nuestro saludo y nos hizo un comentario que no pudimos entender. Papá prosiguió con la conversación en quechua. El viejecillo, que lo había estado mirando con detenimiento, se le acercó y lo abrazó.

—Papay, has vuelto —le dijo.

Le convidamos nuestro almuerzo. Él nos acompañó hasta lo que fuera la casa-hacienda. En efecto, de esta solo quedaban los cimientos de unas paredes gruesas de adobe que debieron haber conformado una mansión de varias estancias y corredores. Únicamente el portal, construido como una arquería de piedra labrada, permanecía intacto y mantenía abierta la puerta de cedro. Por allí nos adentramos e imaginamos.

Papá observaba todo aquello con la cabeza alta, como si estuviera satisfecho del estado ruinoso de la casa. Por lo que fue la sala pastaban ahora ovejas y cabras gordas; en lo que fuera la cocina, se elevaban matas de muña y hierbaluisa; en el antiguo comedor habían crecido saucos de cuyas ramas colgaban nidos de pájaros. Un gorrión cantó desde lo alto. A mi padre se le saltaron las lágrimas.

Más tarde, mientras caminábamos hasta el lago, nos contó que cada mediodía su madre desmenuzaba los restos de pan del desayuno para arrojar las migas al patio. Los gorriones estaban tan habituados a esa rutina, que si alguna vez demoraba en aparecer, se ponían a piar en la puerta, reclamando, sin resquemor. También nos habló del gorrión que, tras horas de aguardar sin ser atendido, se coló en la sala por el resquicio de una ventana el día que su madre murió. Sin hallar de nuevo ni sus migas ni la salida, había empezado a aletear desesperado, batiéndose entre los aparadores y las arañas. En aquel momento solo su hermana y él se hallaban en la casa, los demás estaban buscando el cuerpo de mi abuela en el lago. Él había creído que silbando podría calmar al pájaro. Por un momento aquello surtió efecto, pero la desesperación no tardó en volver a sus alas. Mayda estaba asustada, pero corrió a la puerta para abrirla de par en par. El gorrión se detuvo unos segundos sobre la mesa, después se fue volando.

—Esa era mamá —había afirmado su hermana.

Él le creyó.

El lago no había sido afectado por el tiempo. Se nos descubrió más angosto de lo imaginado. Era primavera, con las primeras lluvias, las faldas de los cerros circundantes lucían verdes, tupidas de pastos y bosque. Nos sentamos en la orilla despoblada de matorrales, donde las gentes de la comunidad campesina seguían acudiendo para bañarse y lavar sus ropas, allí donde mi padre estuvo a punto de aprender a nadar. Nos quedamos en silencio, y en silencio observamos su centro, que a la luz del mediodía se ofrecía turquesa, denso.

Papá se levantó, comenzó a buscar guijarros seguido por el perro. No encontró muchos. Se inclinó sobre su derecha y durante un rato estuvo ensayando el tiro. Uno a uno fue extrayendo guijarros de su bolsillo y los fue lanzando con potencia y estilo. Saltaron sobre el agua dos, tres, cuatro y hasta cinco veces. Ninguno alcanzó el otro extremo. Ninguno dobló el camino de vuelta.

Ya había anochecido, Ilana se levantó de la silla y no encendió las luces. Con pasos lentos se aproximó a una antigua radiola y puso a rodar un vinilo de Javier Solís. Después caminó hasta el aparador. De un cajón extrajo un candelabro de cobre que parecía destinado a sostener el agua en lugar de unas velas. Tres peces con ojos de cristal daban soporte a sus tres brazos. Con un palito de fósforo prendió sus velas y se sentó frente a mí.

Humo en los ojos, niebla de ausencia..., canturreé el bolero, observando los mosquitos diminutos que habían empezado a revolotear alrededor de las flamas. Chrrr; en menos de un suspiro uno de ellos se achicharró sin que los demás se espantasen: continuaron revoloteando tentando al fuego, hipnotizados por la luz. Seguí cantando. Ilana se levantó de nuevo, señaló que me iba a preparar la habitación. La vi marcharse a tientas, guiándose por el tacto de las paredes.

—¿Cómo se llama el hijo que Rada tuvo en esta casa? —le pregunté, cuando volví a tenerla cerca.

Se paró en seco, encendió el interruptor. La luz eléctrica se apoderó del comedor, también del corredor.

—¿Cómo se llama tu papá? —me respondió.

Me quedé mirando sus ojos achinados. Quería desafiarla y contestarle, pero el nombre de mi padre se quedó atascado en mi garganta. Temía quebrarme al pronunciarlo en esa casa.

—Blas —susurré.

—Blas —repitió ella con voz firme.

—Sí, Blas.

—¿Cómo es Blas? —me preguntó, arrimando su silla para sentarse más cerca.

Yo quería llorar pero me aguanté. Señalé el retrato de Aira y describí a mi padre:

—Es igual a ella, triste.

—¿Tan igual a ella? —me preguntó.

—Sí, los mismos cabellos enrulados, los mismos ojos negros y la quijada

partida, la misma mirada, triste... Bueno, tiene momentos en que puede estar muy alegre, pero al fondo casi siempre le queda la tristeza. Ahora se está muriendo de pena.

—Es igualito que Aira, entonces.

De repente, oímos el motor de una avioneta que parecía sobrevolar muy cerca de nuestras cabezas. Afuera los perros empezaron a ladrar. En el comedor las velas que no habíamos apagado tiritaron hasta que el ruido amainó.

—No te asustes si en la noche vuelves a oír esa bulla —me dijo Ilana—. Puede que hoy sea un día de movimientos.

—¿Y en verdad no te da miedo vivir tan cerca de ese trasiego?

—Miedo sí tengo; pero más es mi rabia porque estén haciendo lo que les da la gana, creyéndose intocables porque andan con plata y con armas. Ya les he dicho que están actuando como los antiguos patronos de Erabamba; pero que a mí de acá me sacan pagando lo que tienen que pagar por esta propiedad, o me sacan muerta, con mi maldición cayéndoles encima.

—Y los dueños de esta casa, ¿dónde están? —pregunté, queriendo saber de una vez cómo eran ellos.

—Lejos, muy lejos —murmuró y se levantó de la silla.

Me dijo que tenía hambre y seguramente yo también querría comer algo. La acompañé hasta la cocina. Seguimos charlando mientras graneaba arroz y freía plátanos y huevos.

Eduardo y Marilia, así se llamaban los hijos que Aira tuvo en Erabamba. Ella había estudiado Química en Lima, luego, en los años de la violencia, se fue a vivir a Australia. No pudo llegar a tiempo para el entierro de su madre. Cuando su padre se puso grave, lo acompañó en sus tres últimos meses de vida. Desde entonces, solo volvió a poner los pies en Erabamba una vez más y lo hizo por pocos días.

—Viviendo tan lejos, le cogió mucho miedo; primero por las violencias que hubo acá, después por los chicos narcos, después porque todo le parece un desorden. Pobre Marilia, qué tendrá en su corazón para que acá todo le parezca feo —comentó—. A ver, tú mira bien alrededor y dime si te parece feo.

Me eché a reír.

—Ya ves, pobre Marilia, ni siquiera me entiende. Varias veces me ha

llamado para decirme que me vaya, que coja las cosas de recuerdo que hay en esta casa y viva con más tranquilidad. Una vez me ofreció llevarme a Australia, ¿pero qué haría yo allá? Si ni a Cajamarca ni a Lima, donde viven mis hijos, he querido trasladarme. Qué vergüenza sería abandonarlo todo a mis años, como si no hubiera pasado por todo lo que he pasado.

Me quedé observando a esa mujer, incapaz de calcular los años que tendría. Si fuera por el vigor con el que hablaba, pensaría en una veinteañera; por las cosas que me había contado, calculé que hacía mucho habría superado los ochenta. Y allí estaba, sirviendo con gráciles manos arroz, plátanos y huevos sobre dos platos.

—¿Y Eduardo? —le pregunté.

—Él viene todos los años —me dijo complacida.

Eduardo Girán era ingeniero agrónomo y desde hacía quince años vivía en Canadá. Con su esposa habían pasado gran parte de la vida entre Erabamba y Lima; pero cuando a ella le dio un cáncer extraño, fueron a buscar el mejor tratamiento en Montreal, donde vivía su hijo mayor. Allí se quedó, gracias a un contrato que le permitía participar de un proyecto universitario. Cuando su esposa murió, ya no deseó regresar.

—Esta casa es puro recuerdo para él; fue mejor que rehiciera su vida lejos.

Nos quedamos a cenar en la cocina. El canto de los grillos se hacía más intenso a medida que avanzaba la noche. Los perros comenzaron a rasgar la puerta desde el patio. Ilana les preparó un caldo con los restos de arroz graneado y unas hilachas de pollo que extrajo del refrigerador. Los tres perros recibieron la comida bailando a su alrededor.

—¿Cómo era Aira? —le pregunté cuando volvió a entrar en la cocina.

No me hizo caso, empezó a fregar platos, cubiertos, ollas, canturreando algo desconocido para mí.

—Si no me quieres contar cómo era ella, dímelo de una vez —la desafié.

Dejó de cantar, pero siguió lavando los platos como si estuviera sola.

Le pregunté entonces dónde era el baño y me contestó sin demora. Avancé por un largo corredor, alumbrada por la tenue luz que llegaba de la cocina, sintiéndome observada por las miradas que emergían de las fotos en sepia que colgaban de las paredes: awajunes en canoas, awajunes en casas de madera techadas con palmeras, awajunes recolectando yuca, awajunes

nadando en un manantial, awajunes apuntando al bosque con arcos y flechas. Todos parecían mirar a algún lugar, desconcertados, expectantes.

Observando esas miradas de nuevo te vi, Aira, desempolvando el marco de esas fotografías, reflejándote en sus cristales, hallando tus ojos en esos ojos, como una awajún que se esconde selva adentro, cada vez más lejos del lugar donde nació, del lugar que abandonó, hasta que volteaste y fijaste tus ojos en los míos, sin creer que fuera posible verme, creyendo estar viendo un espíritu de un tiempo donde en la tierra que estabas pisando solo habían awajunes, lamas y shawis, y madre selvas y lianas como serpientes elevándose por encima de la copa de las ceibas. Yo no pude decirte soy yo, Rada; ni pude decirte no soy un fantasma; ni tampoco quise decirte no tengas miedo. No podía quererte; había querido la memoria de la mujer que amaba los pájaros, la imagen de una mujer que recogía sus cabellos con festones de seda, la mujer que se ahogó el día que enseñaba a sus hijos a nadar. Tus hijos mayores se quedaron sin nadar. A tus hijos de Erabamba sí pudiste enseñarles, o al menos no les dejaste como herencia el temor al agua, la tristeza del agua.

Ilana apareció en tu ayuda; desde el umbral de la cocina encendió un interruptor y desapareciste de mi vista. Y seguramente yo desaparecí de la tuya, como siempre.

Al salir del baño, la voz de José Alfredo Jiménez se estaba esparciendo por la casa. Ilana ya no estaba en la cocina; había puesto ese disco en la radiola y ahora estaba colocando un viejo álbum de fotos sobre la mesa del comedor.

—Querías saber cómo era Aira, ¿cierto? —me dijo—. Aquí la puedes ver.

Abrí la tapa acolchonada del álbum. Las primeras páginas mostraban fotos de la madre de mi padre muy joven, deslumbrante en su elegancia, sentada en un sofá junto a un hombre que no podía ser otro que Blas Girán. En una, él, sentado sobre el brazo del sofá, le pasa la mano por el hombro; en la otra, sobre su pierna derecha, él sostiene con sus dos manos la izquierda de Aira. Los dos sonrían frente a la cámara. En las siguientes páginas, todas de cartulina negra, precedidas por hojas de papel cuché transparente, se disponían las fotos de un hijo que fue creciendo hasta que, junto a ese niño bastante grande, aparece una recién nacida, una hermana. Otra hermana, no tía Mayda.

Mi padre solo conservaba un par de fotos de su infancia. Eugenio Ruiz no

tuvo mayor interés por hacerlo retratar; pero en esas dos únicas fotos que yo había visto innumerables veces, él y Eduardo Girán se parecían como una gota de agua a otra. Qué semejantes los dos, y qué vida tan distinta la que a cada uno le tocó.

Cerré el álbum, no quise ver más. Si antes había guardado curiosidad por conocer en vivo a Eduardo Girán, por saber si él tendría deseos de conocer a mi padre, ya no me despertaba ninguna empatía; solo rabia porque mi padre se estaba muriendo, poco a poco, de muchas cosas, pero sobre todo se estaba muriendo de pena. Tal vez empezó a morir a los cuatro años, el día en que su madre se ahogó. Si ella lo hubiera abandonado, igual habría sufrido, pero más temprano que tarde se hubiera agarrado a la rabia. Una rabia como esa tiene cura. La tristeza que lo agarró no.

Ilana me escuchó decir todo aquello con atención. Cuando me cansé de hablar, acercó hacia sí el álbum de fotos y me interpeló:

—¿Por qué echas toda la culpa de los males de tu padre a la madre que no tuvo cerca? Seguramente hay otras muchas cosas que lo han hundido en la pena, y tú lo debes saber, pero siempre es más fácil buscar una sola causa, un solo culpable, y eso es lo que tú estás haciendo.

Me sentí ofuscada, con ganas de salir de esa casa. Sin responder a sus palabras, le dije que estaba muy cansada y que necesitaba dormir, mencioné que al día siguiente debía levantarme temprano pues a las once de la mañana salía mi vuelo de retorno a Lima.

—O sea, ya no quieres saber cómo era Aira —señaló.

—Ya he visto que fue una mujer muy guapa y muy feliz.

Afirmé esto y me levanté de la silla. Ella me lanzó una mirada inquisidora.

—Tanta cólera tienes que has venido caminando hasta acá y ahora ya no quieres preguntarme quién era Aira.

—Ya no —repuse—. Creo que no necesito saber más.

La vieja no me hizo caso:

—Aira vivió siempre con el fantasma de su vida pasada. De la vida que tuvo antes de estas fotos.

No quedaba ningún mosquito volando alrededor del candelabro. Ya todos habrían perecido achicharrados. Di las buenas noches y me alejé.

Aquella era, en efecto, una noche de movimiento. El trasiego de avionetas fue continuo, como también el ladrido de los perros cada vez que los motores asomaban. A pesar de que se hubieran pasado la vida bajo ese ruido, no se habían acostumbrado. Yo tampoco podía dormir. Como un eco volvían las palabras de Ilana y con ellas el enjambre de imágenes asociadas a mi madre, a mi padre, a la vida que nos habían dado, toda mezclada de situaciones vividas y otras muchas solo percibidas. Trataba igualmente de imaginar la vida que Aira pudo haber tenido en esa casa, habituándose al calor rampante, aplastando de un golpe a los zancudos que descubría en su piel, ahogando la memoria de la vida que tuvo en una casa hacienda a 3000 metros de altura, deslizándose algunas noches por los corredores del Corazón de la tierra, queriendo enfrentar fantasmas. Me preguntaba cómo habría asumido el recuerdo de los hijos que dejó, si por momentos le habrían sobrecogido arrebatos por volver con ellos, por saber cómo habrían cambiado sus rostros con el paso de los años, así como el propio Corazón de la tierra y sus otros hijos iban cambiando. Y había otra pregunta incesante: ¿quién fue el padre de mi padre? Seguí dando vueltas intentando dormir, en vano.

Me habían acomodado en el que fuera el cuarto de Marilia Girán. Lucía tal como lo dejara cuando se marchó a Lima, con dieciocho años. Ella no me despertaba curiosidad, su cuarto era monjil. La imaginé como una mujer asustadiza y frígida en la cama; no entendía cómo a los dieciocho años se podía tener la habitación repleta de imágenes de santos y flores de plástico. ¡Flores de plástico en plena selva! Mi tía Mayda, en su superficialidad, me pareció más entrañable e interesante. Además, ella, fuera como fuera, sí había vivido con papá y sí había sido su hermana.

Llegué a contar tres avionetas hasta las dos de la mañana. A esa hora verifiqué de nuevo que la señal de celulares no llegaba al Corazón de la tierra. A través de la ventana distinguí luciérnagas en el jardín, no recuerdo más. Desperté con la luz del día, mucho antes de que sonara mi alarma. Recién a las siete de la mañana los gallos empezaron a cantar. Tanta avioneta nocturna les habría trastornado el sueño. Seguían cacareando cuando me aproximé a la cocina, atraída por el olor del café tostado. Encontré a Ilana exprimiendo naranjas.

—Has dormido poco —apuntó, tras escuchar mis buenos días.

—Más o menos —repuse, esperando que me invitara a sentarme, cosa que no hizo. Siguió exprimiendo naranjas.

—Debo irme —señalé.

—¿Por qué no te sientas?

Dudé un instante, luego obedecí.

—¿Por qué no te quedas acá? —añadió con naturalidad.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Mañana por la mañana debo volver a mi trabajo en Lima —apunté.

—Pero acá puedes encontrar trabajo —afirmó, mientras cortaba en dos otra naranja—. Al otro lado de Erabamba hay bastantes ruinas para excavar y no hay arqueólogos —añadió.

Sonreí nerviosa, sin entender la naturalidad con la que proponía esas cosas, porque no había en su voz ningún tono de broma.

—Si los narcos consiguen que nos marchemos de acá, en el pueblo la familia tiene una casita con jardín. Está alquilada ahora, pero es una casita linda. Allí puedes quedarte a vivir.

—Tengo una vida fuera de Erabamba —pronuncié, evitando un tono drástico, creyendo que Ilana no estaría del todo bien de la cabeza.

—Y si tienes una vida afuera, ¿por qué estás buscando raíces acá? —me interrogó.

De repente, me sobrecogió el recuerdo de lo soñado durante la noche. Cristales verdes, amarillos, blancos y rojos incrustados en el cielo nocturno; con las manos intentaba arrancarlos para que me dejaran ver las estrellas de verdad que estarían cubriendo, temiendo a la vez que sus aristas me desangraran. Mi madre, tan aficionada a la interpretación de los sueños, ¿qué me diría? Y Aira, ¿qué me diría? Sería que, con frescura, sin ninguna culpa, me diría también con naturalidad quédate; o más bien hablaría como empezó a hablar la alarma de mi celular, recordándome ya son las 7:30 a. m., no te detengas más en este lugar, márchate.

Apagué el aparato, corté en dos la última naranja que yacía intacta sobre la mesa y se la pasé a Ilana. La exprimió hasta dejarla seca.

—Todos se han marchado —sentenció, mientras se daba vuelta para pasar

el café—. Alguien de la familia tendría que quedarse. ¿Para qué, pues, se habría andado tantos caminos hasta acá, para abandonarlo todo, como si el Corazón de la tierra fuera una carga pesada, un bulto muerto que no vale nada? ¿Cómo?

La dejé seguir hablando, pensando en los cristales incrustados en el cielo. ¿Valían menos que unas estrellas lejanas, tan solo por estar hechos de vidrio? Eso era lo que yo había llegado a tocar en mis sueños; no las estrellas. ¿Por qué añorar lo que nunca tocaría con los dedos? Me miré las manos, ¿por qué tendría que ser mejor marcharme a mi trabajo y mi vida en la ciudad, qué diablos era el prestigio ganado, para qué serviría si cada vez me alejaba más de las excavaciones arqueológicas que tanta vida me ofrecían? ¿Por qué no quedarme en Erabamba?, llegué a preguntarme en un momento, con naturalidad.

Del horno Ilana extrajo una bandeja de galletas y las colocó en un plato.

—Galletas de plátano y canela —me informó—. A ver qué te parecen.

Mordí una. Quemó mi lengua pero su sabor me complació.

Ilana sacó la cafetera del fuego, la puso sobre la mesa y se sentó. Yo tomé otra galleta.

—Están muy ricas —opiné.

Mientras servía el café en nuestras tazas, empezó a hablar de aquellas palabras:

—Cinco palabras guardo yo. Cinco palabras solamente —afirmó y me extendió mi taza de café.

La miré en silencio, sin saber si debía decir algo o aguardar a que ella terminase de contar lo que quisiera contar.

—*Pua, Kawa, Sisu, Parana, Kwarashi* —pronunció.

—¿Cómo? —le pregunté.

—Son las palabras que guardo. *Pua, Kawa, Sisu, Parana, Kwarashi* —repitió, y acercó el azucarero a su café. Echó dos cucharitas, las removió pausadamente—. Son palabras de mi mamá, de la lengua en que me hablaba.

Su madre había pertenecido a la nación de los omagua. Una varicela la mató cuando Ilana tenía cinco años. De su padre se decía que era uno de los últimos buscadores de caucho arribados a Loreto. Nada más conocía de él. No sabía de qué manera ellos dos se encontraron, ni en qué circunstancias la engendraron, aunque no era difícil de imaginar.

Cuando la expedición de Orellana arribó al Amazonas, los omagua eran una nación que se expandía por ríos y cuencas interminables. Y de repente sobrevino el cataclismo. Diezmados desde los tiempos de la Colonia, la explotación del caucho les supuso el ramalazo final. Quienes sobrevivieron se fueron diluyendo en otros pueblos y muchos sucumbieron ante enfermedades que les eran extrañas. Los últimos que quedaban en Erabamba no habían sabido qué hacer con Ilana. Antes de huir selva adentro, la entregaron a la misión que las dominicas tenían en el pueblo.

—*Pua, Kawa, Sisu, Parana, Kwarashi* —volvió a pronunciar y me desafió—: A ver, repítelas.

La miré perpleja. Solo recordé *Pua*.

—¿Sabes qué significa?

Negué con la cabeza, dudando si debía meterme en la boca el trozo de galleta que tenía en las manos.

—Eran miles de palabras —sentenció e hizo revolotear su mano izquierda en el aire—. Y el bosque estaba ocupado por miles y miles de omaguas. Y el río por miles y miles de sus barcas. ¿Puedes imaginar?

Devolví mi galleta al plato, volví a negar con la cabeza, bajé la mirada a mi taza de café. No podía imaginar.

—Miles y miles desde el bosque y el río estarían mirando pasar el barquito de españoles asustados, hambrientos y cubiertos de pelos —prosiguió Ilana—. Con pena los mirarían. ¿Qué iban a imaginar lo que después iba a pasar? ¿Tú habrías imaginado?

De awajunes, shipibos, machiguengas, piros y asháninkas conocía algunas historias y creía que habían sido los únicos pueblos que se habían extendido ampliamente por la Amazonía peruana. De los omagua no sabía nada. Hasta ese día. Hasta que llegué a esa casa.

—¿Dónde habrá más palabras? —preguntó Ilana—. Mi mamá se llevó muchas. Y ahora, en este bosque solo quedo yo. *Kawa*.

Cuando el boom del caucho se desinfló, a Erabamba comenzaron a llegar gentes de lejanas ciudades solicitando con papeles notariales la cesión de terrenos baldíos, aunque no eran baldíos.

—Así llegó Blas Girán a estas tierras —me contó Ilana—. Pero ya era un poco tarde, solo consiguió cien hectáreas. Nosotros estábamos antes, pero nosotros no hablábamos en papel, entonces solo quedamos como mano de

obra, o quedamos muertos. Y solo nos quedaron algunas palabras.

A los diez años huyó de la misión y por un tiempo se dedicó a servir de ayudante en los mercados a cambio de comida; un par de años más tarde pasó a ofrecer su mano de obra de una finca cafetalera a otra. El trabajo era abundante y las pagas eran mejores, pues los granos de café eran llamados oro rojo en esos años.

—Ahora los aventureros vienen por el oro verde de la coca, pero no lo usan así; se lo llevan como polvo blanco.

Me hablaba en un castellano fluido, con una musicalidad muy particular. Me preguntaba si esa música era suya, o si venía del idioma que tuvo, de un idioma extinguido ya en las voces de Erabamba.

—*Pua, Kawa, Sisu, Parana, Kwarashi* —repitió con determinación—. Para qué habría guardado yo esas palabras; para qué los Girán habrían llegado de tan lejos; para qué has venido tú desde el Cusco si al final todos se olvidarán de Erabamba, como ya se olvidó el nombre viejo que antes tenía. ¿Para qué?

Empecé a sudar. El café seguía caliente, la temperatura subía y el tiempo para alcanzar mi avioneta a Lima se recortaba.

—¿Para qué? —murmuré. De mi frente, una gota de sudor cayó sobre la mesa. Tomé la servilleta de papel y la borré. Ilana me miraba.

—¿Qué significan esas palabras? —le pregunté.

—Mano, bosque, estrella, río, sol —tradujo, como una cascada.

Las repetí en voz baja. Con una mano podía arrancar estrellas de vidrio incrustadas en el cielo pero no sabía si valía la pena. Con la mano nunca he podido tocar estrellas de verdad. *Sisu*. Levanté la derecha y no podía siquiera agarrarme al aire fresco que entraba por la ventana.

Me marché mirando continuamente hacia atrás; en cada vuelta, hasta que doblé la esquina que me puso sobre la carretera, pude ver a Ilana apostada en el portón de metal, diciéndome adiós con una mano en alto. Quería llorar y lloré, sobre mi cara empapada de sudor. Me estaba arrancando del Corazón de la tierra. Al perder de vista a Ilana, y a la casa, y a aquel sendero resguardado por altos frutales, empecé a correr, levantando polvo sobre los pasos andados, sudando y sudando.

De regreso en Lima, pasé tres semanas como si nada del otro mundo hubiera ocurrido. En la oficina estuve concentrada en mi trabajo gran parte del tiempo y por las noches, en casa, Emilio y yo vivimos un reencuentro exaltado, nos reíamos mucho, como si estuviéramos pasando una luna de miel. A nadie le mencioné una palabra que revelara algún paisaje extraño de mi viaje a Erabamba. Ni siquiera a mi jefe, que conocía del flirteo de mucha gente del pueblo con el narcotráfico, le comenté sobre las avionetas nocturnas ni sobre los panzones de gafas oscuras que a tempranas horas de la mañana recibían masajes de jovencillas en bikini en la Ribera Azul. Una sensación de vulnerabilidad me empujaba a encerrar cualquier palabra que evocara los secretos de Aira. Cuando llamé a Cusco para saludar a papá, lo único que admití es que después de ese viaje, yo también me sentía parte de la selva.

—Qué bien que me hayas heredado eso —comentó.

Quise contarle más cosas de Erabamba; nada de Aira, eso lo tenía claro; pero sí quise hablarle del parque de pacayes, de los caminos flanqueados por árboles de mangos; de cómo allí los campesinos mantenían a flote una cooperativa exportadora de café y empezaban a exportar tés orgánicos.

—¿Y qué pasó que ahora te sientes hecha una shipiba? —me preguntó.

Me puse nerviosa. Solo atiné a reírme.

—¡Una awajún! —le respondí—. Ya te contaré más de Erabamba cuando vaya a visitarte.

—¿Y cuándo será eso?

—Pronto, lo prometo.

De vuelta en la oficina, tecleaba mis reportes de excavación con bastante cuidado; en los días de escaso sol recorría las cortinas y tomaba más café que de costumbre. Seguía empeñada en actuar como si en Erabamba nada insólito hubiera ocurrido, aunque tanto en casa como en la oficina, las imágenes de Aira, Ilana y Blas Girán irrumpían como un viento intermitente. En un momento se me ocurrió llamar a mi hermana y contarle lo que había descubierto. Deseché la idea. Temí que no guardara el secreto; un secreto que estaba convencida solo podría herir más a mi padre.

Faltaban dos días para que partiera a una evaluación técnica en el norte;

las manos me picaban. Busqué por internet el nombre de Jacobo Girán. Jacobo, así se llamaba el hijo menor del hijo que Aira tuvo en Erabamba, era el único de esa familia que permanecía viviendo en el Perú. Jacobo. Ese desconocido llevaba puesto el mismo nombre que mi primo más querido en el Cusco. Puro azar. Su nombre estaba registrado en una red de profesionales como economista del Ministerio de la Producción. En algunos sitios aparecía su foto. Este Jacobo era otro que se parecía a Aira, otro más que se parecía a mi padre, otro que parecía pariente mío.

«Cómo es la genética, mierda», le escribí desde mi cuenta falsa y sin pensarlo dos veces le di a enviar. Me eché a reír. Cuando se me pasó la locura, me puse verde de preocupación, imaginando la posibilidad de que él pudiera rastrear la computadora de la que le habían mandado el mensaje.

«Lo siento, soy una mujer patética, no te volveré a molestar», le escribí en un siguiente mensaje. Apagué mi computadora, me puse a dar vueltas por la sala. De repente, me sentí invadida por la angustia. Frente a mí distinguí los restos de una polilla que hacía mucho había estampado contra la persiana y que una y otra vez olvidaba limpiar.

Cuando Emilio llegó a casa, me encontró detenida en la oscuridad, con un trapo en la mano.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —me preguntó.

—Estoy muy bien —le respondí cortante y me retiré al baño.

Nuestra luna de miel había concluido.

A mi regreso del norte, el frío y la humedad se habían intensificado en Lima. Abrí una ventana de la sala con la pretensión de tocar la neblina. Al mirar abajo, lo único que conseguí fue el vértigo. Dos horas antes, en el vuelo de retorno, asumí que no tenía otra opción que buscar a Patricio. Hacía por lo menos diez años que no lo veía, y hacía más tiempo que nos habíamos alejado. Sin embargo, a la distancia había ido viendo cómo se transformaba y de qué manera ascendía y ascendía en las carreras por la plata y el poder.

—¿A qué se debe este milagro? —dijo al verme.

Sonreí y me sentí muy incómoda al responder a su abrazo.

—Sí, pues, tantos años sin vernos —comenté, mientras tomaba asiento en el sofá de su despacho.

—Muchos —repuso y, acostumbrado como debía estar a que antiguos amigos y conocidos lo buscaran para pedirle favores, no demoró en despejarse las dudas.

—Cuéntame, Rada, ¿a qué debo el privilegio de tu visita?

—Patricio, necesito información de archivos de propiedades concedidas por el Estado el siglo pasado.

—Qué bueno que no te vayas por las ramas, aunque ni siquiera has cumplido con el formalismo de preguntarme cómo estoy.

—Estás muy bien, ¿no?

Sonrió y se quedó mirándome unos segundos.

—¿Qué crees? —repuso.

—Mal no se te ve.

—Bueno —prosiguió, devuelto a la seriedad con la que me había recibido—. Ahora puedes seguir explicándome cómo te puedo ayudar.

Aduje que necesitaba información de un siglo atrás sobre propiedades concedidas por el Estado a particulares en la selva norte y no tenía la menor idea de dónde buscar.

—Ni siquiera sé si hay algún archivo sistematizado sobre esos asuntos —agregué.

—Sistematizado es pedir demasiado —señaló él—. Pero primero

cuéntame de qué se trata.

Dije que buscaba información sobre concesiones en Loreto, específicamente en la provincia de Alto Amazonas, porque estaba haciendo excavaciones por la zona de Erabamba y nos habíamos encontrado con problemas de propiedad sobre los terrenos arqueológicos.

—Qué alivio, Rada, que vengas por un asunto público y no personal —me respondió—. Si quieres que te confiese algo, me estaba temiendo que se tratara de algún favor tipo empleo o que te ayude a saltar algún procedimiento administrativo. En ese caso, con ganas te hubiera dicho que no.

Me eché para atrás en el sillón. Él se quedó callado un rato, examinándome como si fuera una fruta que viene con buenas apariencias aunque por dentro su jugo sea amargo.

—Tú hace años que me miras por encima y hubiera querido decirte que no quiero hacerte ningún favor —afirmó—. Pero sabes, hoy me siento buena gente, y como se trata de un asunto de interés público, veré cómo te puedo conseguir esa información. Todo sea por el bien común —dijo esto y abrió una sonrisa irónica.

—De eso se trata —afirmé.

—Dame un minuto.

Por su intercomunicador, transmitió mi consulta a una asistente y le pidió un par de cafés.

—Espero que te siga gustando el café, y supongo que no te opondrás a tomarte uno conmigo —señaló, haciéndome un guiño.

Sonreí y lo hice con franqueza.

—*Yo era un hombre bueno, si hay alguien bueno en este lugar* —canturreó de repente.

Bajé la mirada. Sus zapatos lucían impolutos, igual que su traje, nada que ver con las pintas con las que andábamos a los veinte años.

—*Pagué todas mis deudas, pagué mi oportunidad de amar* —proseguí la canción y hubiera querido volver a la tarde de agosto de 1990, cuando frente al río de silencio nos descubrimos como unos chiquillos banales y estúpidos, confrontados por una caja de cerveza, pero todavía inocentes.

Durante los cuatro años que estudié Derecho él había sido uno de mis mejores amigos y lo siguió siendo hasta aquel viaje a Quillabamba en que lo

vi decidido a romperme el corazón. De lejos, seguí admirando su radicalismo político, era algo que me asustaba y desafiaba a la vez. Quién sabe nuestra complicidad pudo haberse renovado, pero a fines de 1992 llegó la noticia imposible de que el Pato, recién graduado y sin ninguna experiencia profesional importante, estaba asumiendo el cargo de uno de los fiscales adjuntos expulsados por Fujimori de la Corte del Cusco. No hizo ningún esfuerzo por explicarnos por qué había aceptado esa designación. Camaleón. Sus padres se mostraban orgullosos porque se hubiera enrolado en el camino del éxito. Quienes guardábamos la imagen del Patricio inconformista nos habíamos sentido confundidos, traicionados. Con el pasar de los años, una solo podía observar estupefacta su capacidad para ir sorteando cambios de gobierno sin que nada perturbara sus ascensos. Como un gato montés, poco antes de la caída de Fujimori, hizo guiños democráticos, giros laborales y durante el gobierno de transición ya estaba de nuevo bien colocado. Todo lo que vino después solo fue subir y subir, siempre con un perfil discreto, siempre asesorando a los poderes públicos y privados, siempre manejando hilos y cuerdas y tramas invulnerables.

—¿Recuerdas nuestra última guitarreada? —le pregunté.

—Mmm, creo que no.

—Agosto de 1990, la noche previa al shock de Fujimori, ¿no te acuerdas? Me miró con seriedad.

—Hace siglos, entonces —repuso—. ¡Pucha! ¡Qué viejos estamos, Rada!

Habían pasado veintitrés años desde aquel día. Una joven secretaria apareció portando un traje corto y entallado, también una bandeja con los cafés. Él la miró de una manera que me recordó a los gordos de gafas oscuras de la Ribera Azul. Patricio lucía un cuerpo esbelto, vestía con elegancia y aparentaba menos años de los que tenía. Mientras removía el azúcar en mi café, pensé en Emilio, con sus gafas gruesas, mucho más canoso y en menor forma, sin embargo emergía como un aire fresco. No presté atención a lo que Patricio le había dicho a su secretaria. Cuando levanté la vista, los dos se estaban sonriendo, ella estaba inclinada, con la cucharita removía el edulcorante en su café. Los paisajes de Lima que se ofrecían desde los ventanales de aquel despacho eran extremadamente distintos a los que nos reunieron a Emilio, a Patricio y a mí a los diecisiete años. Tomé un sorbo de café. Asumí que el Pato se había extinguido y yo me mantenía viva; lo estaba visitando en su esplendorosa tumba, pero como él no era el fantasma de

Canterville, iba mentirle todo lo que fuera con tal de que me consiguiera la información que necesitaba. Nada más.

Él volvió a prestarme atención e indicó a su asistente que se marchara.

—¿Tú crees que yo he cambiado, verdad? —me cuestionó en cuanto nos quedamos solos.

En sus ojos de gato no había reflejos de duda. Asentí.

—Hay algo en lo que yo nunca he cambiado, Rada. Siempre he luchado porque nadie me pise, jamás he aguantado que otros tomen decisiones sobre mi vida. ¿No crees que de todos nosotros he sido el más fiel a ese principio?

De regreso en casa, le pedí a Emilio que perdonase mis continuos cambios de humor, el pésimo genio con el que andaba las últimas semanas. Me miró extrañado, me preguntó si no habría tomado algunas copas de más. Estuve a punto de responderle de mala manera, pero me contuve. Él rio y me siguió mirando con extrañeza.

—¿Te das cuenta de que es la primera vez que me pides disculpas por tus continuos cambios de humor? —comentó.

—¿Pero te gusta o te disgusta que te pida esas disculpas? —le pregunté.

—Me gusta —repuso con frescura, sin moverse del sofá donde había estado leyendo el periódico. Luego añadió—: ¿Puedo preguntar qué milagro ha motivado este cambio?

El enfado me volvió a ocupar. No sabía si se estaba burlando de mí o si esa pregunta iba en serio:

—¿Te estás burlando de mis disculpas?

—No, y no quiero que vuelva a saltar la furia contenida que llevas dentro.

—¿Furia contenida, yo?

Se quedó mirándome unos segundos, después devolvió la vista a su periódico, sin hablar más.

—Sí, furia contenida —me respondí a mí misma y me derrumbé sobre una silla.

Emilio cerró su periódico y me preguntó qué me estaba ocurriendo. Empecé a llorar. Se acercó a mi lado y me acarició la cabeza.

—¿Quieres agua? —propuso.

—Esta tarde fui a buscar al Pato; a Patricio Rueda.

Ya no le escondí nada de las razones que motivaron esa visita.

Patricio me llamó dos días después y me pidió que volviera a su oficina. Sin convidarme ningún café, me dijo que en el Ministerio de Agricultura había identificado al funcionario que me podría proporcionar esos archivos, me advirtió que estos probablemente no estaban completos y sobre todo me demandó que le asegurase que mi interés por tal información obedecía a razones profesionales.

—Verás, Rada —me dijo—, la información sobre propiedades cedidas por el Estado a particulares es un asunto delicado y, como te conozco un poco, no quisiera que estés metiendo las narices en las denuncias que los ambientalistas están levantando en Alto Amazonas.

Me quedé sorprendida. Al llegar a Erabamba había oído un rumor sobre el conflicto que se había abierto en un distrito vecino porque el Estado había concedido territorios indígenas para la explotación de hidrocarburos a una empresa china, pero no obtuve mayor información, encerrada como andaba en el campamento.

No tuve que mentirle a Patricio para asegurarle que eran otras mis intenciones para indagar en esos archivos. Inventé que no sabíamos si podríamos ampliar nuestras exploraciones pues aparentemente aquella zona había sido concedida a un particular hacía casi un siglo, y si este era el caso, tendríamos que averiguar si esas tierras habrían sido declaradas en abandono, sino vernos obligados a ubicar a sus descendientes para gestionar permisos. Añadí que estaba convencida de que ese lugar tenía un enorme potencial — algo que no dejaba de ser cierto— y podía albergar evidencias que sacudirían las teorías sobre las antiguas culturas amazónicas. Él me miraba fijamente a los ojos. Al final actuó como si me hubiera creído.

Ilana y sus cinco palabras. En las dos tardes que pasé revisando esos archivos descubrí que hasta la primera mitad del siglo XX, y al menos desde el momento en que se establecieron registros oficiales sobre los territorios amazónicos, el Estado había otorgado gigantescas extensiones a quien quiera tuviera suficientes contactos como para adquirirlas a cambio de minucias, o con la simple promesa de crear desarrollo económico con la explotación de esas tierras ociosas. Ociosas, baldías, despobladas, ultramontanas, salvajes; esos eran los términos más utilizados para justificar la entrega de tierras.

Todo redactado en castellano, en ninguno de esos papeles encontré rastro de las cinco palabras de Ilana, ni tampoco una sola mención de shawis, awajunes, lamas, omaguas. Las concesiones no habían parado en la segunda mitad del siglo XX, aunque para entonces requerían de tramitaciones más complejas. Hubiera querido seguir hurgando en esos papeles, pero un funcionario pálido como un muerto entraba continuamente a la sala para vigilar mis lecturas, y más cerca estaba una secretaria, aposentada en un escritorio de manera permanente. Además, debía recordarme que otro había sido el motivo de mi visita a esos archivos. Al día siguiente me sumergí de lleno en la búsqueda de papeles que hablaran de Blas Girán.

En abril de 1938 el ciudadano Blas Girán del Valle, de veinticuatro años, natural de Celendín, Cajamarca, soltero, de profesión ingeniero agrónomo, había acudido al ministerio para solicitar la adjudicación de 103 hectáreas en Erabamba, en la provincia de Alto Amazonas, departamento de Loreto, cuyo dueño anterior había abandonado hacía más de veinte años, incumpliendo así el trato de propulsar la economía local por el que recibiera esas tierras del Estado. En diciembre de aquel año, el gobierno había resuelto a su favor estableciendo una serie de consideraciones para que el nuevo propietario garantizase la producción de café propuesta, de cuya comercialización dentro y fuera del país, el Estado recibiría un margen de beneficios, etcétera. Hubiera querido seguir hurgando en la historia de ese terreno, pero tuve que cerrar página, literalmente, para tratar de entender de qué manera ese hombre, Blas Girán, nacido tan lejos del Cusco y afincado tanto más lejos aún, pudo haber conocido a Ayda Rado de Ruiz, de modo que ella le hubiera puesto su nombre al hijo que tuvo en el Cusco en 1936.

Regresé a casa confundida, deseando olvidar por un tiempo esas historias, decidida a vivir más en el presente, aunque por donde mirase me parecía hallar cafetales y los nombres de Erabamba. A las ocho de la noche Emilio todavía no había llegado. Me serví una copa de vino y desde nuestras ventanas del noveno piso me quedé contemplando la ciudad.

Pocos días después, mi hermana me llamó atribulada. Presentía que papá estaba en las últimas y me pidió que no tardase en viajar al Cusco. El mismo sábado que tomé el avión para ver a mi padre, por motivos de trabajo Emilio abordó un vuelo más largo a Madrid; luego tomaría unos días para visitar a su hijo en Londres. Su relación estaba en un punto muy tenso y hacía un año que no se veían. Cuando nos despedimos, parecía claro que a nuestro retorno algo definitivo habría cambiado en nuestras vidas.

Estaba viendo una película de samuráis con mi padre cuando una fiebre súbita comenzó a acometerlo. Intenté bajarle la temperatura colocando pañuelos empapados en vinagre en la frente. No surtió efecto. Empezó a delirar, pronunciando una sucesión de frases ininteligibles. Llamé al médico y estaba llamando también a mi hermana cuando las palabras de su delirio tomaron forma. Mi nombre creí escuchar, también el de mi hermana, hasta que me di cuenta de que era el nombre de su madre, completo, el que estaba pronunciando. Ayda Rada. La estaba llamando, le preguntaba por qué no volvía. Me aproximé a su lado para entender mejor lo que decía. Solo burbujas, me pareció entender. Recordé las fotografías de Aira y sus hijos en Erabamba. Tuve ganas de vomitar.

Con las gotas que el médico le administró, la fiebre empezó a bajar. Aun así, esa noche el enfermero se ocupó en controlarle varias veces la temperatura. Al día siguiente lucía frágil, pero restablecido. Mientras almorzaba, le hablé sobre su delirio y le pregunté si acaso recordaba las imágenes o sueños que pudo haber tenido. Dijo que no. Le conté que había nombrado varias veces a su madre. Me miró extrañado, incómodo. Me acerqué un poco más al borde de su cama e insistí:

—¿En verdad no recuerdas nada?

—No —ratificó.

Alcancé otra cucharada de sopa a su boca. La sorbió lentamente, después no quiso más. Cuando estaba retirándome a la cocina con la bandeja, habló:

—Una vez volvió.

—¿Qué? ¿Quién volvió?

—Ella. Una vez volvió.

—¿Volvió? ¿Tu mamá? —le pregunté y coloqué la bandeja sobre una mesilla.

Me miró fijamente e intentó erguir la espalda.

—No creas que he perdido la cordura —me dijo—. Solo estoy jugando con las palabras.

Sonreí. Cuando Ayda y yo éramos niñas nos encantaba jugar a los acertijos con nuestros padres. Uno decía algo que podía significar varias

cosas a la vez y los demás trataban de adivinar de qué se trataba a través de preguntas. En ocasiones el juego se prolongaba indefinidamente, pero no cabía hacer trampa. Quien hubiera lanzado el acertijo inicial, no podía cambiarlo a medio camino, aunque solo él o ella supiera de qué se trataba. Era una cuestión de honor jugar limpio.

—¿Quién volvió jugando? —pregunté.

—No he dicho que volviera jugando —respondió.

—¿Volvió llorando?

—Tampoco, tampoco —repuso él.

—¿Volvió cantando?

—Más o menos.

—¿Volvió como una canción?

—Muchas veces canción fue, pero no volvió así.

—¿Cómo volvió entonces?

—Como una gota de agua se parece a otra.

—¿Quién era esa gota, papá?

—A ver, ¿de quién hemos estado hablando?

—¿Esa gota volvió a través del agua?

—Mmm. Me parece que no.

—¿Cómo volvió entonces?

—Como una mujer que visita a su sobrino en la cárcel.

Lo miré con sorpresa. No estaba entendiendo nada.

—¿Será que estás hablando de tu tía Gertrudis?

—No.

—¿De quién estás hablando entonces, papá?

—¿Ya no quieres jugar, Rada?

—A mí me gustaría jugar todo el santo día.

—A mí también —repuso—. Pero creo que tú ya no quieres jugar más, ¿verdad?

—Quiero que me cuentes de la mujer que volvió.

—¿De esa gota de agua?

—Sí.

Esa gota había aparecido bajo el nombre de Mayra Santisteban. Era mayo de 1966 y papá llevaba más de seis meses en la cárcel. Él no sabía de qué manera había logrado que le permitieran visitarlo a media semana, sin tener que aguardar al día sábado. Se presentó como prima lejana de Ayda Rada; pero le dijo que ante todo fueron amigas íntimas en la infancia. Habían compartido muchos momentos de niñas, cocinando en ollitas de barro sobre hornos de barro también diminutos, haciéndose trenzas una a la otra, jugando en el río. Se separaron a los once años, cuando el padre de Mayra decidió buscar mejor fortuna en la selva norte del país, que en aquellos años era como marcharse al otro extremo del mundo. Le dijo que hacía poco tiempo se había enterado de la muerte de Ayda Rada, y al saber que su hijo estaba en la cárcel, había deseado visitarlo.

—Yo la escuchaba, asentía a todo lo que me decía —me contó papá—; pero llegado un momento, sentí agobio. Quería que esa mujer se marchara y no apareciera más.

—¿Por qué?

—¿No sabes por qué? —me preguntó, como si quisiera que volviéramos a los acertijos. Negué con la cabeza. Él prosiguió—: Era demasiado parecida a María Félix. Creí que esa mujer no era mi tía sino mi madre. Jugué pensando que estaba regresando de la muerte arrepentida por haberme dejado, pensando que no la reconocería, creyendo que estaría dispuesto a perdonarla, y si esa era mi madre yo no quería verla viva.

Los perfiles de la habitación empezaron a desdibujarse. Tuve que sujetarme del marco de la puerta.

—¿En verdad se le parecía tanto? —inquirí, esforzándome por recuperar el equilibrio.

—A la mujer que yo había dibujado como recuerdo sí. Además, su voz sonaba como la de mi mamá, tal como yo la recordaba cantando *El sol es mi padre, la luna es mi madre*. Pero esa mujer no era mi madre. La que se ahogó en el lago, ella sí.

Blas, mi padre, no podía saber del escalofrío que me estaba atravesando.

—Nunca como en ese momento sentí la muerte de mi madre como un abandono —prosiguió—. Qué injusto sentir eso, ¿no?

Me acerqué a su lado y le pasé una mano por la frente. No había rastros de fiebre.

—Creo que esa prima de mi mamá se dio cuenta de lo que me estaba ocurriendo y la pobre no sabía qué hacer. No podía mirarme a los ojos. Yo mantenía la vista fija en ella, como si tuviera que rendirme cuentas de algo. Qué pena haber actuado así, ¿no?

—Tú no estabas bien allí dentro, papá —musité—. Seguramente ella comprendía la situación. Pierde cuidado. No te apenes por eso.

—No te imaginas, Rada, cómo se parecía Mayra Santisteban a mi madre, Aira.

Aira. Había pronunciado esa forma de su nombre. Sentí angustia, tomé una revista y lo abaniqué. Como si tradujera mi inquietud, siguió:

—Lorenza me contó una vez que yo llamaba Aira a mi mamá. Suena bonito, ¿verdad?

Asentí. Con la revista me abaniqué también.

—¿Y de qué más hablaron Mayra y tú? —le pregunté.

Él tosió. Después se quedó callado. No me moví de su lado, salvo para ayudarlo a acomodarse sobre las almohadas.

—¿Y qué más se dijeron? —insistí.

—Le pregunté por su familia —repuso y volvió a quedarse callado.

—¿Qué te dijo?

—Me contó que tenía dos hijos, varón y mujer. Se la veía nerviosa, en un momento se puso a llorar. Me pidió que la perdonara por haber demorado tanto en visitarme.

Él le había agradecido por la visita y le había dicho que no tenía por qué disculparse, pues muchos amigos cercanos le habían dado las espaldas y ella más bien se había dado la molestia de ir a verlo sin apenas conocerlo, por el solo recuerdo de Ayda Rada. «No es solo por eso», le había dicho esa mujer.

—Vivía en un lugar que también era una bamba— recordó papá—. Una bamba que no me sonaba de nada.

—¿Ah, sí? —repuse, tratando de disimular la tensión que esa palabra me provocaba—. ¿No recuerdas cómo se llamaba la ciudad donde vivía? ¿No sería Moyobamba?

—No. Ni tampoco era tu Erabamba.

«Este mundo es muy injusto», había repetido varias veces Mayra Santisteban aquella tarde de 1966. Se despidieron dándose la mano a través

de la reja.

—¿Quién sería esa mujer, no? —inquirió papá.

—¿Nunca más volvió?

—Nunca más.

—Rara visita —opiné.

—Rada visita, tal vez —repuso él y rio.

—¿Rada?

—Sí, muy Rada.

—¿Ah, sí?

—Sí, Rada, muy rara.

Quise auscultar qué estaría pasando por su cabeza, pero no fui capaz de elucubrar una pregunta sagaz. Las piernas me volvían a flaquear.

—En la cárcel —prosiguió él—, cuando uno logra dormir a fondo, brotan sueños muy extraños. Quién sabe, angustiado como andaba, pensando tantas cosas que nunca habían pasado por mi cabeza, aluciné con esa visita y cuando esa Mayra me visitó la pinté como si fuera mi madre. Pero no era... —dijo esto último en un murmullo y su mirada se desdibujó.

Una alucinación carcelaria. Esa fue su conclusión. Meses más tarde, cuando recuperó la libertad, le habló de esa visita a Lorenza, que era la única que podía haber conocido a esa amiguita de infancia. Su nana le había dicho que no la recordaba. No obstante, algunos días después, afinando la memoria quizás, le había dicho que había recordado a esa niña y que, en efecto, compartía un aire con Ayda Rada, tal vez porque ambas andaban siempre con trencitas, o acaso porque eran primas lejanas.

—¿Cómo es la genética, no? —comentó papá.

Traté de imaginar a dos niñas de trenzas jugando a la comidita en ollitas de barro, cantando las mismas canciones, jugando al borde del río. Dos chiquitas de trenzas parientes lejanas. Intentaba imaginarlas, pero solo veía una.

III

EL AGUA

En su testamento, papá dejó claramente establecida la disposición de sus bienes, mas ninguna palabra sobre la propiedad de su cuerpo. Ayda y yo queríamos incinerar sus restos y enterrarlos bajo un algarrobo en Mándor, cerca del Vilcanota, como recordábamos había deseado alguna vez, hacía muchos años, cuando estaba saludable. Su viuda se oponía a la incineración, quería enterrarlo en uno de los camposantos de las afueras de la ciudad, para tener dónde llevarle flores. Aunque pasamos largas horas discutiendo qué hacer, al final optamos por la opción salomónica: tras el velatorio, incineramos el cuerpo en una ceremonia privada y repartimos las cenizas en dos. Cada cual haría lo que quisiera con la parte que le había tocado.

Mientras preparábamos el viaje a Quillabamba, el cofre de cedro que guardaba sus restos parecía interrogarnos. Imagino que en la casa de Magda el otro cofre también estaría dispersando inquietudes, pues la tarde previa a nuestra partida, ella apareció de repente en casa de mi hermana. Señaló que venía por un asunto puntual y durante unos minutos se resistió a pasar a la sala. Cuando lo hizo, de una bolsa de tela extrajo su cofre.

—Me angustia que su cuerpo esté partido —dijo—. Creo que Blas descansará mejor en la selva que en la sala de mi casa.

Aguantó las lágrimas y no quiso recibir ni un vaso de agua. Nosotras nos quedamos mirando el cofre y le dimos las gracias. Ayda la invitó a venir con nosotras a Quillabamba.

—Me gustaría —repuso—, pero no soporto la idea de verlo hecho cenizas. Además, me mareo mucho en los viajes y sé que la carretera a Quillabamba está llena de curvas.

Magda continuó, nos dijo que a su hijo sí le gustaría acompañarnos.

—Por supuesto que puede venir —afirmó Ayda.

—No deja de ser un muchacho tímido —añadió Magda y ya no pudo contener el llanto.

Mi madre, que había estado escuchándolo todo desde la cocina, se apresuró a aparecer con un vaso de agua. Magda se calmó y volvió a hablar:

—Blas le contó de sus años de rebelde en Quillabamba, pero por un motivo u otro, nosotros nunca viajamos allá con él. Ahora, aunque sea un

poco tarde, será una ocasión especial para que Rodrigo vaya, ¿no?

Me senté a su lado y le tomé la mano.

Esa misma tarde, después de varios años dándole largas a la idea, acudí al Museo Inca. Utilizando una carta de presentación que el Ministerio de Cultura me había otorgado para acceder a distintos archivos históricos, accedí a sus depósitos. En un correo electrónico, Rita me había indicado en qué lugar podría encontrar al felino de Vitcos. No había quedado invisible en una caja de cartón. Lo encontré en una pequeña urna de cristal, entre un conjunto de piezas líticas del periodo Vilcabamba. Nadie lo había estudiado, no había información sobre sus características ni origen. Solo un código en el papel pegado a la urna indicaba que había pasado por un proceso de clasificación. Acerqué una mano al cristal. Tal como recordara la pieza hallada más de veinte años atrás, la cabeza del felino podría caber en mi palma. Sus grandes ojos y su dentadura volvieron a sacudirme.

Por la noche, antes de dormir, escribí por primera vez al email de Eduardo Girán.

Salimos temprano para llegar a Quillabamba a la hora del almuerzo, allá nos reuniríamos con un grupo de viejos líderes campesinos de La Convención. Para el velatorio de papá, tres de ellos llegaron a Cusco. Cuando les contamos que teníamos pensado enterrar sus cenizas en Mándor, nos dijeron que ese día les gustaría acompañarnos.

Las dos primeras horas del viaje las pasamos escuchando rancheras y boleros, a ratos cantábamos. Al sobrepasar los 4000 metros de altura, las curvas se multiplicaron. Uno tras otro comenzamos a vomitar, maldiciendo en cada parada a Fujimori y compañía por haber desbaratado la vía férrea que, a ras del río, antes permitía llegar de Cusco a Quillabamba con paradas intermedias en Machupicchu y otros pueblos del camino. Era la primera vez que Ayda y su esposo pasaban por esa carretera; no habían vuelto a Quillabamba desde 1996, en su viaje de luna de miel al Pongo de Mainique, por tanto eran los que más despotricaban contra Fujimori.

—Devuélveme mi tren o te maldigo de nuevo—advertía mi hermana cada vez que avistaba una curva.

A inicios de 1998, pocos kilómetros más allá de Machupicchu, una avalancha arrasó con dos puentes de la vía férrea. A fin de facilitar una privatización que parecía un regalo, en lugar de rehabilitar los puentes, el gobierno ordenó desmantelar más de ochenta kilómetros de rieles del tramo Machupicchu-Quillabamba, prometiendo a las poblaciones del camino la construcción de una carretera. La empresa compradora se adjudicó únicamente la gallina de los huevos de oro, el tramo Cusco-Machupicchu, sin tener que cargar a costas con los pueblos asentados en el siguiente tramo. Con el pasar de los meses, estos quedaron aislados y descubrieron que la promesa de la carretera había sido una estafa, mientras el resto del mundo perdió una ruta de tren que a bajo costo, sin mareos ni riesgos cardíacos, permitía divisar nevados y sierras escarpadas que paulatinamente cedían paso a bosques y trópicos, en un recorrido paralelo a un afluente del Amazonas.

En agosto de 2013, la antigua carretera de altura había terminado de ser asfaltada y en el descenso hacia la selva no nos vimos recubiertos de polvo, como me había ocurrido unos años atrás. En medio de las nubes que atravesaban la pista, podíamos distinguir grupos de turistas que bajaban por

esas curvas en sus bicicletas de montaña. Cuando a lo lejos divisamos el río Vilcanota, empezamos a quitarnos casacas y bufandas. Cada vez hacía más calor y con el calor fueron apareciendo nuevos y antiguos pueblos. Vendedores de té y hierbaluisa en Huayopata; vendedoras de granadillas y plátanos en Santa María; vendedores de café, cacao y mangos en Maranura; en diversos lugares chiquillos jugaban fútbol y vóley al borde de la carretera. Aunque la reforma agraria no había sido un éxito, por esos caminos ya no deambulaban peones desarraigados sin libertad para comprar, vender o disponer a su antojo de sus productos y su tiempo.

Quillabamba había crecido vertiginosamente a la par que se multiplicaban los comercios a lo largo de la pista de entrada. La construcción de edificios de más de cinco plantas y la abundante presencia de mototaxis por sus calles también estaban transformando su fisonomía tradicional; no obstante, no había perdido su aroma tropical. Mi madre observaba los nuevos paisajes en silencio. De la familia materna que tuvo allí, solo quedaba una prima a quien no veía desde hacía diez años. Imagino que estaría recordando los muchos viajes que hiciéramos a Quillabamba cuando todavía estaba casada con papá y nos pasábamos el día bañándonos en el río, jugando al dominó o tomando helados de fruta en casa de mis tíos. Allí se habían conocido ellos dos. Sin Quillabamba, mi hermana y yo no hubiéramos existido. Al momento de pasar por la plaza, no pudo reprimir unas lágrimas. Con la mano se las secó rápidamente.

Asunción Rojas, Nicanor Córdova y Cayetano Chumpi, los antiguos dirigentes campesinos que habían acudido al velorio de papá, nos estaban esperando en el hotel. Nos apresuramos en dejar nuestro equipaje en las habitaciones y casi de inmediato bajamos de vuelta a la recepción.

—¿Y el doctor no va a venir con nosotros? —nos cuestionó Nicanor.

Sin dar mayor réplica, Ayda subió a su habitación y volvió con las cajas de cedro. En la camioneta, partimos hacia el Sambaray, una ribera de recreo ubicada a pocos kilómetros de la ciudad. Mientras pedíamos el almuerzo en un restaurante, los tres amigos de papá se fueron a sentar con sus cenizas en unas rocas de la orilla. De lejos los oíamos charlar en una mezcla de quechua y castellano con él.

—Ahora sí vas a descansar bien, doctor —le oí decir a Asunción.

Durante el almuerzo, hablaron del río, de cómo era lo único que no había cambiado, mientras ellos envejecían contemplando a sus hijos y nietos, cada

vez más ocupados en ganar dinero, los más jóvenes deseando olvidar los tiempos en que sus abuelos eran peones que luchaban por la tierra. Por la tarde, se fueron con las cenizas a la oficina de Ernesto Quispe, abogado sindicalista asentado en Quillabamba desde hacía cinco décadas. Nosotros tomamos una siesta en el hotel.

Antes del atardecer, acompañamos a mamá y a su prima Alondra a colocar flores en las tumbas de los familiares muertos. Era la primera vez que yo acudía a ese cementerio. De niña nunca ocurrió; por entonces, todos mis tíos y tías abuelos estaban vivos. Mientras avanzábamos entre nichos brotados como hongos de piedra en medio de la vegetación, recordé Erabamba. Erabamba y el cementerio de Aira. Ahí, de nuevo en Quillabamba, con mi padre convertido en cenizas, volví a pensar en ella, en la vida que eligió en otro lugar tan lejano y tan igual a Quillabamba, en la vida que pudo haberle dado a mi padre si no se marchaba, en las preguntas que dejó en la orilla del lago a la que no regresó. En esa orilla se quedó mi padre y desde esa orilla nos engendró.

Al día siguiente depositaríamos sus cenizas al pie del algarrobo que en 1961 recibió su sangre, unida a la de un contingente de campesinos que juró no rendirse en su lucha por la tierra. Con la punta de un cuchillo se hicieron un tajo en la mano, derramaron su sangre y la cubrieron con hojas de coca. Ocurrió al amanecer, tras haber pasado toda la noche cantando y contándose por qué no iban a dar un paso atrás. Tanto trabajo gratuito entregado a las haciendas que el Estado había concedido a sus amigos y negado a los campesinos empobrecidos; tanto látigo sobre las espaldas de los respondones y los fugados; tantas violaciones de madres, mujeres e hijas cometidas por mandamases de las haciendas; tantas escuelas construidas por los campesinos pronto derribadas por la alianza de jueces y gamonales. Aquel algarrobo se erguía junto a la escuela levantada por el sindicato de campesinos de la hacienda Mándor-Manahuañunca. En las cinco décadas siguientes había seguido creciendo.

El último día de su vida, poco antes de que cayera en agonía, papá me pidió que buscara una carpeta azul en el tercer cajón de su escritorio. Se la llevé. Con dificultad, extrajo un documento de siete páginas precedidas por una hoja redactada a mano por Agustín Villafuerte, el secretario general de la federación campesina de la provincia. Iba firmada por una veintena de hombres y mujeres, todos dirigentes de bases sindicales de La Convención, Lacco y Lares. Era el «Juramento de Mándor». A mi padre le encargaron

redactar esas páginas, como memoria de lo ocurrido y acordado entre el 19 y el 20 de agosto de 1961.

Él me había hablado alguna vez de aquel momento culminante, que dos años más tarde consagraría la primera reforma agraria en el Perú concedida a los campesinos de esos valles. Allí estaba el documento que guardó la memoria de su juramento. Me pidió que se lo leyera. Lo hice, imaginando el atardecer en que a Mándor fueron arribando centenares de campesinos desde diferentes caminos, cómo fueron acampando en medio de la vegetación, alumbrándose con antorchas, cantando huaynos como «Chincachinca», «Yunca-rata-rata» y «Cholita chumbivilcana», rancheras revolucionarias como «Adelita» y «Los gavilanes», así como el himno atribuido a Espartaco. A lo largo de la noche hicieron el recuento detallado de por qué luchaban y por qué nunca más trabajarían gratis, resistiendo la persecución que esto les acarrearía. Al final desafiaban a quienes los acusaban de agitadores y herejes, y lo hacían evocando al Cristo del Sermón de la Montaña.

... Sépanlo bien hacendados, caballeros del insulto y la patada, que el Jesús de los sindicatos campesinos de La Convención y Lares es el Jesús que sube a la Montaña a pronunciar aquella oración impresionante, el más bello y humano discurso del hombre: «Bienaventurados los que lloran...» – «Bienaventurados los que sufren...» – «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia» – «Bienaventurados los que padecen calumnias, persecución y cárcel porque luchan por la justicia...», «Porque ellos serán consolados...». Porque ellos vencerán. ¡Tierra o muerte venceremos!

Con esas palabras concluía el documento.

—¡Y vencimos! —clamó mi padre, pocas horas antes de morir.

A Quillabamba habíamos vuelto con sus cenizas. De madrugada las enterraríamos en Mándor. Antes de acostarme, me asomé al balcón del hotel. A medianoche un grupo de chicos bebía cerveza en una esquina cercana y los grillos cantaban como si la calle aún fuera una selva indómita. Quién sabe, si Aira no hubiera abandonado a mi padre, él nunca se habría convertido en el abogado que una tarde de enero de 1961, por la antigua vía de tren arribó a Chaullay y desde su puente caminó hasta Quillabamba para fundirse en la historia única que allí se forjó, y pasara lo que pasara después, fue una historia invencible.

Durante demasiado tiempo había confiado y a la vez temido que llegaría el momento de viajar al Cusco para revelar la verdad. Eso es lo que Eduardo Girán me contaba en el correo electrónico que me mandó como respuesta. Pero era tarde y eso lo sabíamos los dos. Aunque también supiéramos que lo más probable es que esa verdad hubiera sido devastadora para mi padre.

A mi retorno de Quillabamba, volví a conectarme a internet después de tres días y allí encontré ese mensaje, enviado desde Montreal unas horas antes. Ya no quedaba ninguna duda de que la Aira de Erabamba era la misma mujer que murió ahogada en la historia de mi familia. Eduardo Girán no mencionaba cómo se produjo la fractura que llevó a Ayda Rado de Ruiz a convertirse definitivamente en Aira. Pocas veces los mensajes electrónicos dan lugar a detalles y este no era una excepción. Se limitaba a resumir que, en su agonía, su madre le había hablado de la vida que tuvo en el Cusco antes de llegar a Erabamba. No le había pedido conservar el secreto; le había dicho que él eligiera qué hacer. Eduardo había decidido aguardar un tiempo, que una y otra vez se fue prolongando.

Mientras leía y releía su respuesta con avidez, no hallé ninguna señal que me indicara si Aira le había explicado por qué mi padre había recibido el nombre de Blas Girán. Tampoco él mencionaba por ningún lado que aquello le pareciera una coincidencia fortuita.

No buscó a mi padre por temor a desatar una explosión de dolor, sino de rencor hacia su madre y hacia sí mismo.

Las dos veces que fui al Cusco, las dos veces fui a buscarlo; la primera llegué hasta su oficina presentándome como un exportador de café que deseaba trasladar sus cuentas a ese banco. La segunda vez no me atreví a ir tan lejos; me quedé mirándolo a la distancia, mientras salía de su trabajo acompañado por una mujer que tomó del brazo con naturalidad. Imaginé que se trataba de su esposa. Con ella se fue a una cafetería cercana. Yo mismo estaba con mi esposa aquel día y los seguimos. Pensaba qué felicidad fuera que pudiéramos ser dos hermanos comunes y corrientes que se citan en una cafetería acompañados por sus esposas para compartir una conversación común y corriente. Mildred y yo nos sentamos en una mesa próxima y los observamos disimuladamente, hasta que un muchacho alto

apareció. Supuse que era su hijo. Mientras el chico se acomodaba a su lado, tu papá y yo cruzamos las miradas y con una venia nos saludamos, como si fuéramos gente que se reconoce sin saber bien de dónde. Ese fue el último contacto visual que tuvimos; ocurrió hace quince años. Hoy siento más tristeza que aquella tarde.

Al final decía que si deseaba conocerlo alguna vez, en su siguiente visita al Perú se comunicaría con tiempo suficiente para programar un encuentro. No lo pensé dos veces. Sencillamente respondí que sí: «Sí, me gustaría conocerte en persona. Sí, avísame cuando vayas a venir».

Los meses se fueron sucediendo uno tras otro sin que Eduardo Girán se volviera a comunicar. Por el recorte de presupuestos para asuntos de cultura material, las excavaciones en Erabamba habían quedado suspendidas y por ese lado tampoco hallaba pretexto para regresar.

—Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma. Ese es el orden, ¿verdad? —me desafió Emilio una tarde.

—¡Es al revés! —repuse.

—Da igual —replicó—. ¿Cuál es la montaña más cercana? ¿Erabamba o Montreal? Por allí tendrías que empezar a andar.

Me quedé mirándolo un rato y puse una almendra en mi boca. Mientras la mascaba, pensaba que tenía razón, pero también que antes de tomar una avioneta a Erabamba o un avión a Montreal, debería preguntarle a Eduardo Girán si tenía alguna intención de visitar el Perú en el corto plazo. Le escribí unos días después, a la par que Emilio y yo íbamos coordinando el permiso en nuestros trabajos para tomar una semana de vacaciones por adelantado.

No tardó en responderme. Me dijo que estaba retrasando su viaje anual pues le tocaba jubilarse y antes debía cerrar innumerables trámites y despedidas. «Porque una vez que me jubile, en septiembre regresaré a vivir al Perú», señaló. Todavía faltaba medio año. No se me ocurrió preguntarle si le gustaría que lo visitase; tampoco me inspiraba mucha confianza como para volar hasta Montreal para verlo, menos teniendo que pagar unos pasajes caros, y menos aún en marzo. Si tenía a elegir entre el frío glaciario canadiense y el calor exuberante que podía hallar en Erabamba, no iba a dudar demasiado.

Le avisé que viajaría de nuevo al Corazón de la tierra. Le dije que estaba segura de que Ilana conocía muchas cosas. «No sé si soy una persona buena o mala», escribí; «no sé si soy digna de confianza, no sé si dejaré de detestar a

tu madre, pero deseo saber quién fue. También me gustaría saber quién fue tu padre, llamado Blas, como mi padre». Dos días después me respondió:

Está bien, Rada Ruiz, le diré a Ilana que irás a Erabamba de nuevo y que te cuente todo lo que pueda saber. Es posible que ella conozca de la vida de mi madre mucho más que yo. Pero como ya has conocido a Ilana, sabrás que ni yo ni nadie la podrá obligar a decir lo que no quiera.

En los once meses transcurridos desde mi última visita a Erabamba, el servicio de avionetas desde Lima se había suspendido, de modo que Emilio y yo tuvimos que abordar un vuelo a Tarapoto y luego un taxi colectivo que en cuatro horas debía conducirnos a Erabamba. En el camino, los otros dos pasajeros nos hablaron de las maravillas que podríamos visitar en su región, San Martín, si a nuestro retorno de Loreto nos animábamos a quedarnos unos días. Nos hablaron de piscinas termales, también de cascadas y lagos incrustados en el bosque como si fueran esmeraldas; uno de ellos se explayó ensalzando una caverna cuyos senderos tocaban el corazón de la tierra pues sus caminos de estalactitas y estalagmitas eran inabarcables. Caverna Diamante era su nombre. El taxista corroboró que era un lugar fabuloso, aunque eran escasos los turistas que lo visitaban. Seguíamos remontando kilómetros, ya estábamos por cruzar la línea divisoria entre San Martín y Loreto, cuando una patrulla policial nos intervino. Durante algunos minutos interrogaron al chofer y revisaron con celo sus papeles. A los demás nos solicitaron los documentos de identidad y nos preguntaron sobre nuestros motivos de viaje. Emilio se adelantó a responderles que estábamos yendo a visitar a una abuela moribunda. La naturalidad con que dijo eso me dejó perpleja. Tras revisar nuestros documentos, nos permitieron proseguir.

—¿Es normal que hagan estas inspecciones? —pregunté.

—De vez en cuando —repuso el taxista—. Por acá todavía hay algunos remanentes de Sendero Luminoso y, bueno, también hacen esto como alerta para los narcos.

Después de muchos años volví a sentir el resquemor de los años noventa, cuando en mis prácticas como estudiante de arqueología había transitado por carreteras aisladas en las que flameaban banderas rojas que quitaban el aliento, para pocos kilómetros más adelante vernos detenidos por patrullas policiales que nos inspeccionaban apuntándonos con rifles que otra vez nos quitaban el aliento.

—No se asuste —todavía hay algunos senderistas por acá, pero ya no son peligro —me alivió el comerciante que viajaba a mi lado—. Más bien nunca se olviden de llevar sus dni; si no, podrían pasar como sospechosos.

Emilio y yo nos miramos con desazón. Él no hizo ningún comentario,

pero tal vez estaba recordando lo mismo que yo. En 1992, mientras viajaban en una camioneta a Paucartambo para una inspección ocular, Patricio y dos antiguos compañeros de la universidad fueron detenidos por la policía. Él había olvidado algo tan elemental entonces como portar su documento de identidad. Dadas las leyes de excepción de aquellos años, por esa falta lo apresaron. Quedó bajo arresto dos semanas. Cuando lo soltaron, se aisló por cuenta propia bastante tiempo; no sé cuánto era bastante tiempo para mí en aquella época, tal vez una semana, o quizás un mes; el hecho es que cuando retornó a la calle estaba cambiado, tan cambiado que se había convertido en un adulador del fujimorato. Poco después pasó a ocupar un alto cargo oficial. Algunos apuntaron que por medio de golpizas lo habrían trastornado; otros dijeron que a condición de liberarlo, le habrían obligado a firmar documentos de sujeción al régimen; también se sugirió que bajo un paciente y sutil conversatorio diario, sin mediar ningún rasguño, la policía de inteligencia lo habría convencido de que lo más lógico para un muchacho como él sería acceder al poder y ellos le facilitarían los pasos.

Llegamos a Erabamba al atardecer. Acudimos al hotel donde un año atrás me había alojado.

—¿Recordaste lo que le pasó a Patricio en Paucartambo, verdad? —me preguntó Emilio.

Asentí y pasé a abrir las ventanas de la habitación. Con el aire fresco se colaron algunos mosquitos. Frente a la calle principal de Erabamba, me vi nuevamente en 1990, observando una avenida cargada de frustración y silencio. Patricio se había quedado estático al borde de la avenida, deseando incendiar el mundo, queriendo matar al felón que habíamos elegido como gobernante, y al final se había unido a ese río que en su cauce norte se dirigía al centro de la ciudad, sin saber dónde desembocaría su indignación. Emilio se acercó a mi lado, también se apoyó en la ventana. En silencio, se quedó mirando la misma avenida, como en 1990 la había observado desde el otro lado del río.

A la mañana siguiente, al despertar, encontré a Emilio de nuevo apoyado en la ventana, leyendo un libro que Daniel, su hijo, le había enviado como regalo de cumpleaños. Con los ojos entrecerrados recorrí su espalda, su nuca, su cuerpo ligeramente inclinado sobre el lado izquierdo. Al menos dos veces por semana conversaba por Skype con Daniel, pero evitaba hacerlo en mi presencia. Desde que acordamos borrar el deseo de tener descendencia, no me hablaba mucho de él, como si atisbara que al hacerlo me recordaría al hijo que pese a tantos intentos yo no había podido tener. Movié la espalda, dando vuelta a otra página, y pasó el mayor peso de su cuerpo sobre su pierna derecha. Me cubrí la cabeza con las sábanas y seguí observando su perfil, leyendo atento aquel libro de ciencia ficción.

Ya eran más de las nueve, había que levantarse e interrumpir su lectura.

Después del desayuno le dije que por si acaso pusiera en la mochila otra muda de ropa. No sabía si, como un año atrás, la conversación con Ilana se extendería hasta tarde y acaso nos invitara a pasar la noche con ella.

Hacia las once empezamos a caminar. Aunque el sol estaba alto, por hacerme la valiente, no acepté la idea de tomar un mototaxi desde el pueblo. En cuanto pisamos la carretera empecé a arrepentirme, sintiendo mi espalda cada vez más condenada por el sudor y el peso de la mochila. Emilio me miraba de reojo y se reía. Varios mototaxis pasaron por nuestra vera, todos ocupados. Seguimos avanzando, yo asombrada al ver que él apenas sudaba y no había bebido más que un sorbo de agua de su cantimplora. La mía ya estaba vacía. Con el sudor se me diluyó el repelente y los mosquitos comenzaron a revolotearme. Usé mi gorro para abanicarme, sin que esto redujera el calor ni el asedio de los bichos. Al aproximarnos a la Ribera Azul, Emilio quiso que nos detuviéramos para tomar una cerveza. Al ser domingo, la playa estaba repleta de familias, olores a fritangas y vendedores ambulantes ofreciendo bebidas. Nos sentamos bajo una sombrilla y tomamos una cerveza helada. Estábamos por levantarnos para ir a nadar al río, cuando un hombre mayor extrajo su guitarra del estuche, bajo la sombrilla contigua, y empezó a tocar melodías desconocidas para nosotros, aunque fueran ritmos andinos. Quienes estaban en otras mesas cercanas dieron vuelta a sus sillas y se apostaron a escucharlo, algunos incluso comenzaron a cantar. Recordé la

catarata que había visitado un año atrás, donde algunos músicos de Erabamba acudían para «sirenear» sus instrumentos. Nos quedamos oyéndolo un rato, luego pagamos las cervezas y cruzamos al otro lado de la carretera. Solo había cuatro niños bañándose en la catarata, alternándose para subir a un promontorio de piedra desde donde saltaban al remanso.

—¡Buena idea venir aquí! —exclamó Emilio y al minuto ya estaba en shorts, lanzándose desde el promontorio al agua, buceando, a ratos sacando la cabeza y sumergiéndose de nuevo.

Yo demoré en desvestirme. Contemplaba la catarata y otra vez emergía Rada Rado, lanzándose una y otra vez, buceando como una sirena, sumergida bajo la corriente como un pez, tratando de dibujar el olvido.

Subí al promontorio, estiré mis brazos a lo alto, durante unos segundos contemplé la aureola que se había formado alrededor del sol. *Kwarashi* quiere decir sol en omagua. Me lancé a nadar, admitiendo que a pesar de todo Aira estaba en mi sangre. No podía rechazarla. Y fuera por esa sangre o por algo insondable que no podía identificar, siempre había estado cerca.

Por fin estábamos de vuelta en el Corazón de la tierra. Me sorprendió que el portón de metal luciera un timbre nuevo que nadie había arrancado. Ilana no sabía a qué hora apareceríamos, pero Eduardo Girán nos había prometido que le avisaría de nuestra visita. Se aproximó, acompañada por los perros que ladraban con bravura. Me interrogó antes de abrirnos la puerta:

—¿Has venido para quedarte o te volverás a marchar como una fugitiva, Rada Ruiz?

Ni entonces ni hoy entiendo por qué me preguntaba eso a mí. Al fin y al cabo, fue Rada Rado quien alguna vez huyó del Cusco como una fugitiva.

—No lo sé, Ilana.

—Si no sabes decir sí ni no, ¿por qué tendría que dejarles pasar?

Apoyé mis manos sobre la puerta.

—Por favor, Ilana —hemos venido caminando y aquí afuera hace demasiado calor.

—¿Calor? —inquirió ella—. ¿Y por qué más tendría que dejarles pasar?

Me quedé perpleja. Emilio elevó los hombros sin saber qué hacer.

—Porque tú has estado esperando que yo regrese —repuse finalmente—. Ya estoy aquí.

—¿Y tú sabes qué andas buscando en los secretos que yo te pueda confiar? ¿Lo sabes?

Me quedé callada, di un paso atrás. La puerta se abrió. Ilana nos escudriñó con la mirada; primero a mí, después a Emilio.

—Pasen, pues, pasen —dijo, y yo no supe si debía extenderle la mano, darle un abrazo, o sencillamente mantener la distancia.

Emilio le dio la mano y se presentó.

—Emilio —pronunció ella—. Bienvenido a esta casa.

A mí no me dio ninguna bienvenida, se limitó a indicarme con el índice que siguiera avanzando hacia la puerta interior. Los perros nos olisqueaban, ya no ladraban. Una vez dentro del salón-comedor, nos preguntó si habíamos almorzado. Emilio dijo que no. Eran las tres de la tarde y a mí me avergonzó que a esa hora ella se pusiera a prepararnos algo de comer.

—No tenemos hambre, hemos desayunado tarde —afirmé.

—Tú no tendrás hambre —me replicó—. Pero seguro que este señor sí.

En ese momento tuve ganas de marcharme. Al principio había creído que su trato y sus preguntas punzantes obedecían solamente a un juego; con lo último percibí que estaba expresando rechazo a mi visita, y si no era a mi visita, a las preguntas que traía conmigo.

Me apoyé en la puerta. No sabía qué responder, ni tampoco ella esperó a que yo hablara.

—Voy a preparar un apanado —señaló.

—No se preocupe —le respondió Emilio de inmediato.

—No es ninguna molestia —repuso ella—. No me gusta que la gente se quede de hambre habiendo comida en esta casa —añadió y se fue a la cocina. Desde allí levantó la voz y nos dijo que podíamos sentarnos.

Emilio se sentó en el sofá y me llamó con la mano para que me acomodara a su lado.

—Tal vez no le hace gracia que yo te haya acompañado —me dijo en voz baja—. Después de todo, de lo que ustedes van a hablar son asuntos íntimos.

—¿Tú crees que sea por eso? No se me había ocurrido —le respondí, también en voz baja.

—¿Por qué no vas a la cocina y se lo preguntas? —sugirió—. Se ve que es una mujer que no le da vueltas a las cosas. Si ese es el problema, mejor saberlo de una vez, y si es así, te dejo aquí y nos vemos más tarde en el pueblo.

—No quiero que te vayas —le dije y apreté su mano.

—Pero si por mi causa no te cuenta nada de lo que quieres saber, o te cuenta solo pedacitos, ¿para qué habrá valido armar todo este viaje, ah?

—No te vayas —insistí, no solamente porque deseaba estar a su lado. Me sobrevino un temor a que algo malo le pasara en el camino.

—Mejor pregúntale —insistió.

Me levanté del sofá y caminé hasta el umbral de la cocina. Ilana me miró por un instante, después volvió la atención al apanado que estaba friendo.

—¿Qué te traes? —me preguntó sin perder la vista del sartén.

Le consulté si la presencia de Emilio la molestaba; si esa era la causa por la que me estaba tratando de forma cortante.

No me contestó, derramó pizcas de pimienta sobre las piezas de pescado apanado y les dio otra vuelta.

Me quedé quieta, esperando. Recién en ese momento, al observar sus antebrazos, me percaté de que había enflaquecido notoriamente. Su misma espalda se había encorvado. Sentí tristeza al recordar que nunca podría quedarme a vivir en Erabamba con ella. Me pregunté entonces de qué material estaba hecha esa mujer capaz de sobrevivir sola en esa casa, custodiando una propiedad de varias hectáreas que a nadie más que a ella y a los narcos parecía interesarles, guardando secretos y palabras extinguidas incapaces de cambiar el orden del mundo aunque para ella fueran el mundo.

—¿Te puedo ayudar? —inquirí.

—Saca los cubiertos de aquel cajón y pon la mesa —repuso, señalando la caja superior de un repostero.

Antes de volver al comedor, le pregunté sin más pausa si le incomodaba la presencia de Emilio y si hubiera preferido que para seguir hablando de Aira estuviéramos solas ella y yo.

—No me incomoda.

—¿En verdad?

—No me incomoda, te he dicho —reiteró y apagó la hornilla.

—Entonces, ¿por qué me estás hablando con enojo?

—Lo que me fastidia —y esto lo dijo mirándome a los ojos— es que parece que nunca te has preguntado por qué necesitas tanto conocer la historia de Aira.

Hacía mucho calor en esa cocina. Intenté agarrarme al umbral, pero los cubiertos cayeron al suelo antes que yo.

Cuando recuperé la consciencia, me encontré tendida en el sofá.

—Eso pasa por no comer —aseveraba Ilana, dándome palmaditas en el rostro.

Emilio le decía que no era por falta de almuerzo, sino que yo era propensa a los desmayos. No quería abrir los ojos, estaba disfrutando de tener a esos dos atendiéndome, hasta que me traicionó una risa.

—¡Está bien despierta! —clamó Ilana y me tiró de la oreja—. ¡Me has hecho asustar!

—Tú me hiciste asustar primero —le dije.

—Ya está bien —repuso—. Te he asustado, me has asustado, ahora toca entendernos.

Dijo que en cualquier momento podía morir y todo lo que sus ojos habían visto quedaría enterrado, incluso el meteorito que una noche, mientras amamantaba a su segundo hijo en el patio, surcó el cielo hasta caer en un lugar no lejano. Al día siguiente, altas flamas se erguían por encima del bosque y el humo ocupaba el horizonte, hasta alcanzar la misma Erabamba. Mucha gente empezó a abandonar sus casas, temiendo que el fuego se propalara; pero, cosa extraña, tal vez porque el bólido se había hundido en una profundidad inaudita, el incendio no sobrepasó la zona de impacto. Durante varias semanas nadie había querido acercarse, se decía que el lugar había quedado maldito, o que quizás albergara fuego todavía, o que espíritus oscuros se habrían desatado.

—No era cierto eso —afirmó Ilana—. La gente dice muchas tonterías, habla por hablar, sin pensar. Más bien el meteorito cayó encima de la casa del caucho. Ya estaba hecha ruinas, ya nadie vivía en ella, ni como amo ni como encadenado; pero ese sitio estaba maldito desde antes.

Tuvo que pasar más de un mes para que se organizara una expedición a la zona. En ella iban Blas Girán, algunas autoridades locales y otros propietarios de tierras aledañas. Les costó llegar, las primeras horas avanzaron a paso fácil, entre cafetales y frutales podados. Después tuvieron que abrirse campo macheteando la tupida jungla; en poco más de veinte años, esta había engullido el sendero por el que antaño se transportaban las pelotas de goma blanca extraídas de las selvas más profundas. Estupor e inquietud al vislumbrar, por detrás de una última hilera de árboles chamuscados, la luz intensa del día colmando el terreno baldío que estaban a punto de pisar. Avanzaron los pasos que les faltaban y descubrieron que aquello no era ningún terreno yermo. Delante de esos árboles descubrieron una orilla de tierra quemada que iba descendiendo hasta formar un gigantesco pozo de incierta profundidad. Las lluvias habían comenzado a llenarlo.

Ningún rastro de La Joya, la mansión de paredes blancas y portales de mármol seguida de dos galpones recubiertos de yeso, cuya fotografía circulaba en forma de postales típicas de Erabamba. Allí se había forjado la leyenda del esplendor del caucho en Alto Amazonas, como también una de las mayores fortunas de la región. Todo se redujo a un agujero negro en 1944.

Ninguno de los expedicionarios llevaba una cámara, o tal vez a ninguno se le ocurrió sacar una fotografía de la desaparecida joya de Erabamba. A su retorno, Blas Girán tomó una estilográfica y esbozó lo que había visto sobre una cartulina. También habló del segundo asombro.

El reflejo del agua no solo les había ofrecido la visión de bosques y pájaros. Al otro extremo, a unos trescientos metros de donde se hallaban, primero en el agua y después en la tierra, distinguieron la figura de centenares de nativos apoyados en sus lanzas, contemplando el agujero, observándolos también a ellos. Los expedicionarios eran catorce y casi todos portaban rifles; aun así, se sintieron vulnerables, indefensos. Un meteorito había caído precisamente sobre La Joya y lo había puesto todo al revés; o acaso simplemente había devuelto las cosas a su estado primigenio. ¡Vámonos, vámonos!, había señalado el alcalde. En cuanto se hallaron de nuevo camuflados en el bosque, casi corriendo, habían abandonado el lugar, el agujero.

Al contarnos esto, Ilana se echó a reír.

—¿Por qué tendrían tanto miedo? —inquirió, aunque podíamos percibir que ella no necesitaba ninguna respuesta.

—¿Y tú no habrías tenido miedo, Ilana? —le pregunté.

—Claro que no.

Había nacido cuando el boom del caucho estaba entrando en decadencia y por tanto no había más correrías en busca de esclavos nativos, pero aquella memoria todavía latía fresca en los años de su infancia. Los blancos y mestizos arribados de las ciudades de sierra y costa para hacer negocios al despuntar el siglo XX se la pasaban añorando las épocas en que sus estanterías estaban repletas de mercaderías importadas cuyos precios nadie regateaba, mientras las calles del pueblo eran circuladas por lujosos carruajes y en el ambiente se agitaba la promesa de un ferrocarril transamazónico que los conectaría con el Atlántico y el Pacífico. Distintas eran las historias que escuchó de algunas adolescentes nativas que conoció en la misión, como las de otros huérfanos con los que después deambuló buscando restos de comida en los mercados y propinas en los cafetales. Descendían de una amplia gama de pueblos nativos que habían sido cazados para recolectar la goma blanca que manaba de los tajos abiertos en los árboles de siringa; ninguno sabía por qué suerte habían logrado sobrevivir, pues en las correrías los niños más pequeños eran estrangulados, sino macheteados para que no estorbasen el

trabajo de los mayores. De aquellos que recordaban bien sus idiomas, unos pocos desaparecieron de repente y era de suponer que se habrían internado selva adentro para buscar a sus parientes. Los demás solo recordaban algunos cantos y ya no sabían cómo vivir en el bosque.

—De niños habíamos deseado que un rayo partiera en pedazos la joya blanca... —recordó Ilana—. De mayorcitos soñábamos con que otro rayo atravesara el carruaje que cada domingo sacaba de paseo al barón de Erabamba y su familia. A su esposa y sus hijas las tenía en el pueblo, en el palacio que hoy es la Municipalidad; él seguía viviendo adentro, en La Joya, con una corte de nativas. Historias horribles se contaban de las cosas que él y sus capataces les hacían. A la hora del chisme, los que añoraban los tiempos del caucho eran los más venenosos para hablar de su benefactor.

—¿Y en qué momento abandonó La Joya? —le preguntó Emilio.

—Cuando se dio cuenta de que nadie en el pueblo lo quería, y antes de que los chismes más horribles llegaran a oídos de sus hijas, prefirió irse a Lima, aunque allá fuera cola de león y no la cabeza de ratón que había sido acá. Bueno, eso dicen. Años de años estuvo queriendo vender su joya blanca. A saber qué habrá pasado por su cabeza cuando supo que el meteorito se la había comido.

—¿Y qué pasó por tu cabeza? —le pregunté yo.

Ilana esbozó una sonrisa y me contestó:

—Yo quería ver ese agujero con mis propios ojos.

Aira también deseaba ver ese agujero, a pesar de que su marido había hablado del peligro que podía albergar. Tras el retorno de la expedición que marchó a indagar por los efectos del meteorito, en Erabamba y las haciendas del distrito la gente había empezado a tomar previsiones; imaginaban la posibilidad de un ataque de los nativos. El gobernador incluso pidió refuerzos a Lima. Nadie le hizo caso. Así constataron que sin boom del caucho, la subsistencia de Erabamba no le importaba a nadie más que a sus propios vecinos.

Al cabo de unos meses no sobrevino ningún ataque y la vida fue retomando su curso. Blas Girán no pospuso más un viaje que desde hacía mucho tenía proyectado a Lima. En su casa lo despidieron con pesar y largos abrazos, pues entonces el trayecto no demoraba menos de diez días e implicaba prolongados recorridos por río, trocha y asfalto. Faltando poco para su retorno, Aira e Ilana se organizaron para conocer el agujero negro. Dejaron a sus hijos de tres años al cuidado de la cocinera e iniciaron el recorrido de madrugada. No iban solas. Por delante avanzaba Irineo, un joven awajún que desde hacía dos años trabajaba como peón permanente en el Corazón de la tierra. Colgado al pecho de Ilana, también las acompañaba su bebé de seis meses, Mateo. Las dos primeras horas no hubo fatiga, porque el día todavía estaba fresco y el tránsito por terrenos colonizados no era difícil. Cuando arribaron a la trocha antigua de La Joya, comprobaron que se había reconvertido en maraña, aunque el paso de la expedición tres meses atrás había dejado huella de la ruta. Irineo y su machete tuvieron bastante trabajo en las horas siguientes.

Ilana nos hablaba de ese camino de aventura, no exento de víboras y telarañas, jaloneado por no sé qué aliento, y yo no te veía, Aira, como a una desalmada de nuevo capaz de dejar a un hijo pequeño al cuidado de una nana con tal de sumergirte en un rumbo alucinado. Sentía que yo hubiera hecho lo mismo, aun sin saber bien quién eras tú, ni qué buscabas en ese agujero.

Con la ropa empapada de sudor, divisaron al fin la malla de árboles a través de la cual los rayos del sol irrumpían como cuchillos de luz. Ya habían llegado y durante un rato se mantuvieron quietos, tratando de adivinar lo que podría aguardarles. El mismo bebé, a pesar de estar despierto, jugueteaba con

sus manitas pero no hacía ruidos. Ilana y Aira se secaron la cara del sudor, incluso se reacomodaron la ropa. Irineo las observaba erguido, con su machete apoyado en tierra.

Tras más de tres horas de camino en la penumbra del bosque, al atravesar la línea de árboles, el golpe de luz las encegueció por unos segundos. Después fue contemplar el silencio del lago que a esas alturas del año había crecido hasta el mismo ras de la tierra, aunque la orilla que pisaban se mantenía quemada, negra.

—Quién sabe si se habrá quedado así para siempre —comentó Ilana—. Bueno fuera, para que nadie olvide que allí cayó un meteorito.

Aira había repasado con los ojos la cocha que se había formado, un círculo casi perfecto, protegido por el bosque, reflejando sus aguas el bosque, reflejando también otros perfiles. Avanzó unos pasos y el lago absorbió su mirada, la absorbió a ella por completo.

—Yo también estaba atontada —prosiguió Ilana—; ese lugar era demasiado, y no sé cómo explicar ese demasiado, era fuertemente demasiado.

Aira había dado unos pasos más y no parecía escuchar las palabras que le estaba dirigiendo Ilana, ni los tambores que empezaron a retumbar desde el otro lado del lago. Sin quitarse las botas, ya estaba dentro del agua. Ilana puso a su hijo en brazos de Irineo y se apresuró en llegar a su lado.

—Me di cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir —pronunció y me miró a los ojos. En sus pupilas yo vi otro lago, en otro extremo del país, en otro lado del mundo.

No le dijo nada, solamente la tomó de la mano y se quedó junto a ella, contemplando esa cocha hecha de lluvia.

En la orilla opuesta, los tres perfiles humanos que habían distinguido a lo lejos empezaron a multiplicarse y con ellos creció la cadencia de los tambores. Aira había dado un paso más. Ilana la retuvo.

—Tú ya no puedes ir para allá —le había dicho, apretando su mano—. Tu lugar está en el Corazón de la tierra.

Aira bajó la cabeza, pero permaneció plantada en aquel punto.

—No puedes quedarte en el lago —había insistido Ilana y la tiró de la mano. Aira, entonces, se dejó llevar de regreso a la orilla seca.

A los tambores se sumaron voces que ululaban como pájaros. Gotas de lluvia empezaron a caer como golpecitos espaciados sobre la frente,

dibujando espirales en el lago, sacando chispas de la tierra quemada. El pequeño Mateo comenzó a llorar, Ilana se acomodó para amamantarlo.

No eran tambores de guerra, pero Irineo señaló que no iba a regresar a Erabamba. Soltó su machete y les aconsejó que no dejaran que la noche las alcanzara a medio camino. Las gotas de lluvia siguieron imprimiendo ondas en el agua, hundiéndose, quién sabe, hasta el fondo de un lago que alguna vez albergó una casa infame y blanca. Aira e Ilana se quedaron mirando cómo ese joven awajún se alejaba bordeando el lago, cómo se iba despojando de la camisa primero, de las botas y los pantalones después, cómo llegaba desnudo a la otra orilla.

El lago, le pedí a Ilana que me hablara del lago de Aira. Le dije que alguna vez, muchos años atrás, yo había podido conocer el lago donde desapareció. Pero seguía sin entender nada.

—Por favor —le rogué—. Dime cómo es que Aira murió sin haber muerto; ¿o es que todo lo que estoy viendo acá es una fantasía?

Volteó la cara hacia la ventana, o quizás miraba las fotos de Aira dispuestas sobre el aparador.

—Lo que tú sabes no es la verdad —repuso—. Pero tampoco es una mentira.

—¿Entonces?

—Entonces nos vamos a levantar un rato, porque en la vida hay que hacer muchas cosas y se está haciendo tarde.

Nos contó que tenía que pagar a los jornaleros que habían estado trabajando en los cafetales esa semana. Levantamos los platos de la mesa y la seguimos hasta la cocina.

—Después lavamos —señaló, extrajo un sobre desgastado de un repostero y con una seña nos indicó que la acompañásemos.

Al fondo del patio, sentados sobre una banca y compartiendo una jarra de limonada, se hallaban esperando el guardián de la casa y cinco jornaleros. Tras un rápido saludo, Ilana abrió el sobre y empezó a repartir cantidades iguales entre los jornaleros. Cuando estos se marcharon, recién pagó una cantidad mayor al guardián y nos presentó con más calma. Le dijo que éramos familiares de Eduardo Girán. Nos dio la bienvenida y no tardó en despedirse.

—Él vive acá con su familia —nos informó Ilana, señalando una casita contigua—; pero los fines de semana su esposa y sus hijitos los pasan con su suegra en Erabamba.

—Ah, ellos viven contigo —comenté.

—Ustedes creían que yo vivía sola acá, ¿cierto? Los he visto mirándome con pena, ¡ja!

Había oscurecido cuando volvimos a entrar en la cocina. Ilana encendió

la luz y me dijo:

—No te apures, Rada Ruiz. Te voy a contar las cosas que has venido a buscar. Pero todavía tengo otras cosas que hacer, como prepararles la cama, porque se van a quedar a dormir acá, ¿cierto?

Emilio y yo asentimos.

—Y al menos se quedarán un par de días, ¿cierto?

—Creo que sí —repuso Emilio.

Mientras ella se alejaba por el pasadizo a las habitaciones del fondo, nosotros nos quedamos lavando los platos del almuerzo.

—Yo no sé si esta noche te va hablar de ese lago, Rada —me dijo él—. Pero pienso que ustedes van a estar más cómodas si tienen un tiempo a solas. Yo me retiraré a dormir temprano.

Cuando Ilana estuvo de regreso, nos dijo que recogiéramos nuestras mochilas de la sala y nos condujo hasta la habitación que nos había preparado.

—Este era el escritorio. Hace años acomodamos esta cama doble aquí, cuando Jacobo trajo a su esposa para que conociera Erabamba. Nunca más han vuelto, pero igual la cama no se ha movido —nos informó.

Sentí alivio, porque había estado previendo una noche incómoda si Emilio y yo teníamos que dormir en la estrecha cama de la hija menor de Aira, rodeados por flores de plástico e imágenes santurronas.

Ilana nos invitó a volver a la cocina y empezó a preparar café. Vi a Emilio derretirse en el aroma que salía de la hornilla. Mientras nos adelantábamos al comedor con el azucarero y las tazas, en voz baja él me dijo que aunque le costara un insomnio, no se iba a perder ese café. Ilana apareció poco después, con la cafetera y una bandeja de galletas. Tras acomodarlas sobre la mesa, extrajo el candelabro de los peces del aparador y colocó altas velas en sus tres brazos. En cuanto las encendió, apagó las luces.

—Esta noche va a ser larga —advirtió.

Emilio titubeaba, sin saber si debía adelantar su salida antes de haber probado el café. Creo que Ilana se dio cuenta y nos invitó a servirnos. Él tomó una galleta y observó complacido cómo ella vertía ese chorro caliente y negro en las tres tazas.

—¡Qué galletas tan ricas! —le comentó.

—¡Verdad que sí! —repuso Ilana contenta.

—¡Deliciosas! —siguió él y aprovechó para tomar otra.

—Adivina de qué son —lo desafió.

—Mmm —Emilio se quedó pensando un rato—. No sé. ¿De mango?

Ella negó con la cabeza.

—¿De coco?

—Tampoco.

Yo mordí otra galleta, deseando que pasáramos a hablar de la vida de Aira. Ilana me miró de reojo y dijo que de casi todos los frutos de la chacra se podían hacer buenas galletas, hasta de las más sosas.

—¿Será que estas galletas son de pacay? —le preguntó Emilio y echó a reír.

—Mismo color del pacay, pero no pacay —repuso ella y volvió a mirarme. Después le preguntó a Emilio si deseaba más café.

—Por favor —repuso él, y le acercó su taza.

A mí también me preguntó si deseaba más.

—No, gracias —corté con sequedad.

Por unos segundos me miró turbada. Luego continuó con calma:

—Bueno, voy a contarles un cuento.

Su relato iba de dos niños, varón y mujer, que se habían conocido haciendo equilibrio sobre los rieles que corrían paralelos a un río. Competían con otros chiquillos a ver quién avanzaba más metros sin poner un pie en tierra; también les gustaba caminar sobre el río, montados sobre zancos, y allí también competían por ver quién alcanzaba el centro, aunque ese reto era muy difícil. Habló también de un árbol viejísimo cuyas pepitas rosadas y aromáticas se esparcían como un goce en la boca. Era un árbol mágico y le ofrendaban tesoros.

Yo la miraba, sin entender a dónde quería llegar, creyendo que, de tanta soledad acumulada, estaba aprovechando nuestra visita para dar cuenta de las memorias que tenía atravesadas. En esa vida que, según nos había dicho, podría acabar en cualquier momento y con la que todo lo que había visto y oído quedaría sepultado. Mientras su cuento se prolongaba con el retrato de aquella pandilla de niños jugando a las escondidas entre los sauces y el molle de la orilla, cantando huaynos en quechua y castellano, imitando la voz de pájaros y ranas, o empujándose unos a otros al río en tiempo de carnavales,

empecé a impacientarme. Ilana siguió hablando de la casa que ocupaba la niña, de las sirenas talladas en la madera de la puerta, de cómo las veía moverse cada vez que entraba a su casa. Habló también de un tiempo donde las distancias entre los pueblos comenzaban a reducirse gracias al ferrocarril, así como a la construcción de carreteras y puentes que permitirían el paso de camiones; luego mencionó los dibujos que de camiones y puentes hacían los niños de Lara sobre la arena.

—¿Lara? —inquirí.

—Sí, Lara —confirmó ella.

—¿Estás hablando de un pueblo del Cusco?

—Claro. ¿Has estado alguna vez en Lara?

—Sí —susurré.

—Pues los dos niños de este cuento se llamaban Ayda y Blas y eran muy inocentes —eso afirmó Ilana.

Sentí una opresión en el pecho

—Ayda —pronuncié.

—Sí, Ayda, así se llamaba la niña.

—Mi hermana mayor también se llama Ayda. Ese era el primer nombre de Aira.

—Y tú llevas su segundo nombre, Rada; el nombre con el que ella llegó aquí.

La imagen de Aira arribando a Erabamba con la mirada perdida y su segundo nombre irrumpió como un resplandor en medio de la sala.

—Sin ese nombre yo tampoco estaría aquí —sostuve—. Por favor, dime, Ilana, cómo es que Rada Rado desapareció del Cusco y apareció en esta casa.

Ella tomó un sorbo de café y se detuvo mordiendo una galleta.

—Estas galletas son de guanábana —reveló—. Tú has comido varias y no me has preguntado de qué son, ni siquiera me has dicho si te parecen ricas. En cuanto te has ganado mi confianza de nuevo, vuelves a apurarme para que te cuente lo que tú necesitas; no respetas mis tiempos, no respetas mis maneras de contar, ni aunque te haya recibido con hospitalidad desde la primera vez que viniste. Porque te crees una buscadora de verdades, te crees con derecho a mirarme como un objeto que tiene que actuar según tus conveniencias; ni cuenta te das de que los secretos de una vida no se abarcan

en una noche. ¿Y así te crees una buena persona?

Ofendida; me sentí abrumada y ofendida.

—Está bien, Ilana —le dije, sintiendo las galletas atascadas en la garganta—. No tienes la obligación de contarme nada que no quieras. Creo que no es buen momento para seguir charlando; mañana, por favor con franqueza, me puedes decir si nuestra presencia aquí te incomoda. Ahora prefiero retirarme a dormir.

—Tú no te vas a levantar de esta mesa, Rada —Emilio pronunció esas palabras como una orden—. Tienes que aprender a escuchar con paciencia las palabras de la gente que te aprecia, aunque te digan cosas que te disgustan.

Me quedé paralizada. Él siguió:

—Soy yo quien se va a ir a dormir. Me encantaría seguir escuchándote, Ilana —añadió, dirigiéndose a ella—; pero creo que es mejor dejarlas a solas.

Ilana lo miró complacida.

—Gracias por todo —dijo él y le dio las buenas noches.

Yo estaba deseando seguirlo y expresarle mi fastidio en cuanto hubiéramos llegado a la habitación, pero mis piernas no me obedecieron.

—¿Por qué, Rada Ruiz, tanto apuro? —me preguntó Ilana, casi con tristeza.

Hice un esfuerzo parar respirar hondo y tranquilizarme.

Dos mosquitos revoloteaban alrededor del candelabro. En cualquier momento se iban a quemar. Nunca he entendido qué les atrae tanto del fuego, un fuego que en menos de un segundo puede consumirlos. Chrr. En efecto, uno de ellos terminó volatilizado en ese instante. El otro siguió dándole vueltas.

—No es nada bueno andar por la vida creyéndonos víctimas, Rada Ruiz —siguió Ilana con suavidad.

En sus ojillos negros vi otra flama, una luna, un espejo, una iguana.

—Sí, Rada —prosiguió—. Somos reptiles, pequeños reptiles, nada más.

Los ojos de la iguana se cerraron y yo me quedé mirando el fuego. Por momentos el azul se agitaba como una pluma que buscara de nuevo el ascenso. La furia se fue apaciguando. Sobrevino más bien la vergüenza por haber sido tan necia como para haber estado escuchando con impaciencia las historias de Ilana, a veces simulando atención con el único fin de que me mantuviera la confianza y me contase lo que yo deseaba conocer. Tantas veces había actuado de esa manera. Chrr. El último mosquito de la noche se extinguió. Poco después, una avioneta pasó a pocos metros de nuestro techo. Lara emergió de repente. Hasta allí habíamos llegado en el vocho de papá, un domingo de marzo, pocas semanas después de su separación de mi madre. Tras hora y media de viaje desde el Cusco, ya estábamos pisando el lugar donde nació Ayda Rada. Con la ampliación de la carretera en los años 70, la vía se había trasladado al otro lado de la orilla y el viejo puente de piedra había quedado como una reliquia, desplazado por otro de hierro que atravesaba el río un kilómetro más adelante. Dejamos el auto a la vera del puente viejo, empezamos a andar a pie por el sendero de tierra. Gran parte de la población se había movido siguiendo la ruta del nuevo puente y la nueva carretera. En el antaño bullicioso pueblo de Lara quedaban pocos habitantes, ocupando casas de piedra y adobe erigidas en tiempos remotos. Muchas empezaban a caerse solas.

Al llegar a la plaza comenzamos a preguntar entre los más viejos si alguien se acordaba de Ayda Rada, o en su caso de los Rado que hasta los años 40 habían vivido en Lara. Desde las gradas que ascendían a la iglesia, un viejo policía municipal, vestido con un traje azul de inusitado esplendor, señaló una casa derruida. En pie solo quedaba un portón de madera tallada que alguna vez debió estar pintada con azules y blancos. Sin duda, esa era la casa. Lorenza nos había dado indicaciones sobre su fachada pero no quiso ir con nosotros. Dijo que Lara sin Ayda Rada podía ser cualquier pueblo fantasma. En aquel portón todavía se distinguían dos sirenas, elevaban algo en las manos que entonces me pareció una rama de viento. Nos hubiera gustado entrar, y aun sabiendo que nadie nos abriría tocamos varias veces con la aldaba, también con los nudillos de las manos.

Alguna vez Lorenza nos contó una historia de sirenas, de sirenas

coronadas por tocas de plumas, como las que resguardaban la puerta de esa casa, la casa en Lara de Ayda Rada. Eran capaces de cantar y volar bajo el agua, como también por encima de la tierra. «Pero no las vemos», apuntó Lorenza, «en el aire se confunden con las aureolas del viento». Acaso recordando, mi hermana y mi padre mantenían la vista fija en esas figuras. En sus frentes coronadas resaltaba un orificio, con los años transcurridos se había ido llenando de barro. Ayda metió el índice en uno de ellos, luego preguntó a papá qué pudo haber contenido.

—El ojo del agua —respondió él, detenido ante a la puerta.

A dos o tres personas más preguntamos por quienes fueran ahora los dueños de la casa. No recibimos respuesta clara. En la única tienda de abarrotes que hallamos, compramos angelitos de arroz y gaseosas. Mientras contemplábamos la plaza despoblada, tratábamos de imaginar los colores y bullicios que la debieron haber ocupado en otros tiempos, cuando todos los caseríos y villas del Valle Sur del Cusco estaban engarzados con Lara en la ruta de la plata que acarreaba tanto metales preciosos como revueltas entre la sierra peruana y las costas argentinas.

Se acabaron los angelitos de arroz e insistimos preguntando por rastros de los Rado a un hombre de mediana edad que apareció por una esquina. Fue en vano. Ya estábamos por marcharnos cuando una mujer de cabellos blancos que se abanicaba en una banca de la plaza elevó la voz. «Yo la conocí», nos dijo. No la habíamos visto antes, cobijada como estaba a la sombra de una palmera. Nos acercamos de inmediato. Papá le contó que él era su hijo.

—Ayda Rado —la anciana pronunció su nombre—. Mientras vivió aquí brillaba como un sol.

—¿Sí? —inquirió mi padre con los ojos desbordados.

—Sí —confirmó ella—. De todos los niños que fuimos niños con Ayda, ahora solo quedo yo. Miró a mi hermana, Ayda también, y lo hizo con complicidad—. Eres linda como tu abuela —señaló.

Mi hermana le agradeció, encantada de la vida; yo sentí celos. La anciana volvió a su silencio. Papá le preguntó algo más, no recuerdo qué; ella no contestó, solamente le sonrió y siguió abanicándose. El cielo de Lara estaba azul y en la copa de la palmera un pájaro emitió un graznido áspero. Atravesamos el puente de piedra en silencio, escuchando el río. Al llegar a la carretera, nos detuvimos a contemplarlo. A pesar de las escasas lluvias de aquel año, se mantenía tumultuoso y ancho. Nunca más volvimos a Lara.

Ilana abrió los ojos. «Lara», pronunció, y comenzó a pasear la vista por ese salón-comedor cuyos muebles, adornos y fotografías hablaban por sí solos de un tiempo antiguo, que parecía ya extinguido.

—Tantas ausencias —murmuró—. Y tú has venido aquí, Rada, buscando secretos, tratando de entender quiénes han sido tus ancestros. ¿Por qué?

Empecé a temblar.

—Tantas penas —musitó.

En su rostro estaba la iguana, y estaba Lorenza recordando con el pan a los niños perdidos, y estaba la misma Ilana con cinco años en un orfanato depositada, y estaban los árboles de caucho derramando sangre y goma blanca, y estaba una mujer observando fijamente un lago, y estaba mi padre con catorce años, recorrido su rostro por la sangre de otro chico azotado, y estaba Vilcabamba con sus altares abollados, quemados, y estaba Emilio estático y herido ante un río de silencio, y estaba Patricio y las canciones truncadas, estaba de nuevo mi padre extraviando sueños en una oficina de puertas selladas, y estaba mi madre una y otra vez despidiéndose en un aeropuerto, estábamos Ayda, Rada y Blas detenidos en un puente sin lograr comprender el río de Lara, y estaban las premuras cotidianas que impedían recordarnos como peces y aves, y otra vez aparecía Aira, llegada a Erabamba con el alma partida y una historia inventada, y estaba de nuevo Ilana con diecisiete años deambulando por los basurales con un recién nacido a las espaldas, y estaban las noches rasgadas por el ruido de avionetas y balas, y esos mosquitos diminutos que buscando la luz en el fuego morían achicharrados, y estaba mi padre muerto de tristeza con una herida gástrica, y esa casa de la selva, con sus habitaciones aguardando a que sus ocupantes regresaran, y estábamos Emilio y yo sin haber podido tener hijos, desolados en el Corazón de la tierra.

Me eché a llorar. Ilana me tomó una mano.

—Sí, pues, demasiadas penas —reiteró—. Y aquí has regresado, Rada, queriendo saber más.

Sentí miedo. Me solté de su mano y me acurruqué sobre mis brazos.

—Ya no sé si quiero saber más.

Cuando me calmé, le dije que me sentía agotada, cada día más cansada.

—Yo también me siento cansada —repuso.

Paseó la vista por el salón, como si se estuviera dirigiendo a cada uno de

los objetos albergados entre sus paredes y ventanas. Una de las velas empezó a arrancar chispas que elevaban su flama y en un instante derretían su cera. Esta iba desparramándose por la base del candelabro y nosotras no podíamos hacer otra cosa que observar cómo se extendía hasta alcanzar el mismo mantel. Miré entonces a Ilana con alarma.

—Hay que esperar a que enfríe —apuntó ella—. Luego se despegará como como una galleta.

Puso los puños sobre la mesa y señaló:

—Para el cansancio hay algunas soluciones. En realidad, hay muchas soluciones.

—¿Cómo cuáles?

—Como el café.

Asentí, sin retirar la vista de la vela acabada.

—Y nada mejor que un café recién pasado —prosiguió Ilana y se dirigió a la cocina.

Al cabo de unos minutos regresó, portando un termo y dos tazas grandes. La miré extrañada.

—¿Y el café? —pregunté.

—En el camino cambié de idea. Esta es otra delicia —aseguró sonriendo—. ¿Te sirvo?

—Está bien.

Vertió un líquido hirviente y rojizo en las tazas. Me dijo que era bobinsana, una infusión de la flor de bobinsana.

—Es rico —comenté, tras beber el primer sorbo.

—A tu abuela le gustaba mucho —recordó.

Alejé mis manos de la taza. Abuela. Me chocó que usara esa palabra para hablar de Aira, de quién más podría estar hablando. Ella prosiguió:

—Cuando llegó aquí, nada sabía de plantas. Cuando murió, bastante sabía, con plantas curó sus penas. Todas, menos una, claro.

—¿Cuál? —interrogué.

—Tú lo sabes bien —afirmó—. La pena de los hijos que dejó nunca la curó.

—¿Cómo pudo dejarlos, entonces?

—No sé. Eso yo no lo sé, porque te mentiría si digo que en su lugar yo

hubiera hecho lo mismo. He tenido hijos y creo que nunca hubiera podido separarme de ellos. Pero habría que estar su piel para ponerse a juzgar.

—Yo sí la juzgo.

Le hablé entonces de la ausencia que dejó como una herida abierta en la vida mi padre, de los maltratos que padeció de niño, puesta en duda su condición de hijo por quien era su propio padre, golpeado muchas veces.

Ilana bajó la cabeza.

—Pobre criatura —musitó—. No sabía yo eso.

—Por eso, Ilana, si Aira quería irse con su amante, no entiendo cómo pudieron dejar a mi padre con un hombre que no era su padre. ¿Por qué no se atrevieron a volver por él?

Ella irguió el cuerpo.

—No entiendo qué estás diciendo. Creo que aquí todos hemos conocido historias incompletas. Te voy a contar lo que sé. Es largo —advirtió—. Y es duro —añadió.

A medida que Ilana avanzaba en su relato, entendí por qué, unas horas atrás, había empezado con aquel cuento de niños. Ayda y Blas. Blas y Ayda. No era, pues, un cuento. A ratos hacía revolotear los dedos de sus manos y proseguía.

—O sea —repliqué—, me vas a decir que lo de las sirenas que Aira veía moverse en la puerta de su casa también era real.

—Claro. Tan cierto como que tú estás sentada en esta mesa. ¿O me vas a decir que estás soñando?

Dijo esto y a través de sus ojos pude ver a esos niños. Ayda y Blas. Blas y Ayda. Haciendo equilibrio sobre los rieles, ofrendando sus pequeños tesoros a un árbol de pepitas rosadas: un cortapapeles con forma de espada, una carta mayor de la baraja. Caminaban con zancos sobre las aguas de un río, a veces caían al río. Vi a una niña de trenzas depositando una moneda de plata bajo el molle; en su sello aún brillaban siete estrellas. Se montó en los zancos sin miedo, sin mirar atrás, y en los ojos de Ilana pude distinguir cómo estaba por alcanzar el centro y luego caía al río. La vi intentando retornar a la orilla, braceando con desesperación, pidiendo auxilio; y vi a sus amigos atónitos, perdiéndola de vista, corriendo con el río para ayudarla, tratando inútilmente de alcanzarle un palo, perdiéndola para siempre.

—¿Cómo? —le corté la palabra—. Conozco un cuento similar pero ocurrió en un lago.

—Ya no estamos con cuentos, Rada —afirmó Ilana.

Esa niña se llamaba Mayra Santisteban y era la mejor amiga de Ayda. Nunca encontraron su cuerpo.

De repente, ese fantasma había irrumpido en la cárcel donde mi padre purgaba condena y le había hablado de dos niñas que jugaban a las comiditas en ollitas de barro y se hacían las trenzas. Ese fantasma de rostro deslumbrante le había pasado unas granadillas a través de los barrotes que los separaban. Gracias, me encantan, había dicho él. Ella había asentido y le había deslizado una fotografía: dos niñas de trenzas, tomándose de una mano, aparecían sentadas sobre una escalera de piedra. No eran parecidas. ¿Cuál eres tú?, le había preguntado mi padre. Podría ser cualquiera de las dos, le

había contestado ella. Él le devolvió una de las granadillas diciéndole «Vamos a compartir». «Como cuando eras un niño», había contestado ella. «Sí», había confirmado él.

Las sirenas de la puerta azul cobraron mayor vida cuando Mayra desapareció. Ayda podía escuchar su canto, alguna vez le hablaron de los lugares bajo el agua que su amiga estaba habitando. Por las noches trataba de imaginar cómo sería jugar con Mayra en los puentes, los rieles y los ríos del mundo acuático. A veces temía estar volviéndose loca. Entonces las mujeres pez ya no le hablaban, solamente sacudían las plumas de su cabeza y con las manos hacían bailar remolinos. El miedo no pasaba. Las sirenas le ofrecieron el ojo de cristal de sus tocados. Le parecieron lágrimas. Los tomó con cuidado, sin estar segura de qué podría hacer con ellos.

Ilana seguía contándome esa historia y en sus ojos la iguana refulgía como si contuviera el río. *Parana*.

Empezaba la noche y Ayda Rada supo qué hacer con esos cristales. Escarbó bajo el molle. Allí depositó uno. Al río arrojó el otro. Para Mayra. Todo volvía a estar claro. De las ciudades sumergidas regresaría la niña perdida.

Y allí estaba Mayra Santisteban conversando con mi padre en la cárcel. Le pidió perdón por no haberlo visitado antes. No tengo nada que perdonarle, había respondido él y le agradeció por que hubiera abordado un viaje tan largo para verlo. Muy cerca de donde yo vivo hay una caverna, pero no es ninguna cárcel, le había dicho ella. Entre sus estalagmitas y estalactitas cada cual puede encontrar su reflejo, por eso mucha gente le tiene miedo, había seguido hablando ella y mi padre se había imaginado atravesando esa caverna, libre, tratando nada más de soltarse del miedo. Qué mundo injusto es este que nos ha tocado, había pronunciado ella. Tú tendrías que estar a este lado, libre, con tu familia, y mira, soy yo quien está acá afuera, como tantos otros que deberíamos estar presos, en vez de ti, había añadido. Él la había mirado extrañado y se había empezado a sentir incómodo, muy incómodo. Silencio. Se miraron a los ojos, todavía no se había cumplido una hora, pero ella se dio cuenta de que no cabía seguir hablando. Se levantó de su silla, pálida. Él le había preguntado si se sentía bien. Estoy triste, había respondido ella y le extendió la mano a través de la reja. Su mano estaba helada, como una piedra salida del fondo del río.

—Mayra Santisteban visitó a mi padre en la cárcel, en 1966. ¿Sabías eso,

Ilana?

—Sí.

Ilana levantó sus manos y empezó a jugar con ellas en el aire, formando remolinos con los dedos, por delante de sus ojos, por encima del candelabro. Yo había querido llorar, pero me quedé cautivada por el movimiento, tan cercano al fuego, que las flamas se agitaban elevando el azul. Empecé a hacer remolinos.

Un río, un lago, una caverna, el fuego, una reja; un río, se había construido un puente para atravesarlo, pero los niños siempre iban a preferir cruzarlo a nado, siempre iban a lanzar guijarros sobre la corriente para alcanzar la otra orilla. Aira, ahí estaba yo, tu nieta Rada, jugando con las manos en el aire y todavía no entendía cómo habías llegado a otro extremo del mundo sin haberte ahogado.

—Porque ya se había ahogado varias veces —señaló Ilana y volvió a poner sus manos sobre la mesa— ¿Te sirvo más bobinsana? —me preguntó.

Asentí, aunque todavía no podía aquietar mis manos.

Una segunda avioneta rajó la noche. En cuanto el ruido cesó, Ilana volvió a hablar. Supe entonces que pocos meses después de la desaparición de Mayra, Blas también se había marchado. Su padre había sido el ingeniero encargado de la construcción de tres puentes en la provincia de Quispicanchis. Aunque los trabajos se habían prolongado más de lo previsto, al cabo de tres años le asignaron un nuevo destino, en la sierra norte del país. De esta manera, a los once años Ayda se había ahogado dos veces: primero con Mayra, luego con la ausencia de Blas. No obstante, al poco tiempo ya estaba jugando de nuevo en el río, caminando por encima del agua y, por si acaso, tratando de aprender a nadar.

Una vez que los adultos del pueblo asumieron que los niños no iban a dejar de jugar en el río, como treinta y cincuenta y cien años atrás otros niños no habían dejado de hacerlo, optaron por ceder y contrataron a un experto para que les enseñase a nadar con destreza y estilo. En las temporadas secas, cuando el río no estaba caudaloso, algunos lograron incluso atravesarlo. Durante muchos años nadie más se ahogó en esas aguas.

Bebí un sorbo de bobinsana y en el fondo rojo de mi taza te vi, Aira, caminando sobre el río, no lejos de la orilla y sin embargo contra la corriente.

Haciendo equilibrio sobre los zancos, consigues permanecer erguida a pesar de que el viento ha empezado a agitar los perfiles de Lara y te hace pensar en cómo se agitarían las casas, los puentes, las gentes, los árboles, si un terremoto acometiera... Al momento de sortear las rocas de la orilla, imaginas que son los escombros del puente que hace pocos años fuera levantado por el padre de Blas; y aunque ese puente se mantiene incólume a pocos metros, no lo ves; solo sus escombros en forma de piedra caliza. Ya has aprendido a nadar; el día que cumpliste doce años te atreviste a cruzar el río como un pez pertinaz, pero cuando pierdes fuerza, vuelve a tu memoria la mano levantada de Mayra pidiendo auxilio. Tantas veces has preguntado a las sirenas de tu casa cómo se vive bajo el agua, y tantas veces has podido vislumbrar a Mayra cantando en las ciudades de plata y perlas que laten bajo el Amazonas, que ya no deseas que vuelva a Lara. Sabes que si lo hiciera no sería la misma, ya no brillarían sus ojos reflejando los rieles, el río, las ollitas de barro; si volviera a tierra sería un cuerpo sin vida, desintegrado, pútrido. Lo sabes bien. Las noches de Lara están pobladas de cuentos de cabezas voladoras, de amantes convertidos en cumbres de piedra, de almas en pena que vagan pidiendo perdón por los daños cometidos; como también de historias sobre aquellos que se ahogaron y nunca más aparecieron, o peor aún: describen los cuerpos inflados y azules que sí emergieron tras largos días de espera. Te estremeces al recordar al desconocido que un día hallaron muerto en el lugar que hoy ocupa el puente; del agujero de sus ojos brotaban peces anaranjados que aún se retorcían. Peces anaranjados, como los que se deslizaron entre tus pies la primera vez que desembarcaste en Erabamba.

En medio del aguacero de Lara oyes la voz de Lorenza, la mujer que te ha cuidado desde que naciste. Te viene a buscar. En pocos segundos, el puente, las casas y los árboles derribados se yerguen y el río corre otra vez manso. Sentada en el cobertizo de tu casa, te aguarda Rosada, tu madre. Te reprende por andar sola a esas horas por el río. Más tarde te recuerda que no debes tentar tanto al peligro: está bien que te guste el agua, está bien que juegues cerca del río, pero andar sola por ahí cuando está crecido es demasiado tentar a la muerte, te dice.

Rosada. Yo conocía ese nombre por la enumeración de los abuelos que alguna vez hizo mi padre. Lorenza me contó algunas cosas de ella, como que llamaba la atención porque era más alta que su marido, o que le enorgullecía mencionar que entre sus antepasados se hallaba una nieta de Manco, el primer Inca de Vilcabamba. A diferencia de otras gentes poderosas de Lara,

relegaba la mención de sus ascendentes europeos. Esos son ríos apocados — decía—, por qué tendría que destacarlos si puedo afirmar que en mi sangre corren los ríos del Sol. Esa historia me asombraba y varias veces le pedí a Lorenza que me la contara de nuevo. Ella la repetía gustosa y así me permitía imaginar a Rosada abriendo los puños, extendiendo los brazos para aseverar que el Sol corría en sus venas. Años más tarde, en mis primeros trabajos en Vilcabamba, me apropiaba de ese gesto y me envanecía diciéndome que estaba excavando en la casa de mis ancestros.

En Erabamba Aira relató muchas más cosas de Rosada y del mundo que tuvo en Lara. Nada de eso llegó a mi padre. Alcé la vista al techo, sin saber cómo descolgar las historias que pudieron haberse pegado a sus lámparas. Volví a mirar a Ilana. Silencio. Mi taza ya estaba vacía. Quería ir al baño pero me costaba moverme. Las piernas me pesaban, como si hubiera sido yo quien hubiera caminado con zancos sobre el río, a contracorriente.

Cada noche, antes de que se acostara, Rosada desataba las trenzas de su hija. ¿Dónde estarás tú cuando tengas mi edad?, le preguntaba. ¿Cuál será tu alegría cuando tus cabellos dejen de ser negros? ¿Te acordarás de mí? Ayda la miraba extrañada. Siempre me acordaré de ti, respondía.

Tomé una vela para alumbrar mi camino al baño. Conocía parte de la historia que venía a continuación y me dolía en la piel más que las gotas de cera que se estaban derramando sobre mi mano. Con los ojos cerrados avancé algunos pasos por el corredor, deseando que el tiempo diera marcha atrás y los inocentes que en mi familia cayeron derribados antes de tiempo se irguieran ilesos y forjaran una historia distinta, una historia más amable. Abrí los ojos. Desde las fotografías de las paredes, los awajunes aparecían deseando lo mismo.

A los catorce años Ayda viajó a Urcos y a nado cruzó su laguna. Le hablaron de la cadena del Inca que habitaba su fondo y que solo algunos buceadores intrépidos habían logrado vislumbrar. Ella aún no había aprendido a bucear. En la otra orilla, Lorenza aguardaba su regreso cantando, hasta que la vio desaparecer. Se iba a lanzar en su búsqueda aunque no supiera nadar. Y otra vez, de repente, del medio de la laguna emergió la cabeza de Ayda. Resplandecía.

Ese mismo año Ayda estuvo a punto de tener un hermano. Al fin había ocurrido el milagro; pero no fue un milagro. El parto se adelantó y tanto Rosada como el bebé, que era un niño casi totalmente formado, murieron en un charco de sangre. Las sirenas de su casa no hablaron más. Antonio Rado, su padre, cuyas ocupaciones combinaban el cultivo de una pequeña hacienda con un comercio en el pueblo, lo abandonó todo y él mismo se abandonó. Aquel año los pájaros se comieron el maíz y gran parte de la fruta.

Una tía lejana apareció en auxilio. Ayudó mucho. Al cabo de unos meses se casó con el dueño de la casa, no tardó en darle el hijo que deseaba y pronto tuvieron otro más. Aun así, aunque Ayda había concluido la secundaria con una profesora particular, su padre siguió negándole el permiso para que estudiara en la universidad. Con dieciocho años, su consuelo era esperar las revistas que llegaban con el ferrocarril. También se distraía contemplando cómo el tren que partía hacia el altiplano y luego a la costa corría en dirección opuesta al río Vilcanota. Le parecían dos torrentes huyendo el uno del otro. Una de esas tardes, el tren que circulaba en la ruta paralela al río se descompuso a la altura de Lara. Sus pasajeros fueron acomodados para pasar la noche con diferentes familias del pueblo. En casa de Ayda se hospedó un hombre que había estudiado tres años en Francia pero que debió trincar su carrera y retornar a causa de la muerte de su padre. Ahora estaba a cargo de la hacienda heredada en la lejana quebrada de Lares. De vez en cuando viajaba a Arequipa, donde tenía a su principal acopiador de lanas. Desde allí estaba retornando al Cusco cuando su tren descarriló. Ayda lo escuchó con atención, en especial mientras hablaba de París y sus museos, así como de los viajes que pudo hacer en sus años en Europa. Pasado un mes, él regresó a Lara con la sola intención de visitarla. Ella se dejó vestir con las ropas elegantes que

recomendaba su madrastra. En su siguiente visita, él pidió su mano.

Era Eugenio Ruiz y aspiraba a hacerla feliz. A los pocos días de instalarla en el Señorío de Amantay, ese era el nombre de su hacienda, la llevó a conocer, como un regalo especial, un lago cuyas aguas templadas oscilaban entre el turquesa y el azul más oscuro. Ayda se lanzó a nadar, atraída por la oportunidad para bracear sin miedo hasta la otra orilla. Eugenio la llamó antes de que hubiera alcanzado el centro; elevando la voz, le advirtió que esa zona era peligrosa. Ella retornó de inmediato, pero al salir del agua pudo percibir el enfado de su marido por el asombro que su cuerpo mojado provocó en su cuñada Gertrudis y en la servidumbre que los acompañaba. Esa misma tarde, él estableció que no debía volver a nadar y las costumbres más funestas volvieron a campar por el Señorío de Amantay.

Desde las alturas donde estaba enclavada su nueva casa, Ayda contemplaba absorta cómo celajes y cerros se confundían al atardecer; también observaba las maneras cómo Eugenio impartía órdenes y castigos entre los campesinos de la hacienda. Amantay se ubicaba en la frontera donde las sierras comienzan a ceder paso a las quebradas más húmedas que desembocan en la selva alta. Un marido hermoso, una casa magnífica, un paisaje idílico, un viento que le trajo la memoria de su madre Rosada extendiendo los brazos como ríos del Sol. Ayda reclamó por los maltratos a la servidumbre. Eugenio Ruiz le respondió con una bofetada. Se quedó paralizada, atragantándose con la sangre de sus labios. Estaba embarazada. No huyó. En silencio siguió observando los paisajes y las costumbres de Amantay.

A cambio del usufructo de una parcela, los campesinos debían trabajar gratis una porción nueve veces mayor. Las mujeres se encargaban del ganado y con la lana obtenían hilos y tejidos que luego eran comerciados en Arequipa por Eugenio Ruiz o por el administrador de la hacienda. Si las cuotas de producción exigidas no se alcanzaban, sobrevenían los tormentos. Ayda sabía que en muchas haciendas de Lara ocurría lo mismo, pero ahora lo veía en su propia casa y no tenía cerca ningún tren, ninguna carretera principal, ni tampoco un río que le permitiera pensar en otros mundos. Solo los domingos su marido la llevaba a la misa en el pueblo. En ocasiones especiales, merendaban a las orillas del lago en compañía de su cuñado y su familia, propietarios de la hacienda vecina.

Eugenio Ruiz había celebrado por lo alto el nacimiento de su primera hija

y aceptó de buen grado hacer un viaje a Lara para que Antonio Rado conociera a su nieta. De regreso, también de buen grado, aceptó que Lorenza se fuera a vivir con ellos a Amantay. En 1936 celebró el nacimiento de su segundo hijo, pero no condescendió en viajar a Lara para que Blas fuera presentado a su abuelo.

A Eugenio le angustiaban los comentarios sobre la belleza de Ayda. Se desahogaba golpeándola. También calmaba sus angustias con la bebida. Fue flexible cuando recibieron la noticia de que su suegro estaba grave. Ayda estaba esperando su tercer hijo y le dio dos semanas para que pudiera visitarlo, custodiada por Gertrudis y Lorenza.

Los aires de Lara disiparon el miedo y los mensajes telegráficos no daban pauta para explicaciones largas. Poco antes del día señalado para su regreso, Ayda le mandó un telegrama comunicando que se quedaría una semana más acompañando a su padre. Precisamente esa semana, después de muchos años, Blas Girán volvió a Lara y la buscó. Al reconocerse se abrazaron. Ayda no le dio importancia al hecho de que Gertrudis estuviera cerca. La tarde previa a su retorno, salió de paseo con Lorenza y a escondidas se encontró con Blas bajo el puente. Él no la veía bien, o la quería tanto, que le dijo que si alguna vez lo necesitaba, no dudara en buscarlo.

Diecisiete horas de trayecto por tren y carro tomaba entonces trasladarse desde Lara, en la provincia de Quispichan, hasta el poblado Amantay, en Lares. A medida que se aproximaban al Señorío, los bosques eran más tupidos. También el miedo. Eugenio Ruiz tronó contra su hermana por no haber hecho cumplir la orden de volver en dos semanas. Gertrudis se lavó las manos. Todo había sido por el capricho de Ayda de ver a sus amistades. Eso llegó a decir y no se privó de mencionar el encuentro con Blas.

Eugenio Ruiz extrajo de sus botas la experiencia acumulada a la hora de escarmentar a los desobedientes. A saber si el hijo que esperas es mío, le repetía. Al escuchar los gritos, Lorenza corrió y con su cuerpo quiso defenderla, pero a ella también le llovieron patadas.

Ningún médico fue avisado de la gravedad de Ayda. Con cuatro meses de embarazo sufrió un aborto. Las matronas que la atendieron señalaron que no podría tener más hijos; dijeron que por los golpes en el vientre y el mal parto provocado, el útero se le había volteado. Eugenio Ruiz lloró, pidió perdón. Las matronas siguieron sacando de la habitación trapos encharcados en sangre.

—Ayda no murió; bueno, no murió de esa manera.

Ilana dijo esto y yo seguía recorrida por un escalofrío. Tantas veces en sueños, más bien pesadillas, me había visto agonizando, desangrada, faltando muy poco para tener un hijo.

—Tengo frío —musité.

De un cajón del aparador, Ilana extrajo un chal.

—Era de tu abuela —me avisó, mientras lo colocaba sobre mis hombros.

Ayda se empezó a apagar, sin hallar salidas. La única vez que intentó probar suerte alejándose de la hacienda, como quien sale de paseo al pueblo con sus hijos, un capataz los interceptó antes de que hubieran andado dos kilómetros. Tuvieron que regresar sin más. Una tarde, al Señorío de Amantay arribó la noticia de la muerte de Antonio Rado. Ayda se siguió apagando.

Once años viví al lado de Lorenza, confiando en la fortaleza de sus trenzas, deseando que me contara todas las historias reales o inventadas, graciosas o aterradoras, que guardara en su memoria. Tantos cuentos me contó de Lara, tantos regaños me dio cada vez que me escapaba saltando por el cerco de casa cuando estaba castigada, tantas veces me habló de amantes convertidos en piedra, pishtacos y almas que penan en los cerros por los daños que cometieron en vida. Jamás mencionó al Señorío. Si alguna vez habló de la casa de infancia de mi padre, nunca pronunció ese nombre. El Señorío. Como si fuese una palabrota, como si ese lugar nunca hubiera existido, como si su recuerdo debiera ser extirpado.

Ayda se estaba extinguiendo. Lorenza mandó un telegrama a la única persona que las podía ayudar. Blas no tardó mucho en aparecer. A escondidas, pudieron encontrarse en una choza abandonada. Él le propuso llevársela a ella y a sus hijos. Ayda veía imposible que Eugenio les permitiera huir; además, le dijo a Blas que él debía tener una familia propia y ella ya no podía ofrecerle nada.

Blas se marchó. Ayda volvió a su encierro.

—Pero de las patadas de Eugenio Ruiz la dichosa Lorenza no se había olvidado —me reveló Ilana, y en su taza y en la mía vertió más bobinsana—. Porque fue ella y no un mal paso el que fracturó en tres su pierna derecha una noche en que estaba subiendo a su habitación. Como estaba borracho, no supo si había tropezado en las gradas de piedra, o si alguien le hizo tropezar.

En los dos meses siguientes el patrón de Amantay quedó postrado en

cama, observando impotente cómo su mujer salía y entraba a todas horas, doliéndose por su pierna y dándose cuenta, acaso, de que el mayor peligro lo acechaba en su propia casa.

Una pierna enyesada, varios pares de botas acumulando polvo en el armario, un capataz mantenido a raya por la señora de la hacienda. Gertrudis se mostraba solícita a la hora de cumplir con las recomendaciones médicas para la recuperación de su pierna y de su andar; pero por las noches, solo quedaba dependiente de su esposa.

El hombre volverá a caminar y volverá a poner orden en esta casa, pronunciaba Gertrudis continuamente. Y te va a matar, eso le parecía escuchar a Ayda detrás de esas palabras. Pero era Lorenza quien con la voz clara le decía: tienes que marcharte, tienes que marcharte, tienes que marcharte.

El día que las muletas llegaron del Cusco, Eugenio Ruiz se precipitó a probarlas. Lo hizo bien. En cuanto descubrió el equilibrio preciso, cruzo la sala varias veces, ida y vuelta. En cada recorrido aumentaba la velocidad y fijaba la mirada en su mujer.

El hombre está listo para retomar las riendas de la casa, farfullaba Gertrudis. Si no lo matamos antes, con esas muletas él te matará a ti; esa fue la advertencia de Lorenza. ¿Es que no hay otra salida?, se preguntaba Ayda. Las horas corrían, en cuatro días más el médico iba a retirarle el yeso. El miedo volvió a ocupar la casa, Ayda dejó de salir a todas horas. El miedo ocupó Amantay, una familia entera del pueblo: padre, madre y tres hijos pequeños, se había ahogado en el río Yanatile.

—De niña, mi mejor amiga murió ahogada —comentó Ayda a la hora de la cena—. Se llamaba Mayra y no sabía nadar, solamente braceaba un poco —añadió—. Yo sé nadar y tengo que enseñarles a mis hijos.

Eugenio Ruiz consintió.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Ayda salió del Señorío llevando a sus hijos de la mano. Iban acompañados por Gertrudis, Lorenza y un peón de la hacienda que cargaba a sus espaldas toallas y fiambres.

Durante largos minutos se mantuvo a pocos metros de la orilla seca, con el agua hasta las caderas, explicando a sus hijos cómo se bracea. Extendida sobre el agua, les mostró cómo había que patear con las piernas estiradas y firmes. Ellos la observaban embelesados. Hacía calor y tocaba poner en práctica la lección. Con el brazo derecho tomó a Mayda por la cintura y la

estiró sobre el agua, alentándola para que recordase mantener el equilibrio entre izquierda y derecha al bracear, también al patear. Mayda chillaba de emoción y sus piernas chapoteaban dispares, salpicando agua hasta la misma orilla. Se hubiera quedado el día entero aprendiendo a nadar. Pero ahora le tocaba el turno a Blas. Al tomarlo por la cintura lo apretó más contra su cuerpo y apenas pronunciaba palabras, solo con gestos intentaba recordarle cómo bracear. A él le costaba concentrarse en el agua, continuamente volteaba para mirar los ojos de su madre. Ella estaba triste.

—No me preguntes cómo pudo desprenderse de su niño —me pidió Ilana y miró a un costado.

El tiempo se detuvo para siempre en aquel momento, como las llamas de aquel candelabro de tres piezas.

—¿Cómo pudo? —retomé la pregunta.

—Pudo —musitó Ilana.

El tiempo suspendido en el lago de Aira.

Ya no puede más. Como una autómatas lleva a su hijo de regreso a la orilla y lo seca. Su dedo meñique se atasca en el bordado de la toalla, recién reacciona. Escucha el clamor de Mayda pidiendo volver al agua un ratito más. Solo un ratito más.

Gertrudis señala que es hora de almorzar, que toca regresar. Los dos adolescentes que habían estado bañándose cerca ya se han marchado, con su toalla blanca uno y su toalla colorada el otro. Sus figuras se hacen cada vez más pequeñas a medida que ascienden por la quebrada. Ayda consigue desatascar su dedo del bordado, besa a Blas y camina de nuevo hacia el agua.

—Es tiempo de volver a la casa —reclama Gertrudis, levantándose del suelo y elevando la voz.

—Ustedes vayan avanzando, yo los alcanzaré.

Gertrudis insiste. Lorenza termina de vestir a Blas y lo toma en brazos.

—Solo serán cinco minutos —apunta Aira y se lanza a bracear en rana.

El sol está en el cenit y así pareciera que está brillando desde el fondo del lago. Ayda se sumerge por unos segundos. Y vuelve a la superficie. Está agotada. Sabe que no debe mirar atrás. Se sumerge de nuevo. Antes de hundirse definitivamente, con una mano busca el aire, como pidiendo auxilio, como diciendo adiós. Burbujas en el centro del lago. «Va a morir la señora», señala en quechua el peón que las acompaña. En esa orilla nadie sabe nadar.

Gertrudis empieza a gritar. Lorenza clama socorro. Los adolescentes que ya se estaban perdiendo de vista las escuchan y a grandes trancazos regresan al lago. Sus toallas han quedado regadas por el camino. Tardan quitándose las botas, pero con rapidez se despojan de las camisas y los pantalones. Se arrojan lago adentro y no demoran mucho en llegar al centro. Lorenza aleja a los niños de la orilla, les pide que no se asusten, les asegura que todo es un juego.

Al centro del lago, los dos chicos convertidos en rescatistas se miran uno al otro. Uno de ellos se sumerge y casi de inmediato vuelve a sacar la cabeza. En la orilla todos distinguen la negativa de su gesto. El otro decide intentarlo. Se sumerge. Burbujas grandes y pequeñas revientan en la superficie, el reflejo del cielo permanece quemando el agua. El muchacho vuelve a salir a flote solo, sin Ayda. Ninguno de los dos se atreve a bucear de nuevo. Se quedan en silencio, braceando sobre el mismo lugar, observando a los niños que aguardan en tierra.

Al igual que esos muchachos, me quedé sin entender, detenido el tiempo en los niños de Aira, con el cuerpo frío y la cabeza quemándome como si tuviera al sol de Amantay en el cénit. Sin aliento para beber más bobinsana.

—¿Entonces, murió? —musité.

Ilana exhaló un suspiro.

—¿Cómo iba a morir? —repuso.

Y otra vez es mediodía y el tiempo ha quedado suspendido en el lago de Aira.

Adentro el agua está bastante fría pero ya no tiene fuerzas para regresar. Toma el último aire de su vida pasada y otra vez se sumerge. Las algas han seguido creciendo y la piel se le estremece al sentir cómo algunas la recorren, como serpientes. Un impulso la empuja a salir pero algo más tenaz que el terror la espolea. Sigue buceando, con algas que se enredan en sus pies y sin embargo terminan desenredándose. Ya no puede más. El corazón le va a explotar. Sigue braceando. Pececillos plateados y renacuajos empieza a ver bajo el agua; también, entre unas matas, la forma de una mano pútrida le parece ver y quiere emerger y gritar. La mano de un muerto, o tal vez una alucinación por falta de oxígeno. Bucea un poco más, su cabeza choca con los tallos de totora. Un nuevo impulso con las piernas y logra filtrarse entre la maleza acuática. Solo uno más y está desaparecida.

Saca la cabeza y todo el aire del mundo acude a su encuentro.

Ya no hay marcha atrás. Ni aunque en esa orilla de totoras alcance a oír los gritos que se elevan del lado donde han quedado sus hijos. Encorvada, avanza entre los charcos, con la piel rasguñada por los juncos. Cubierta solamente por la ropa de baño, al pisar tierra seca se agacha más y se desliza entre los matorrales de la quebrada. Una y otra vez sus pies resbalan y sus rodillas quedan rasmilladas; una y otra vez se repone del dolor y prosigue ascendiendo por el bosque, camuflándose entre los matorrales ante cualquier ruido extraño. No puede más, pero al fin empieza a divisar su escondite.

Por la noche, vestida con la ropa de hombre que Lorenza le ha dejado en esa choza derruida, la misma que tres meses atrás acogió sus encuentros con Blas, Ayda camina por los cerros como un alma en pena, con el pelo recogido

bajo un chullo y un sombrero viejo. Comiendo solamente el maíz tostado de su alforja, logra sortear un pueblo y al amanecer avista otro más grande. Ya está cerca de Calca, en el corazón mismo del Valle Sagrado. Nadie la reconocería en el pequeño albergue donde dos años atrás pasara la noche con sus hijos, con Lorenza y Gertrudis, tras su última visita a Lara, pero prefiere evitar riesgos. No hay marcha atrás. No volverá más a Amantay. Con la cara sucia y esa ropa de hombre busca cobijo bajo una roca y se estira. Envuelta en un poncho, intenta dormir. Al mediodía se dirige a la estación de donde sale el único autobús que puede llevarla al Cusco. Mientras mastica un puñado de coca tras otro, de la voz de otros pasajeros escucha la noticia de su muerte.

Al llegar al Cusco se aloja en una posada casi tan sucia como ella. A la mañana siguiente decide usar las monedas de plata de su alforja y sale de aquel lugar vestida de nuevo como mujer, con un velo negro cubriéndole la cabeza. Como un fantasma que no puede volver a la vida que tuvo, deambula por las calles de la antigua ciudad tratando de encontrar otro lugar donde albergarse, pero por todas partes los muros de piedra parecen mostrarle espejos de los caminos que ha recorrido desde el día en que nació. Allí, en Hatun Rumiyoq, la calle de las piedras ciclópeas, está el cobertizo de su casa de infancia y su madre aguardándola con las palmas abiertas al Sol; y están las gradas donde dos niñas se hacen las trenzas; y están las ofrendas entregadas a un molle: una espada diminuta, una carta mayor de la baraja, el ojo del agua, una moneda de plata; está la puerta de las sirenas que hablan; y están el río, los árboles, los rieles y el puente de Lara; está un hombre hermoso bajando de un tren averiado; y están los caminos de polvo y frutales serpenteando entre las quebradas de Quispicanchis y Lares; y están los portales de Amantay dándole la bienvenida; y sus hijos Mayda y Blas creciendo en su vientre; y están de nuevo ellos, aguardándola en una orilla de tierra y guijarros, aguardando sin reposo; y quisiera regresar a ellos pase lo que pase; y quisiera abrazarlos para siempre y enseñarles a nadar hasta el fin del mundo; y estrellar su cabeza contra el muro. Está a punto de hacerlo. Se da cuenta que hubiera sido mejor dejarse morir. La palabra veneno comienza a circular en sus deseos. Da un paso atrás y la misma piedra de nueve ángulos que estuvo contemplando le muestra un río mar envuelto en bosques que jamás ha conocido, y antes de que insista en alejarse del muro en busca de veneno, su propio fantasma le muestra una casa circunvalada por plantaciones de café, con los frutos rojos brillando como rubíes, como

estrellas brotadas del corazón de la tierra.

Por la tarde envía un telegrama a Erabamba. Mientras en la casa de Amantay sus ropas están siendo veladas sobre una mesa de cedro, ella amanece viva un día más y con el nombre de Mayra Santisteban aborda el tren a Arequipa. En ese largo recorrido contempla el río Vilcanota que marcha caudaloso en dirección contraria. Por última vez, pasa por los pueblos de Quispicanchis que conoció de niña. Como es habitual, durante quince minutos el tren se detiene en Lara y aunque una parte de ella quisiera interrumpir el viaje y quedarse en esa estación, la otra la impele a agarrarse de su asiento y a mantener la cabeza cubierta con el velo. El murmullo de los vendedores de pan le suena como un canto celestial. Desde la ventana aspira los aires de Lara y se atreve a comprar tres grandes hogazas. Desgarra un trozo, lo muerde, lo mastica lentamente. Con aquel sabor de trigo y anís vuelve a sentirse capaz de caminar sobre las aguas aunque su corazón siga latiendo lejano y frío en el fondo de un lago. El tren retoma su marcha. Ayda se despide del puente y de los cerros y del molle de Lara. Adiós. Y sin embargo el Vilcanota sigue corriendo cerca, en sentido inverso pero sigue resonando cerca, rompiéndose en dos, en tres, en diez cada vez que choca contra las rocas. ¿Cómo hacen los peces para sobrevivir a ese estallido?, se pregunta, y aprieta contra su pecho el candelabro de bronce que lleva en la cartera. Tres peces con ojos de cristal son el soporte de sus portavelas; es el único recuerdo de Lara que Lorenza consiguió guardar en la alforja que le preparó para la huida. Al llegar al Altiplano ya no reconoce ningún paisaje, solo el río y el nombre que vuelve a leer en su boleto de tren. Mayra, ¿a dónde me estoy yendo?, pregunta. Al otro lado del mundo, Aira.

Aira, te puedo ver arribando en una barcaza a Erabamba, con la mirada desconcertada ante un paisaje radicalmente distinto al de tu vida pasada. Pocos días atrás, una avalancha ha desbordado el río y este ha cargado con el muelle y varias casetas del puerto. El agua todavía se sacude turbia. Debes quitarte los zapatos y remangarte las faldas para alcanzar la orilla que te aguarda. Pececillos anaranjados se deslizan entre tus piernas; al verlos deseas vomitar y de nuevo flaqueas. Un hombre te sostiene, es Blas Girán y te ha sostenido desde que fue a Arequipa para recogerte. Durante cuatro días han surcado la costa; entre el desierto y el mar han ido armando una historia distinta y poco trágica que explique vuestro matrimonio. Sin casarse nunca han atravesado las montañas de la sierra norte y ríos cada vez más caudalosos hasta arribar a la selva y al eterno calor de Erabamba. Antes de que pisen tierra seca un sirviente les alcanza una palangana de agua clara. Sentada sobre un poyo te enjuagas los pies y te los secas con una toalla blanca. En pocos segundos aprendes cómo pican los mosquitos. Tus manos y tus tobillos ya levantan ronchas. Vas sintiendo que tu sangre se está uniendo con la selva. Mujeres nativas semidesnudas te observan y tú las observas a ellas. Una brisa empieza a correr agitando los techos de palma, elevando polvo desde el suelo que pisan unos y otros. Empiezas a caminar en tierra nueva, sin saber si sería mejor andar descalza a pesar de los mosquitos o mantener los pies hirvientes dentro de los botines. Blas te presenta a los conocidos que van encontrando por el camino. Ahora eres Rada y puedo ver cómo avanzas por Erabamba con una vida inventada. Pero en el Señorío de Amantay veo también a esos dos niños, Blas y Mayda, que siguen aguardando tu regreso; siguen soñando con la posibilidad de que un pez, un alma buena o una sirena te haya recogido del centro del lago y en algún lugar secreto de la otra orilla esté curando tu olvido. Te dejará volver cuando hayas recuperado la conciencia, eso esperan. También veo a mi padre agonizando. En su delirio, siete décadas más tarde, ha seguido pidiendo que regreses. Cómo pudiste dejarlo, Aira, vuelve la pregunta a mi cabeza. La pronuncio.

Comienza a amanecer, de un soplido Ilana apaga las velas.

—No todas las preguntas tienen respuesta —afirma y me sopla en la frente.

Aire fresco también se cuela en el comedor a través de las ventanas. Es hora de dormir.

IV

EL AIRE

Eduardo Girán regresó al Perú a inicios de setiembre. A través de correos electrónicos acordamos vernos en un café del malecón. El viento era gélido aquella tarde y las olas parecían correr junto a nuestra mesa.

—No ha sido una buena idea citarte acá —me dijo.

—No importa —repuse, aun confundida por tener frente a mí a un hombre tan parecido a mi padre.

Lo primero que me avisó es que Ilana había muerto hacía dos semanas. La imagen de sus manos extrayendo galletas del horno quedó rasgada.

—No puede ser —le dije, con la cabeza también negando esa noticia.

Me fue explicando que todo había ocurrido muy rápido. Una noche se había acostado con un leve dolor de cabeza, por la mañana amaneció muerta. La hija que la visitaba esos días organizó un velorio en Erabamba y al día siguiente, entre toda su familia la trasladaron a Cajamarca. Allí la enterraron, allí vivían tres de sus cinco hijos.

—No puede ser —insistí.

Ni aunque estuviera muerta me imaginaba a Ilana lejos de la selva que nunca quiso abandonar, no entendía por qué ninguno de sus hijos hubiera apostado por enterrarla en paz en Erabamba.

—No los juzgues mal —me dijo Eduardo—. Ninguno de ellos piensa volver a vivir en la selva y no quieren que la tumba de su madre quede sin quien la recuerde. Además, para el próximo año está prevista la remoción del cementerio de Erabamba debido a la construcción de una carretera. Como aún no se sabe bien dónde se ubicará el nuevo cementerio, ellos han preferido llevársela a Cajamarca.

Me contó que había recibido la noticia un poco tarde y le había sido imposible adelantar su viaje para acompañar el entierro. En dos días recién viajaría a Erabamba para decidir qué hacer con las propiedades.

No podía imaginar Erabamba sin Ilana. Nadie en el mundo recordaba cuál habría sido el nombre más antiguo de esas tierras de la selva alta, ni nadie quedaba en Erabamba que pudiera pronunciar las cinco palabras omagua que durante noventa años Ilana había guardado. *Pua, Kawa, Sisu, Parana, Kwarashi*. Las había pronunciado la última tarde que Emilio y yo

compartimos con ella, mientras caminábamos por las plantaciones de café y nos invitaba a probar los granos dulces que estaban por cosecharse.

—¿Cómo le habríamos llamado al café en omagua? —comentó y se quedó mirando aquel horizonte rojo—. Mmm... Tendría que ser una palabra sabrosa.

El mesero colocó los cafés sobre la mesa y antes de ponerle azúcar, tanto Eduardo como yo nos aprestamos a calentar nuestras manos en la taza.

—No imagino cómo va a ser Erabamba sin Ilana —apuntó él.

Asentí. Recordé la tarde en que volví a aparecer en el Corazón de la tierra. Ahora toca entendernos, me había dicho ella, al cabo de un rato largo de frialdad y desencuentro.

—Tu parecido con mi padre es impresionante —comenté y puse una cucharita de azúcar en mi café.

Eduardo Girán sonrió, no tardó en hacer lo mismo. Tampoco demoró en contarme la verdad.

—Es natural que Blas y yo seamos muy parecidos —señaló, mientras removía el azúcar en su taza—. Somos hermanos por padre y madre.

Blas Ruiz y Eduardo Girán, Eduardo y Blas. Miré a Eduardo confundida y de nuevo emergieron esos dos niños, Blas y Ayda, Ayda y Blas, jugando al borde de un río, elevándose con zancos por encima de la corriente, enterrando pequeños tesoros al pie de un árbol, y más tarde jugando a escondidas, cerca de un lago engendrando dos hijos. Creí haberlo sabido desde el principio.

—Mi padre biológico fue también Eugenio Ruiz —me aclaró el hermano de mi padre.

—¿Quééé?

Las olas sonaban como si estuvieran a pocos metros y yo seguía sin entender.

—Así es, Rada —afirmó—. Eugenio Ruiz fue quien me engendró y, si las cosas no hubieran ocurrido tal como ocurrieron, quién sabe yo también pude haber nacido en Amantay.

No supo esa verdad hasta que en 1986 Aira cayó en agonía. Eran años difíciles aquellos, pues Sendero Luminoso y el MRTA estaban acechando la selva norte y a Erabamba empezaron a llegar centenares de refugiados de la selva central, como también contingentes militares que bajo la consigna de reinstaurar el orden, muchas veces invadían propiedades y al igual que los subversivos exigían alimentos y cupos. Aira estaba angustiada por las presiones recibidas y le sobrevino un infarto. Desde Lima, Eduardo voló hasta el aeropuerto más cercano y alcanzó a verla con suficiente aliento como para que le revelara el lado secreto de su vida.

—Tenía tanta vergüenza... —me dijo, y desvió la mirada hacia el mar.

—Vergüenza —repetí esa palabra como si estuviera viendo un cuchillo cortando lentamente los latidos de Aira.

—Sí, toda la vida vivió con esa vergüenza. Yo recién lo supe cuando estaba a punto de morir —señaló él.

Aira temía que sus hijos de Erabamba pudieran menospreciarla al saber que tuvo otra vida y que en esa vida había abandonado a dos hijos pequeños. También temía que Eduardo dejara de sentirse hijo pleno de Blas Girán. Pero no había querido morir sin revelar la verdad.

Una choza derruida en las proximidades del lago, un campesino que la

había visto merodeando sola por esos lares, la noticia en Amantay del arribo de un desconocido que se había presentado como un comprador de lanas pero que pronto había desaparecido sin comprar nada, ¿quién será, quién será?, en las murmuraciones. Solo Ayda Rado y Lorenza Cutipa conocían esa respuesta. El desconocido se había marchado y en el Señorío de Amantay el patrón se había fracturado la pierna en una extraña caída. Pocas semanas antes de darse por muerta en el lago, Ayda había comprobado que lo imposible se había hecho cierto. Otra vez estaba esperando un hijo.

Continuamente su cuñada le dejaba oír que cuando Eugenio Ruiz se levantara de la cama iba a restaurar el orden de la casa. De más cerca escuchaba las palabras de la mujer que la había cuidado la vida entera: si alguna vez sospecha que estuviste viendo a un hombre a escondidas, te va a matar, y si no te mata a ti, matará al hijo que esperas; vete, si no lo haces, antes de que te mate lo mataré yo, no me importa ir presa. Y más cerca aún, Ayda escuchaba su propio miedo, así como su repugnancia a que Eugenio Ruiz volviera a penetrarla. Pero también estaban Mayda y Blas, Blas y Mayda. No encontraba salidas, hasta que a Amantay llegó la noticia de la familia que murió ahogada en el río Yanatile. Entonces solo halló una salida incompleta.

Con tres meses de embarazo arribó a Erabamba, y aunque Eugenio Ruiz hubiera quedado muy lejos, a punto estuvo de morir desangrada en el nacimiento de su tercer hijo. En un solo año había muerto y renacido y había estado a punto de morir de verdad; pero había sobrevivido y había tenido otro hijo.

Cuando Blas Girán apareció en Arequipa, afirmó que le daba igual si el hijo que esperaba llevaba su sangre o no. Él iba a ser su padre, punto. De esta manera, el niño que definitivamente era hijo de Eugenio Ruiz se quedó con el nombre de Blas en Amantay, sin saber que llevaba ese nombre por la memoria de la infancia de su madre. El que nació en Erabamba fue bautizado como Eduardo en memoria del padre de Blas Girán, el ingeniero que en 1923 llegara a Lara con su familia y el encargo de construir puentes.

El puente de Lara, el río de Lara, las orillas de Lara, de nuevo emergían como lo más puro en la vida de Aira. Las voces de unas sirenas esculpidas en una antigua puerta de madera parecían canturrear con el viento del malecón, tan alejado de la selva como de las quebradas de Lara.

—Todo aquello fue también lo más puro para Blas, mi padre —señaló

Eduardo—. Supongo que por eso la quiso tanto a ella.

En Aira vivía el aire de los niños de Lara, eso le había dicho Blas Girán antes de morir. Muchas más cosas le dijo sobre aquel aire. Sin ese aire jamás hubiera existido la fuerza para seguir viviendo sin Ayda ni Lara en territorios extraños, muchas veces hostiles; ni tampoco la aventura para adentrarse por selvas ignotas buscando una nueva ruta para el café; ni el candor por retornar una y otra vez por Ayda creyendo que salvándola a ella se podría salvar la inocencia de las orillas de Lara. Sin ese aire tampoco hubiera soplado el coraje para indagar por el misterio de un meteorito que cayó en los bosques de Erabamba; ni hubiera existido la alegría por descubrir que había caído justamente encima de un lugar perverso; ni hubiera aleteado el temor a que las víctimas del caucho se fueran a levantar, porque a pesar del miedo persistía la inocencia para vislumbrar que las cosas se revierten y cabía entonces tomar conciencia sobre lo justo e injusto. También le dijo que por ese aire no había culpa ni vergüenza; solo los ríos que a veces parecen navegar en sentido opuesto a nuestros caminos y sin embargo terminan encontrándonos de nuevo, como ese Vilcanota que corre en dirección contraria al tren de Lara para al final, tras serpentear entre miles de cumbres y junglas acabar uniéndose al mismísimo Amazonas en Loreto. Y por ese aire y por esos ríos tú siempre has sido mi hijo, eso le dejó dicho como sus últimas palabras.

—Ese era mi padre, Blas —evocó aquel hombre, tan igual a mi padre, Blas.

Desde aquel acantilado era imposible imaginar dónde comenzaban las orillas del aire. Y sin embargo, ahí estábamos nosotros, escudriñándonos a uno y otro lado de la mesa, herederos de una historia del agua, viendo qué semejanzas podíamos tener más allá de aquellas aportadas por nuestro extraño parentesco.

El mesero se acercó para preguntarnos si deseábamos otro café. También nos recomendó probar el postre del día.

Esas palabras ocupaban también el aire.

—Sí, sírvame otro café —pedí yo.

Eduardo aceptó el postre recomendado, también pidió más café.

—¿Cómo puedes estar seguro de que Blas Girán no fue tu padre biológico? —le pregunté.

Levantó los hombros y repuso:

—¿No te basta con el parecido sorprendente que tengo con tu padre?

—Sabes que eso no lo explica todo.

Me dijo entonces que Aira siempre supo que eran mayores las posibilidades de que Eugenio Ruiz fuera su padre, y aunque se aferraba al deseo de que fuera hijo de Blas, cuando lo fue viendo crecer, casi como un espejo del hijo que dejó en Amantay, fue dándose cuenta de que tanto parecido no se explicaba solamente porque fueran hermanos de madre. Y había algo más. Me extendió la palma de su mano derecha. La miré sin entender.

—¿Ves el lunar? —inquirió.

La luz del candil era tenue y aunque me aproximé, no vi nada raro.

—Fíjate bien —me dijo, elevando su palma más cerca de la luz.

Recién distinguí la difuminada sombra de un lunar en el triángulo del pulgar.

—Cuando era niño era un lunar bastante pronunciado, con los años se ha ido borrando —señaló.

Era un lunar tan marcado como el que Eugenio Ruiz llevaba en la mano derecha, también en el triángulo del pulgar.

—¿No sería esa una coincidencia extrema? —le pregunté titubeando.

Él sonrió.

—¿No te quedaron dudas? —agregué.

—Pues sí, alguna —repuso—. Alguna que ya no es ninguna—añadió.

El mesero se acercó y dispuso nuestros cafés y la torta de zanahoria sobre la mesa.

—Supongo que has probado el café de Erabamba, ¿verdad? —me preguntó el hermano de mi padre.

—Por supuesto —señalé—. Una y muchas veces, con Ilana.

—Hace algunos años mi hijo mayor compró terrenos en Oxapampa, allí sembró semillas del Corazón de la tierra.

—¿Ah, sí?

—Así es —afirmó complacido—. Le está yendo bien y hace poco ha empezado a exportar café a Canadá.

—Es un gran café —acoté.

—¿Sabes con qué nombre se exporta?

—No, no lo sé.

—Rada.

Me pareció estar junto a mi padre, a punto de empezar un juego de palabras.

—¿Rada? ¿De veras?

—De veras, Rada.

Tomé un sorbo de mi café, encantada de la vida.

—Una y otra vez nos perdemos y hallamos en nuestros nombres, Rada — prosiguió Eduardo. Sus palabras se quedaron resonando en mi cerebro. Demoré saboreando el último sorbo de mi café.

—Sí, pues. Yo también soy Rada —afirmé.

Eduardo asintió.

Tantas veces me había sentido perdida en mi nombre, sintiéndome extraña en su sonido, tratando de encontrarle un significado exclusivo, creyendo que era en vano que papá hubiera querido prolongar la existencia de su madre en las hijas que tuvo; tantas veces había sentido que ese nombre no era mío, y en efecto, no lo era, pues ningún nombre terminará de pertenecernos, ni la palabra hablada, ni el aire mismo, pero aquella tarde comencé a entender que podía haber tenido otros nombres que me gustaban: Magdalena, Eva, Micaela, Elisa, Wayra; pero Rada era mi nombre, al fin y al cabo.

Soy Rada, pronuncié con certeza cuando llamé a mi hermana para avisarle, por fin, que la mujer cuyos nombres habíamos heredado nunca había muerto en un lago. Ayda se quedó callada. Aunque siempre había percibido una bruma de misterio en la muerte de nuestra abuela, no me creyó que hubiera seguido viviendo por más de cuarenta años en la selva. Cuando volvió a hablarme, preguntó en qué jueguitos de palabras andaba.

—No estoy jugando —le dije—. Ella nunca se ahogó.

La historia era demasiado larga como para que se la explicara por teléfono, de modo que en diciembre, cuando Emilio y yo viajamos al Cusco por Navidad, recién le conté los detalles.

—Pobre Aira —comentó—. Cómo habrá podido vivir...

Le pregunté si le gustaría ir a Erabamba alguna vez. De forma rotunda me dijo que no. Le daba pena su historia, pero sentía que no tenía lazos con la Aira que existió lejos de nuestro padre.

—Me quedo con la mujer que vivió con el nombre de Ayda —añadió con una sonrisa triste.

—Pero ella no vivió como tú, Ayda —insistí—. A ella le tocó enfrentar una vida muy difícil, muy cruel.

—No me vas a convencer. Su historia me apena más que la de la madre ahogada y no la voy a juzgar, pero no quiero entablar afectos con la vida que tuvo lejos de papá, lejos de nosotras.

La miré tratando de entenderla, pero insistí un poco más:

—Igual la voy a traer acá.

—No juegues, ya está muerta

—No juego, la voy a traer acá.

—¿Qué? A mí no me metas en esos juegos, Rada. No me hace gracia.

—¿Seguro que no?

—Pues no.

—Pues tu hijita más linda también se llama Rada, tralalá —le respondí mostrándole los dientes.

Me arrojó la servilleta que tenía entre las manos. Ahí se acabó el juego.

Entonces llegó enero y Eduardo Girán se dispuso a cremar los restos de sus padres antes de que el cementerio de Erabamba fuese desplazado del mapa por la construcción de una nueva y ancha carretera. Los huesos de apellidos amazónicos, quechuas y europeos que no fueran recordados por los vivos sencillamente pasarían a una fosa común en el terreno asignado para el nuevo cementerio, dos kilómetros al oeste.

De la finca de los Girán que pude conocer, retiraron el cartel que la nombraba como Corazón de la tierra y la propiedad fue vendida a un precio nada despreciable a un mandamás que la había deseado desde hacía muchos años. En pocas semanas tendrían que decidir cómo vender, guardar o deshacerse de los utensilios que esa casa había acogido en más de siete décadas.

No quise participar en la ceremonia de exhumación de los huesos de Aira, tampoco en su cremación ni en el encuentro familiar último que iban a tener los Girán en su antigua finca. No sentía confianza como para aparecer allí en esas circunstancias, menos si ya no estaba Ilana. Además, la última vez que pasé unos días en esa casa, de regreso al hotel, Emilio y yo pudimos nadar al fin en la Ribera Azul. No había, pues, necesidad de volver, aunque algunas noches, entre sueños, escuchara el sonido de un violín «sireneándose» en las cataratas de Erabamba. Una vez abrí la boca deseando cantar, pero no supe qué cantar, me quedé tarareando la música hasta que desperté. Otras veces la música llega desde la sala, ocurre cuando Emilio practica canciones de Charly García con la guitarra.

—Rada, despierta —una de esas noches Emilio me sacó de esos ensueños y añadió—: Está bien que no quieras ir a las ceremonias de despedida en Erabamba; ¿pero por qué no vamos al otro corazón de la tierra?

Una semana más tarde volamos con dirección a Tarapoto. Tras pasar la noche allá, alquilamos un auto y durante tres horas avanzamos por las carreteras de la selva alta hasta llegar a Moyobamba. Luego abordamos la ruta hacia la Caverna Diamante. Siguiendo las explicaciones de un par de taxistas, tras atravesar una trocha abierta entre cafetales, encontramos la entrada. Mas, oh, desolación: le habían empotrado una puerta de rejas, sellada por un candado. Largo rato estuvimos dando vueltas alrededor, silbando alto a ver si el guardián de las llaves nos escuchaba. Un niño de polo amarillo apareció de repente, de entre los arbustos. Nos dijo que si le dábamos unas monedas nos podía hacer entrar. Emilio le preguntó si él era el cuidante de la

cueva. El niño fue sincero, dijo que no; añadió que a falta del hombre que se encargaba de abrir y cerrar la reja a los pocos turistas que llegaban, él cumplía ese trabajo y se ganaba la vida. Emilio le extendió unas monedas. El chiquillo las recibió, luego apuntó con el índice un resquicio en altura, entre la roca y la rectitud de la reja.

—Por allí —informó.

Nos sentimos estafados; pero antes de escuchar una recriminación, él escaló la piedra y en un santiamén nos mostró cómo era posible entrar.

—Nos hiciste creer que tenías las llaves del candado, bandido —le dije, tratando de reprimir la risa.

—No hacen falta llaves, pe' —me contestó suelto de huesos.

Emilio se cercioró de llevar en la mochila todo lo que Ilana nos había recomendado un año atrás. No faltaba nada. Antes de meternos, echamos un vistazo al horizonte de botones rojos que se extendía alrededor. «No vayan a la caverna con linterna, es mejor usar candela», nos había aconsejado Ilana. Una vez adentro, cada uno de nosotros, también el niño, encendió una vela.

Caminamos entre estalactitas y estalagmitas como ermitaños, percibiendo una corriente fría que agitaba las llamas. Cómo hace una para soltarse del miedo, para soltarse del dolor; le había preguntado a Ilana un año atrás. El tiempo suspendido en las puntas de roca crecidas de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba.

Veo a Emilio absorto ante una estalactita y él mismo aparece como un rayo, como una catarata, como un pilar de granito que nunca podría ser quebrado. El niño salta por esas rutas húmedas como si vagara en un campo de juegos conocido. Un soplido. Mi vela se apaga. Emilio me acude con su encendedor. Una estalagmita brilla con particular intensidad, como un diamante, como un arcángel, y en su cabeza está Ilana, y de nuevo sopla sobre mi frente y me extirpa la testarudez. Ya deja de agarrarte tú misma al rencor, me había dicho sin hablarme, tan solo soplando, como ahora de nuevo está soplando en mi mente sin que yo pueda comprender de dónde brota ese vientecillo. Una gota de agua, helada, ha caído sobre mi cabeza. Emilio sigue avanzando, explorando las formas, a ratos rozándolas con los dedos. Aunque nuestras velas se apagan una y otra vez, seguimos adentrándonos en la cueva, tratando de vencer el resquemor. De repente vuelvo la vista atrás y no veo al niño ni escucho sus pasos por ningún lado. Me siento sola, paralizada como una estalagmita, sobrepasada por el pavor a quedar para siempre atrapada en

ese laberinto. Emilio se da cuenta, vuelve hacia mí. Me recuerda que Huckleberry Finn y Tom Sawyer nunca se perdieron en la caverna. Sonrío, toco su mano y de nuevo avanzo, iluminando los perfiles extraños, examinando las texturas superpuestas de las rocas, hasta que por delante de una estalagmita recubierta de cal salta el niño de polo amarillo. ¡Uuuuh!, chilla. Mi vela se apaga y solo escucho mi grito y su carcajada. Otra vez Emilio enciende mi vela y retomo la calma. ¡Bandido, eres un bandido!, le increpo al chiquillo. Rada, tú no seas miedosa; me responde él y corre más adentro. Lo sigo. Me veo entonces en una estalactita amarfilada por la cal y veo mis manos excavando en la tierra, sin guantes examinando las piedras. Unos pasos más y arribamos a un meandro circular donde la luz de las velas se eleva y parece también elevar el calor. Estamos cerca del corazón de la tierra, anuncia Emilio, y entre las estalactitas y las estalagmitas vemos el palacio de cristal del que nos hablara Ilana, con un fuego de estrellas incrustado en el techo. Los ojos de Emilio se multiplican, también mi reflejo y el reflejo de nuestros ancestros como raíces levantadas desde el fondo de los tiempos.

En 1965 Aira, Blas e Ilana acudieron a esa caverna. Al igual que nos ocurriera a nosotros cincuenta años más tarde, alguien les había recomendado hacer ese viaje si en verdad deseaban conocer cómo era el corazón de la tierra. Qué más vieron y no vieron, no lo sé, solo sé que quisieron llevarse ese nombre para su casa y allí se quedó, mientras alguno de esos tres se mantuvo vivo.

Tocaba ahora encontrarse con las cenizas de Aira y Blas en Tarapoto. Eduardo y su familia ya habían incinerado sus huesos. Antes de que retornasen a Lima en un vuelo nocturno, acordamos encontrarnos en esa ciudad intermedia.

Diez días atrás, le había planteado la idea que estaba rondando por mi cabeza desde hacía varios meses, desde que me contó que ante la remoción del cementerio de Erabamba, ellos cremarían los restos de Aira.

—Me toca a mí hacerme cargo de sus cenizas —le dije—. Quisiera llevarlas a Lara.

Él se quedó descompuesto unos segundos. Me advirtió que lo tenía que consultar con su hermana. Le dije que si en más de veinte años ella solo había vuelto a Erabamba una vez, en la próxima ocasión que deseara visitar los restos de su madre, no se le haría más difícil viajar a Lara.

—¿No me contaste tú, Eduardo, que las últimas palabras de Aira solo hablaban de Lara?

Él asintió.

—Pero sus cenizas estarán mezcladas con las de mi padre —me recordó—. ¿No te importa?

—No. Seguro que a él también le hubiera gustado volver a Lara.

Eduardo posó la mirada en sus manos por largos segundos.

—¿Y cómo harás para enterrarlos en un lugar público? —inquirió.

—Con discreción —repuse.

—¿Así de simple?

—Así de simple. Ya son cenizas. De ese lugar nadie los sacará.

—¿Seguro?

—Seguro.

Tres días más tarde me llamó para decirme que estaba de acuerdo.

En Tarapoto, junto con las cenizas, Eduardo me entregó el único recuerdo de Aira que yo le había pedido, el candelabro que parecía destinado a sostener el agua.

Al fin hemos regresado a Lara, Aira. Las gotas de lluvia están dibujando ondas por millares en la corriente del río. Con mis propias manos y una cuchara de acero inoxidable he cavado un hoyo suficientemente hondo bajo el molle. Te veo para siempre en las dos orillas, cerca y lejos, lejos y cerca. Quién sabe alguna vez, soñando, lanzamos un guijarro y rebotando una y cien veces, con gracia y alevosía, atravesó el Vilcanota y retornó a nuestra vera. Ya estamos aquí de nuevo, jugando al filo de la noche.

Con los dedos he rozado las ofrendas que de niños ustedes enterraron bajo este árbol: el ojo del agua, la moneda de plata que aún reluce siete estrellas en su sello, el azar de la baraja. El viento está soplando. Quién sabe qué palabras acarrea en idiomas que conocemos y desconocemos. Mano, Bosque, Estrella, Río, Sol. Quién sabe si sus aires siguen esparciendo palabras de los idiomas extinguidos. *Pua, Kawa, Sisu, Parana, Kwarashi.*

Sí, ya estamos en la ribera de Lara, la que vio cómo Blas y tú caminaban sobre las aguas, la que me ve tiritando de frío, sin embargo, con la espalda erguida y la mirada del felino de piedra, empuñando la espada invisible que resguarda para siempre el canto de los niños de Lara. ¿Qué quedará de todos nosotros después de tanto habernos buscado? Ya están tus cenizas mezclándose con la hojarasca y la tierra fresca, también con un guijarro colorado que he cuidado durante largo tiempo. No hizo falta arrojarlo a través del río. Tú ya estás de vuelta, Aira.

Índice

I
Las piedras

II
Las orillas

III
El agua

IV
El aire

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de:

.....

en el mes de mayo de 2017
Lima - Perú



Foto: © Daniel Mordzinski

Karina Pacheco Medrano

Nació en Cusco en 1969. Doctora en Antropología de América y experta en Desigualdad, Cooperación y Desarrollo por la Universidad Complutense de Madrid.

Ha publicado las novelas *El bosque de tu nombre* (2013); *Cabeza y orquídeas* (2012), ganadora del Premio Nacional de Novela Federico Villareal 2010; *La sangre, el polvo, la nieve* (2010); *No olvides nuestros nombres* (2009 y 2015), ganadora del Premio Regional de Novela 2008 del Instituto Nacional de Cultura de Cusco; y *La voluntad del molle* (2006 y 2016). Además, los libros de cuentos *Miradas. Antología de cuentos* (2015); *El sendero de los rayos* (2013); Premio Luces y Artes de El Comercio a mejor libro de cuentos publicado en 2013; y *Alma alga* (2010). En 2014 editó la antología de relato iberoamericano *Cusco, espejo de cosmografías*. Sus cuentos han sido publicados en diversas revistas y antologías literarias dentro y fuera del Perú.

Dedica su tiempo libre al montañismo.

Ilustración de ponada: Gabriela Machicao



OTRAS OBRAS PUBLICADAS

Prohibido entrar sin pantalones
Juan Bonilla

La ridícula idea de no volver a verte
Rosa Montero

El olvido que seremos
Héctor Abad Faciolince

La palabra del mudo
Julio Ramón Ribeyro

Nuevos juguetes de la Guerra Fría
Juan Manuel Robles

No somos nosotros
Ricardo Sumalavia

Las islas
Carlos Yushimito



Karina Pacheco Medrano

Las orillas del aire

En 1940 una mujer desaparece en un lago mientras enseña a nadar a sus hijos. Su muerte deja un halo de misterio y su recuerdo se entremezcla con la crueldad, los mitos y los ecos del mundo que la envolvía.

Muchos años después, un felino de piedra mutilado por saqueadores de recintos prehispánicos y un hallazgo inesperado en un cementerio empiezan a desencadenar memorias y relatos que parecían haber quedado sumergidos. A través de las exploraciones de una arqueóloga en la selva y en el rastro de aquella mujer ahogada, *Las orillas del aire* recorre pasajes medulares de la historia peruana del último siglo.

El activismo político, las crisis sociales y la pérdida de la inocencia perfilan el escenario de esta novela, donde los protagonistas deberán confrontar la realidad con sus ideales, encontrar su espacio en un país en pleno cambio y reconciliarse con el pasado.

Seix Barral Biblioteca Breve